

El Orgullo de los Traidores - Volumen 2: El Jardín de la Vida

Randy Montejó

EL ORGULLO DE LOS  
TRAIDORES

VOLUMEN 2  
EL JARDÍN DE LA VIDA



RANDY MONTEJO

# Capítulo 1

**NOTA: La cultura, tecnología y demás detalles obedecen a una temporalidad y contexto propios de esta historia. Lo que existe en el año 1916 en El Orgullo de Los Traidores no necesariamente se acopla a lo que existió en el año 1916 de la historia en la vida real.**

## DESTINO

### CERO

“¿Cuál es la esencia del mundo? ¿Qué lo hace ser lo que es?”, creí escuchar alguna vez de la boca de alguien. No recuerdo bien de quién se trataba, pero su voz dulce y adorable es algo que no he podido olvidar. No sé cuánto tiempo ha pasado desde entonces, pero si pudiera encontrarme con ella de nuevo, seguramente le diría que encontré una respuesta a su pregunta.

Sí, creo que puedo responder diciendo que todo comienza en la forma en que entramos en contacto con los acontecimientos que nos rodean, tanto los ajenos como los que nosotros mismos generamos. Todos los acontecimientos son únicos e irrepetibles, sean aburridos o emocionantes, grandes o pequeños. No hay manera en que un evento se repita exactamente como lo hizo otro, pero somos capaces de procesarlos, generarlos y aprender de ellos para crear formas nuevas de sobrevivir.

Entonces, si la esencia de la vida es un constante “aprendizaje y adaptación”, la esencia de los acontecimientos debe ser un constante “causa y efecto” que da sentido a ese “aprendizaje y adaptación”. Los seres vivos prevalecen porque han aprovechado, tanto como se han resistido, a los acontecimientos de su mundo.

Probablemente ella ya estaría aburrida luego de esta explicación, pero es necesaria para dar el punto de vista que he desarrollado respecto a esa pregunta durante los últimos años. Y es que el “mundo” no es más que la realidad generada tras interpretar la interacción entre el ser vivo y los acontecimientos que se dan a su alrededor, su entorno.

No hay manera en que un ser humano controle todas las variables detrás de sus acciones, la incertidumbre es una presente constante en todo lo

que ocurre en el mundo, pero sí es absoluto decir que cada ser es responsable de la interpretación que obtiene de su entorno.

No hay respuestas universales ni eventos perfectos, incluso las absolutas leyes de la física varían de acuerdo a las condiciones del experimento. Por eso, si encontrara nuevamente a esa persona, simplemente concluiría en que... tal vez sea mejor no contestar.

## **UNO**

Las personas que conocían a Kurt Kirchoff Astrea solían tener diversos puntos de vista sobre él. Algunos lo veían como un hombre idealista y optimista que siempre tenía los consejos adecuados en la punta de la lengua, una especie de chico amable y sabio que siempre estaba dispuesto a ayudar a quien lo necesitara, y que además ponía mucho empeño en ello.

Su labia elegante, cálida y agradable, que por lo usual adaptaba a la perfección al estado de ánimo de su escucha, se fortalecía tras su deslumbrante sonrisa y su porte atlético y fornido. Moreno, de cabello rizado y ojos grises casi destellantes, era considerado por muchos como uno de los hombres más atractivos en su círculo social.

Ver a Kurt era ver un ejemplo perfecto del tipo de hombre que fácilmente parecía hacer posible lo imposible, el estereotipo heroico de un amigo que nunca dio la espalda a quien necesitara de su ayuda, entregando cuerpo y alma diligentemente cada vez que se involucraba en los asuntos de los demás.

Pero, como todo en la vida, las cosas no siempre salían bien. Es algo natural no agradaarle a todo el mundo, pero lo es más que la gente tenga sus opiniones luego de ver los resultados de sus acciones. Fueran cuales fueran las consecuencias, todo siempre comenzaba con esa enorme bondad que poco a poco empezó a desbordarse y ensuciarse.

## **DOS**

La alarma irrumpió ruidosamente esa mañana, rompiendo la calma en esa pequeña y oscura habitación donde se acomodaban apretados un estante de metal lleno de ropa desordenada y una cama pequeña a la par de la sucia mesa de madera con muchos papeles amontonados encima. Kurt se retorció entre las sábanas, lleno de pereza. Era difícil despertar en ese cuarto, cuya única entrada de luz era una pequeña ventana alta de tres

paletas que daba hacia el interior de la casa.

Pasaron 27 minutos hasta que apagó la alarma, 12 más le tomó hacer las sábanas a un lado y 7 extras bastaron para sentarse en la orilla de la cama. Se frotó los ojos, uno con cada mano, y bostezó hasta el punto en que el mundo cabría en su boca.

El reloj dio las 7:47 de la mañana. Como Kurt era un estudiante universitario que recién había terminado sus estudios y tampoco tenía empleo, lo normal era despertar mucho más tarde. Sin embargo, rompía la rutina cada lunes para visitar a su querida, adorada, amada hermana pequeña; que desde marzo estaba internada en el hospital a causa de un terrible accidente que la dejó en coma.

En un principio, tal como se esperaba de él, la visitaba todos los días sin falta y se quedaba con ella hasta el final de la hora de visitas. Los médicos pronto empezaron a insistir en que era mejor verla solo una vez por semana, y aunque Kurt se opuso en primera instancia, terminó cediendo con el tiempo.

Dieron las 7:58 cuando Kurt se puso de pie. Se quitó la ropa de dormir y amarró la toalla, que colgaba de un gancho apoyado en el estante, en su cintura. Tomó aliento y abrió la puerta. Al otro lado, el viejo y descuidado comedor usaba de fondo la blanca pared percutida a causa de la humedad, donde alguien esperaba por él.

Kurt lo reconoció al instante y poco tuvo que ver que ese hombre fuera casi idéntico a él. Sentado en una de las sillas del comedor, con los codos sobre la mesa y los dedos de ambas manos entrelazados haciendo de soporte para su quijada, estaba su hermano mayor, Ritchmond, vistiendo su elegante traje militar color azul marino con los adornos propios de.

El militar levantó la mirada, que tenía clavada en el vacío hasta antes de la salida de Kurt y se dirigió a su hermano, que parecía incómodo de verlo.

—Buenos días, Kurt —saludó sin emoción.

—¿Qué haces aquí? —pareció reprochar.

Ritchmond bajó la mirada y se frotó los ojos con ligero fastidio al ver la actitud hostil de su hermano, tomó aliento, como si se preparara para lo más difícil y siguió hablando.

—Vine a verte porque averigüé algunas cosas que pensé que podrían interesarte.

—Lo que digas no me interesa. —Se volteó en dirección a la puerta del baño, que estaba a la par de su habitación.

—Kurt, ¿cuándo vas a mejorar tu actitud? —reprochó, levantando la mirada y la voz con cierto fastidio.

—¿Mejorar?! —Regresó con pasos pesados, levantando la voz en el camino hacia la silla que estaba frente a Ritchmond—. ¿Cómo quieres que te trate si nos abandonaste a Aya y a mí? ¡Solo te fuiste a la mierda y nos dejaste solos luego de la muerte de papá! ¡Ni siquiera has ido a ver a Aya desde que la internaron en el hospital!

—Sigues con eso... —bajó la voz.

—¡Claro que sigo con eso! ¡No has hecho más que pagar y pagar cada cosa como si el dinero fuera suficiente!

—¿Y qué quieres que haga? —Se levantó, visiblemente molesto, pero conteniéndose aún—. ¡Esos malditos de Riazor no dejan de causar problemas! ¡Si no hago algo, no solo la situación en el país se volverá peor, sino que tampoco tendrás qué comer ni Aya tendrá tratamiento! ¿Qué demonios quieres de mí, Kurt?

—¡Deja de dar malditas excusas!

—¡No son excusas! ¡Tú no tienes idea de lo terrible que ha sido para mí también! ¿Cuán egoísta debes ser para esperar que esté con ustedes mientras tengo que ocuparme de tantas cosas?

—¡No me importa si fue difícil para ti! ¡No me importa para nada!

En su arrebató, Kurt terminó golpeando la silla con tal fuerza que la hizo caer. Se volteó y dirigió sus pesados pasos hacia el baño, dejando solo a Ritchmond, quien golpeó la mesa con el puño, lleno de frustración.

—Ah —suspiró—. Perdóname, hermano.

## **TRES**

Kurt entró a la ducha y sus pensamientos se desbordaron. Los recuerdos de sus días más felices se regaron como el agua que caía, pero generando el sentimiento contrario. El contraste entre las alegrías pasadas y el vacío actual golpeó como locomotora sin frenos contra el corazón idealista de Kurt.

—El destino ha sido demasiado cruel —recitó.

Sí, si alguien debía ser culpable, para Kurt era el destino. El cruel destino que retorció la felicidad de la respetada familia Kirchoff Astrea hasta un punto deplorable y vergonzoso. El cruel destino que destruyó la vida ideal de una familia perfecta y amorosa. Sí, todo era culpa del destino, el cruel destino, el diabólico destino, el malévolos destino que solo quería verlos sufrir. Porque para Kurt, el destino era un ente envidioso, un ente macabro que tomó todo lo bueno de él, de sus hermanos, de sus padres y lo deshizo sin piedad ni remordimiento.

Pero, “¿por qué el destino querría hacer algo así?”, preguntó alguna vez la tierna Aya. Kurt no supo contestar, pero más allá de no encontrar una respuesta aceptable para ella, se vio ofendido por cuestionar su indudable juicio contra el destino.

—¿De dónde sacó Aya una pregunta así? —se cuestionó.

Desde que tenía memoria, Kurt había sido el mentor, la guía y acompañante de Aya, quien rara vez dudaba de lo que su hermano decía o hacía. Para Aya, Kurt era un héroe, una especie de ser humano especial que dedicaba su tiempo y su vida a ayudar a los demás. Esta era la razón por la que Kurt estudió Derecho y además era una de las cosas que Aya más admiraba de él.

La relación entre Kurt y su adorada Aya rozaba la perfecta convivencia de hermanos que cualquiera podría desear, tanto que cuando la madre de ambos desapareció, llevándose a su hermana Katellyn; se mantuvieron juntos apoyándose el uno al otro sin vacilación. Sin embargo, un día Aya hizo esa pregunta y Kurt sintió que su hermana empezaba a alejarse de él.

## **CUATRO**

El reloj marcó las 9 en punto cuando Kurt salió apresurado de casa. De reojo notó sobre la mesa una hoja de papel con algo escrito en ella, quizá dejada por Ritchmond, a la cual no prestó mucha atención, más por rencor que por las prisas. Kurt no quería saber de su hermano mayor, no quería escuchar o leer sus explicaciones sobre algo que para él era imperdonable. Todo lo que cabía en su mente en ese momento era ver a Aya.

Salió a la calle con el rostro bastante tenso, siempre bien vestido y con los rizos domados con algo de gel. Sus tenis blancos, un poco percutidos, daban un estilo casual combinaba con sus jeans azules bien planchados. Lucía una camisa cuadriculada en tonos blancos y grises bajo el pantalón,

con un cinturón de hebilla rectangular bastante brillante pero discreta y una chaqueta marrón.

Sus pensamientos fluían con tanta fuerza, que los detalles de las estrechas y sucias calles de su barrio pasaron por alto. Ni siquiera notó la cantidad de personas que viajaban con él al tomar el autobús. Se preguntaba si su atuendo era el adecuado en el caso que Aya despertara, se preguntaba cuándo llegaría el día en que finalmente abriera los ojos para sonreírle de nuevo.

Cada visita que Kurt hacía al hospital era un nuevo intento de su parte por hacerla despertar. Le leía sus libros favoritos, le cantaba o simplemente le mostraba las canciones nuevas de los artistas que más le gustaban, incluso llegó al extremo de instalar un proyector en plena habitación para mostrarle una película que intuía le gustaría. Conversaba con ella, le contaba las cosas que le sucedían a él y sus conocidos. No quería que el tiempo la dejara atrás bajo ninguna circunstancia, pero tampoco había mejorías a pesar de todo su esfuerzo.

Incluso en ese momento, cuando tomó asiento en una de las primeras filas del autobús, se preguntaba qué tipo de cosas debía contarle esa mañana. Sin importar qué tan negativo se viera el panorama, qué tanto los médicos desestimaran sus esfuerzos, Kurt seguía insistente, intentándolo con todo lo que tenía con la esperanza de que sus sentimientos finalmente despertaran a su amada hermana un día.

Sí, si alguien tenía que lograr el milagro, ese debía ser Kurt. Nadie era más importante para Aya que Kurt, era imposible que alguien tuviese siquiera el mismo nivel que él para ella, simplemente no se podía. Eso era lo que él pensaba, para él era la única realidad, no había espacio para nadie más. El peso de sus ideales era todo lo que tenía para enfrentar al cruel destino, y confiaba ciegamente en que con ello lograría vencer a ese odiado enemigo un día.

El autobús se detuvo y, por el parlante, el piloto anunció el nombre de la estación. "Hospital Central, Hospital Central", repetía. Kurt volvió a la realidad y se levantó apresuradamente, bajó las escaleras y pisó la acera. El nosocomio, en realidad, se encontraba al lado contrario de la cuadra donde bajó, cruzando la avenida, pero como la mayoría de personas que arribaban en esa estación se dirigían al hospital, se le dio ese nombre.

Recorrió el camino que le faltaba, ignorando totalmente la arquitectura del Casco Antiguo de la ciudad más grande de todas en la Gran Nación de Ceres, la Ciudad Capital. Esas calles las había visto tanto durante los últimos meses, que ya las pasaba por alto solo porque sí, como si pusiera el piloto automático y se desconectara de la realidad, tal como sucedió en

el autobús.

El Hospital Central era una de las obras de arquitectura antigua más imponentes de la ciudad, casi al punto de rivalizar en belleza con los Edificios de Cristal de la Ciudad de Los Altos. Su fachada beige de estilo barroco, con detallados pilares y arcos adornados, se veía remarcada por el amplio jardín cercado que adornaba su frente. Sobre lo alto de su cuarto piso se destacaba la enorme cúpula, con su clásico color blanco, famosa por brillar en un tenue resplandor dorado durante los atardeceres.

Tan impresionante era el edificio, que fácilmente sacó a Kurt de su letargo en el momento en que se detuvo en la esquina a esperar que el semáforo diera luz verde para cruzar la avenida.

—Ah —suspiró—. ¿Cómo puede ser tan hermoso un lugar tan triste?

—¡Hey! ¡Hola! —irrumpió una voz conocida, una mujer.

Kurt giró la mirada hacia su izquierda y desde atrás apareció una mujer de baja estatura, morena y de largo cabello castaño muy liso, vestida con el conocido scrub verde propio del personal médico del hospital. Inmediatamente supo de quién se trataba al ver su fino rostro, de boca y nariz pequeñas y grandes ojos marrones tras sus gafas cuadradas, que le daban un estilo bastante juvenil.

—Janeth, buenos días —saludó con una sonrisa discreta.

Ella sonrió al escuchar su saludo y detuvo el paso justo a un lado de él, se trataba de la fisioterapeuta encargada de mantener en movimiento los músculos de Aya durante su coma, Janeth Village.

—¿Vienes a ver a tu hermana? ¡Qué dedicado eres! —Resaltó exagerando un poco—, me gustaría que mi hermano fuera tan dedicado como tú. En cambio, el muy desgraciado vive diciéndome que estoy gorda.

—¡No estás gorda en absoluto! —Refutó enérgicamente.

—Lo sé, ya sabes cómo son los hermanos —rió.

—Tu hermano es muy cruel, no debería decirte esas cosas.

—Sí, sí —asintió ondeando la mano derecha, no parecía que le importara mucho la forma en que su hermano era con ella—, todos dicen que mi hermano no se comporta como un hermano, pero bueno. ¿Cómo estás?

—Pero... las relaciones de hermanos no deben ser así... Aya y yo nunca

fuimos así...

—Sí, me lo has contado muchas veces. Pero cada quien tiene su forma de vivir, ¿no crees?

—Pero...

—¿No crees? —insistió sonriendo, su tono de voz hacía imposible no asentir.

—Como tú digas.

—Como sea, ¿no hace demasiado calor como para andar con esa chaqueta, Kurt?

—Bueno, es otoño.

—Sí, sé que es otoño, pero hace tanto calor como en un día de verano. ¿No te parece extraño?

—Bueno, ahora que lo pienso, sí es extraño. Ayer estuvo despejado, pero el aire pegó fuerte y además era muy frío. Hoy no hay viento ni frío.

—Sí, ¿acaso será un augurio sobre el fin del mundo? —bromeó—. ¡Imagínalo!

—No creo que sea algo como eso.

—¿Entonces cómo lo explicas?

—Bueno, ¿cómo explicarías que esto es un augurio del fin del mundo para empezar?

—¡Oye! ¡No des vuelta al asunto!

La discusión avanzó con algo de ímpetu, tal como lo haría cualquier conversación sin sentido. Esos segundos esperando la luz verde en el semáforo pasaron sin que Kurt se sumergiera en otro mundo. En ese momento solo existía para discutir con Janeth si ese día caluroso era o no una señal del fin del mundo.

El fin del mundo era aún algo incierto. Sin embargo, ella sí tenía razón con algo, ese clima era una señal, una consecuencia de lo sucedido a kilómetros de Capital durante la madrugada. El cielo azul pronto se tornó blanco al paso que diminutos cristales destellantes empezaron a caer sobre la ciudad, tan hermosamente como lo haría la nieve en un día de

invierno.

Janeth se detuvo a la mitad del paso de cebra y levantó la mirada, anonadada por el espectáculo. Kurt, se frenó un par de pasos adelante. "¿Qué es esto?", se preguntó en el momento en que notó cómo la gente empezaba a amontonarse frente a las ventanas de una tienda de electrónicos que se encontraba en la esquina donde esperaba segundos atrás.

El escándalo se hacía cada vez más fuerte. Janeth regresó corriendo hacia la tienda, Kurt la siguió para ver lo que anunciaban los televisores al otro lado de la ventana. "¡No puede ser!", "Esto es mentira, ¿verdad?", "¡Qué tragedia!", comentaban en voz alta algunas personas, otras solo gritaban.

Todas las pantallas mostraban imágenes de diferentes noticieros. Un paisaje completamente blanco, un cráter tan grande que solo podría deberse a una bomba de alto calibre, las temperaturas más altas registradas en ese lugar, una ciudad reducida a blancas cenizas, un solo titular:

"La Ciudad de Los Altos ha sido aniquilada".

## Capítulo 2

### CINCO

Había un gran arbusto frente a Kurt, un arbusto recortado en forma de gorrión con las alas abiertas, como si alzara el vuelo. A su mente vino un recuerdo de meses atrás, cuando Aya le mostró emocionada un dibujo del mismo tipo de ave. Había una sola diferencia, el gorrión estaba descansando sobre la rama de un árbol, con la vista hacia el horizonte lejano. Ella llegó tarde esa noche, emocionada como una niña pequeña, como si hubiese encontrado el tesoro más valioso de la existencia.

Kurt suspiró con desgano al pensar que esa fue la última vez que vio sonreír a su hermana con tanta emoción, su accidente sucedió dos días después. Encerrado en los jardines que adornaban la fachada del hospital, dio un par de pasos por el camino empedrado y se sentó sobre la banca de concreto que estaba a la orilla, frente al arbusto, con las ventanas del edificio al fondo.

Estaba preocupado y ni siquiera ese dulce recuerdo era suficiente para sacarle de encima las dudas que invadían sus pensamientos. La noticia de la Ciudad de Los Altos estaba por todos lados y el pánico ya podía sentirse en las calles al paso que la capa de polvo blanco brillante, que caía del cielo, se engrosaba sobre el suelo.

Janeth ya sabía lo que procedería en caso que el hospital activara sus protocolos de emergencia, por lo que pidió a Kurt que esperara por ella en el jardín mientras averiguaba las disposiciones que tomaría la directiva. No había tiempo para discutir, desde el momento en que la noticia de Los Altos salió a la luz, el Hospital Central cerró sus puertas a las visitas. Que Kurt esperara donde lo hacía era solo un favor concedido a una de las terapeutas más confiables.

La ansiedad le comía los nervios y sus manos no dejaban de temblar. ¿Qué iba a hacer si no podía ver a Aya? ¿Qué pasaría si ella despertaba y él no estaba ahí? Era imposible, inimaginable. Aya no podía despertar sin él, no podía pasar sin él ahí, él debía estar ahí, él tenía que estar ahí. El milagro solo podía corresponderle a él, pero en ese momento, el pánico lo invadió al pensar en que ella también podía alejarse de sus manos sin

poder hacer algo al respecto.

Quería levantarse, quería ir a la puerta a exigir con todas sus fuerzas que le dejen pasar. Tenían que entender, todos tenían que entender el peso que llevaba sobre sí, la responsabilidad que tenía sobre ella. Su deber era despertarla y todos debían entenderlo. Pero se quedó ahí, quieto, en silencio y esperando por Janeth. Bajó la cabeza, sostuvo su frente con ambas manos y apoyó los codos sobre sus rodillas.

—Ah —suspiró frustrado—. ¿Una ciudad entera? ¿Eso siquiera es posible?

—¿Lo dudas?

El eco se manifestó haciendo temblar cada microscópica célula en su cuerpo. Era la voz de una mujer que se esparció por el aire preguntando dulce e inocente por su percepción. Kurt levantó la mirada inmediatamente y se vio aterrado por el escenario frente a sus ojos. El cielo blanco y brillante era ahora gris y oscuro, tanto como lo eran las columnas de humo que consumían los destrozados edificios que había cerca.

El jardín estaba destrozado por los escombros que quedaron tras el derrumbe del hospital, el cual ardía débilmente aún. Kurt dirigió la mirada hacia su derecha, sobre el empedrado, y se encontró con ella, una pequeña chica de cabello dorado, ondulado y muy largo, cuyo fleco hacía difícil verle la cara. Estaba descalza, con una gruesa y sucia capa de piel color marrón cubriendo su cuerpo hasta las rodillas.

—Oh, ya veo —se escuchó decepcionada—. No eres tú.

## **SEIS**

Kurt reaccionó y perdió el aliento. Como si despertara de una horrible pesadilla, se ahogó en sí mismo sin entender siquiera dónde estaba de un momento a otro. Levantó la mirada y el polvo brillante que caía del cielo le entró en los ojos. Se frotó con ambas manos al sentir la incomodidad y empezó a calmarse a medida que su visión ganaba resolución.

El arbusto con forma de gorrión, el jardín en general y también el hospital estaban en perfectas condiciones. La capa de polvo sobre el suelo seguía acumulándose y el cielo seguía brillando en cientos de chispas color blanco.

—¿Me quedé dormido? —se cuestionó, recordando que ese día rompió su

horario habitual de sueño.

—Ah, ahí estabas.

La voz de Janeth irrumpió desde la derecha, de donde se acercaba levantando polvo con cada paso que daba. Se veía tranquila, quizá aliviada un poco. Avanzó hasta estar a menos de un metro de Kurt y detuvo el paso. Él tomó aire profundamente y suavizó su rostro con una ligera sonrisa dirigida a la terapeuta.

—Perdón por no quedarme en la entrada, quise darle una vuelta al jardín porque nunca lo había recorrido, pero me quedé viendo este arbusto —señaló— y me distraje.

—¿El que tiene forma de ave? —giró la mirada hacia la planta.

—Sí, está muy bien hecho, ¿no crees?

—Supongo que sí —dudó—. ¿Te gustan las aves?

—No, me son indiferentes. Pero un par de días antes de que Aya cayera en coma me mostró un dibujo de un gorrión que parecía gustarle mucho.

—Oh, otra historia sobre Aya, ¿eh? —no parecía muy emocionada.

—Perdón, supongo que siempre hablo sobre ella, ¿verdad?

—Un poco —intentó suavizar lo que en realidad quería decir—. En serio amas mucho a tu hermana...

—Bueno, siempre fuimos muy unidos y, además, ella es la última familia que me queda.

La expresión facial de Janeth se tensó en el momento que escuchó esa última frase. Giró la mirada hacia él, como incrédula de lo que había escuchado.

—¿A qué te refieres con que es tu última familiar?

—Bueno, es una larga historia... —desvió el tema y también la mirada.

—Eso quiere decir... que tus padres...

—Te lo digo, es una historia bastante larga.

—Entiendo... —cedió.

Kurt mantuvo la mirada distante y Janeth tragó saliva con nerviosismo al darse cuenta que, entre todas las personas que visitaban a Aya, Kurt era el único que se registraba como un familiar. El resto eran amigos, uno que otro viejo amante, pero ningún otro familiar de otro tipo que no fuera Kurt. La garganta se le hizo en un nudo al pensar en cómo las largas historias sobre los hermanos habían llegado al punto de aburrirla.

Suspiró apenada y se acercó. Limpió con la mano el polvo que caía sobre la banca, a la derecha de Kurt. Se sentó a la distancia más prudente, no tan cerca como para causar malos entendidos, ni tan lejos como para ser incómodo, con los tobillos cruzados bajo la banca y los dedos de las manos entrelazados, con las palmas hacia arriba entre sus rodillas separadas. Él evitó verla, más bien parecía que no se dio cuenta del momento en que se sentó. Janeth habló.

—Ahora que lo pienso, no hay muchas cosas que te haya contado sobre mí, ¿verdad, Kurt? —Dirigió la mirada hacia la fachada del hospital, con una sonrisa amistosa y un tanto melancólica—. Siempre hablas sobre las cosas que viviste con Aya, las cosas que Aya te contaba, pero nunca me has hablado sobre ti y las cosas que haces tú.

—Supongo que ha sido un fastidio escuchar tanto sobre mi hermana.

—Al principio... pensé que era lindo, pensé que era entendible, pero creo que me faltó empatía y curiosidad para indagar más sobre ti entenderte mejor, así que ¿qué tal si dejamos la rutina habitual sobre tu hermana y me hablas un poco sobre ti?

—Lo siento, en realidad no sé qué tipo de cosas podría decirte. Las cosas han sido difíciles para mí los últimos años... no me había dado cuenta de que...

—Si no quieres hablar sobre eso, no tienes que hacerlo —interrumpió, guardó silencio un segundo y luego soltó un gran suspiro—. Soy de una ciudad llamada Villa de Las Rosas. Está maso menos en el centro del Estado Imperial. Allá tenía a alguien, no sé bien si llamarlo "amigo", pero él era muy cercano a mí y hablábamos mucho. Él era el tipo de persona que podía brillar tanto como el sol, pero cuyo brillo solo era visto por unos pocos. Era un gran escritor, y aunque la mayoría de sus poemas y escritos eran tristes y bastante oscuros, me identifiqué mucho con esa penumbra porque sentía que estábamos viviendo situaciones similares. Él llegó a escribir mucho para hacerme sonreír también, decía que tengo una sonrisa muy linda y que debía lucirla. Era alguien difícil de consolar, terco, un tanto arrogante y nada empático, pero también era tierno, dedicado y visionario. No apartaba la vista del futuro y eso hizo que se fuera de la ciudad cuando ambos teníamos 15 años. Nuestra relación terminó muy mal, realmente mal... pero me hizo darme cuenta de algo y eso fue que aunque él no sabía cómo manejar sus sentimientos y sus acciones, estaba

intentando sacarme del letargo en el que estaba atrapada. Cometí muchos errores antes de conocerlo y, sin darme cuenta, el tiempo se detuvo para mí. Metí la pata muchas veces más y lo lastimé, pero él seguía adelante a pesar de todo.

—Él parece ser alguien importante para ti —resaltó Kurt, en voz muy baja, pero audible.

—Sí, él era muy especial para mí. Pero el punto de contarte todo esto no es solo por hablar de él, es porque insistes en ver a tu hermana cada semana, la mayor cantidad de tiempo posible y, además, solo hablas sobre ella. Si me dices que ella es la última familia que te queda... creo que es prudente advertirte con mi historia que tu tiempo puede haberse detenido sin que te dieras cuenta.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —engrosó la voz.

—¿Sí?

—¿Solo estás diciéndome esto porque dije que Aya es lo último que me queda?

—No, no es solo por eso. —Bajó la mirada hacia sus manos, como intentando contener el polvo que caía del cielo con ellas y luego se dirigió hacia Kurt—. Es porque sé lo lamentable que es quedarse atrás.

## **SIETE**

Mientras tanto, en una de las oficinas más lujosas del Palacio Militar de Ciudad Capital, un hombre mayor observaba frente a la ventana el extraño y brillante fenómeno que caía del cielo. Las finas alfombras de color rojo combinaban exquisitamente el suelo de madera, material que también adornaba con finos detalles las paredes. Dos ventanas había a cada lado de su escritorio, que no desentonaba para nada con el resto de la habitación, y por detrás, la imponente librería llena de documentos remataba el ambiente elegante.

Era de esperarse que una oficina así perteneciera a uno de los hombres con más renombre dentro de la cúpula militar de la Gran Nación de Ceres, el General Paul Bellamy, un hombre que recién iba por lo mejor de sus 60's. Era alto, muy delgado, de bigote y cabello tan blancos como el polvo que caía del cielo, aunque su calvicie ya era notoria por más que las canas se aferraran a la parte baja de su cabeza.

Alguien llamó a la puerta, pero el General no prestó la mínima atención, seguía atento a lo que ocurría afuera. Pasaron unos segundos y la puerta

se abrió. Bajo el portal apareció Ritchmond Kirchoff Astrea; a cuyo uniforme, podría decirse, le hacían falta unos kilogramos en medallas para igualarse al del hombre que no desviaba su atención de la ventana.

—General Bellamy, ¿me llamó? —Saludó Ritchmond, con voz firme y seria, propia de cualquiera que respetara la cadena de mando.

—Así es, hijo —respondió el General, en cambio, con voz suave y casual, tal como si saludara a algún familiar de su agrado—. ¿Convenciste a tu hermano?

—Me temo que no, General. —Cerró la puerta y avanzó un par de pasos adelante—. Él ni siquiera quiso escuchar lo que quería decirle.

—Ah —suspiró con algo de fastidio—, ese muchacho no tiene prisa en madurar. ¿Hasta cuándo piensa seguir con esos berrinches estúpidos?

—Lamento mucho las molestias que le está causando, General, hoy mismo volveré a casa para hablar con él otra vez.

—Ritchmond, ¿entiendes lo importante que es que Kurt escuche lo que tienes para decirle?

—Lo entiendo, General.

—Sin embargo, él muy bastardo insiste en sus juegos de orgullo idealistas... ¿cuán estúpido puede ser? —gruñó.

—General, si me permite el comentario, considero que aun si Kurt me escucha, será difícil que colabore de la manera en que usted desea que lo haga. Tenerlo con nosotros puede dar más problemas que ventajas.

—Lo sé, lo entiendo. Sería pedir un milagro que un insecto tan repugnante como tu hermano supere el suicidio de su padre tal como lo hizo su brillante hermano mayor. Pero aun así, es mejor que se involucre de una vez y deje de perder el tiempo peleando en el hospital cada que la hora de visitas termina.

—Concuerdo, General. —Su tono se ablandó y su cara hizo una expresión de incomodidad.

—Hablando de eso, Ritchmond, ¿cómo está tu hermana?

—Según los médicos, se mantiene estable, General —la seriedad de su voz regresó.

—¿No hay señal de mejorías?

—Ninguna.

—Es una lástima. Esa niña tenía mucho potencial, pero la crianza consentidora de tu familia la echó a perder. Pudo ser un eslabón importante para lograr nuestros objetivos.

—Si me permite, creo que habría sido más complicado convencerla que a Kurt. Aunque Kurt habría colaborado si las condiciones fueran diferentes.

—Ritchmond, parece que no me estás entendiendo. Si tuviese que elegir, preferiría mil veces bajar al infierno para venderle mi alma a la Diosa de la Muerte a cambio de contar con tu hermana, que tener que lidiar con el inútil de tu hermano. Mil veces iría por tu hermana, que era toda un prodigio, que tratar de negociar con ese inepto.

—General... yo... —Su voz volvió a tambalear.

—Lo que me fastidia, Ritchmond, es que tu hermano conserve esa estúpida idea de culpar de todo al destino. Solo es un niño que se niega a aceptar que el mundo ideal en el que cree es una simple y estúpida ilusión que nunca será real. Kurt Kirchoff Astrea, a diferencia de ti, es alguien incapaz de tomar las riendas de su propia vida.

—Lo... lo sé, General. Pero...

—Pero nada —interrumpió tajante, se escuchaba frustrado—. Sin embargo, aún si es un inútil, necesitamos manos extras aquí.

—Haré cuanto pueda para convencerlo.

—Estoy seguro de que lo harás, pero no puedo esperar a que quiera escucharte, sabiendo lo terco que es. Ese muchacho necesita a alguien que lo ponga en su lugar, una autoridad real y competente que lo haga caer a la realidad. No puedo esperar a que los bastardos de Riazor destruyan otra ciudad, yo mismo iré y lo traeré arrastrando si es necesario.

—¿Perdón? —Abrió los ojos ante el impacto de las palabras de su superior—. ¿Usted quiere ir a ver a Kurt?

—No solo eso, Ritchmond. Ya te lo dije, voy a ponerlo en su lugar.

## Capítulo 3

### VISITA

#### OCHO

El viejo y oxidado portón blanco, que estaba formado de cuatro piezas articuladas en parejas, retumbó rompiendo el silencio dentro de aquel descuidado garaje de paredes celestes con secciones despintadas. La chapa cedió ante el brusco jugueteo con la llave y las bisagras de la sección de la derecha rechinaron al paso que esta se iba abriendo hacia afuera.

Kurt se asomó tímidamente, dudoso de si debía entrar o no a aquel descuidado lugar donde su padre, durante un tiempo, pasaba sus ratos libres: el taller de un pintor aficionado que rentaba a dos cuadras de su casa. Adentro los estantes y las mesas estaban abarrotados de botes de pintura y otros instrumentos, tres o cuatro caballetes aún tenían encima lienzos a medio pintar. Había tantas cosas por todos lados, tan llenas de polvo, que era difícil distinguirlas entre el desorden.

“Siempre fuiste muy desordenado”, reprochó Kurt entre pensamientos, soltando un gran suspiro con desgano. Dejó la puerta a medio abrir y dio un par de pasos adelante. Contempló todo y recordó el día en que su padre le habló de la idea de retomar su viejo hobby poniendo un taller de pintura. También recordó lo que le dijo en ese momento: “¿En serio quieres perder el tiempo con eso? Ni siquiera eres tan bueno”.

Sintió náuseas, como si su estómago se retorciera. Un escalofrío hizo temblar sus piernas y en su rostro se dibujó una mueca como respuesta a la ansiedad que sentía por estar en ese lugar. Desde su muerte, Kurt solo tenía una opinión sobre su padre, que era un hombre mediocre que se rindió demasiado pronto. Pero como hijo, tampoco podía culparlo, el destino fue cruel desde ese día lluvioso, seis años atrás, cuando su madre desapareció, llevándose a la tercera hermana consigo.

Los otros tres hermanos quedaron al cuidado del reconocido y renombrado investigador que era su padre, Reinhard Kirchoff, en ese entonces. El tiempo siguió adelante, pronto Richmond se apartó en la medida que empezó a desarrollarse más dentro del ejército. Aya, que era muy hogareña, empezó a salir más seguido y a traer nuevas ideas luego de días enteros fuera de casa. Kurt siguió con su carrera universitaria, esperando algún día convertirse en su ideal, un héroe que ayude a las

personas menos favorecidas.

Todos siguieron adelante como pudieron y evitaron hablar sobre la madre y la hermana desaparecidas. Todo parecía ir bien, todo estaba bien para Kurt. Pasaron tres años y todos avanzaron mucho más que en años anteriores, hasta el día en que su padre fue despedido y todos sus proyectos fueron cancelados. Pasaron dos años y medio más y Reinhard Kirchoff se suicidó.

Para cualquiera era lógico decir que Reinhard fue absorbido por la depresión que le generaron los malos acontecimientos recientes, incluso Kurt creía eso; pero también había algo que no hacía sentido para él. Su padre siempre había sido un hombre trabajador y decidido, un hombre sabio que daba los mejores consejos de vida y nunca volteó la cara a las necesidades de sus hijos.

Pero cambió repentinamente, de un día a otro, sin explicación, pero probablemente con oculto sentido. ¿Acaso ese cambio fue resultado de aguantar la ausencia sin explicaciones del amor de su vida? ¿Acaso sus experimentos ya no estaban saliendo como esperaba? Era imposible saberlo, pero su despido y la cancelación de todos sus proyectos vendrían meses después.

## **NUEVE**

—¿Hay alguien aquí? —irrumpió la voz de una mujer, haciendo eco dentro del taller.

Kurt saltó asustado por la inesperada intromisión. Se dio la vuelta y encontró un rostro conocido asomándose desde la puerta a medio abrir. La mujer era morena, delgada y pequeña, con las mejillas un poco caídas debido a la edad, de cara redonda, ojos marrones y largo cabello negro con algunas canas hecho en una larga trenza que caía sobre su espalda.

Se trataba de doña Catalina, una vecina y amiga cercana de su familia, quien terminó de abrir la puerta para saludar con propiedad. Vestía un suéter de lana abrochado con botones de color beige, un pantalón deportivo negro, un poco flojo; y sandalias.

—¿Kurt? No esperaba verte por aquí —resaltó su sorpresa.

—Buenas tardes, doña Catalina —saludó con la voz un poco ahogada, apenas iba recuperando el aliento luego del susto—. No me esperaba encontrarla por aquí tampoco, me sorprendió que apareciera así.

—¡Ay! ¡Perdona, hijo! No era mi intención asustarte. —Se acercó y puso su mano derecha sobre la espalda de Kurt, palmeando un par de veces antes de retroceder—. Solo iba pasando y vi abierto el taller, por lo que sé, este lugar ha estado abandonado desde que tu papá... se fue.

—No se preocupe por eso, doña Catalina —relajó la voz y habló con un tono más amable—. Sin el pintor, no tiene sentido que sigamos alquilando este lugar. Solo vine para ver cómo estaban las cosas que se quedaron aquí.

—Tu hermano siguió pagando por este lugar, ¿verdad?

—Al parecer es más fácil para él que venir a sacar las cosas.

—Realmente se ha hecho un espacio entre el ejército, ¡qué orgullo!  
—sonríó, de verdad parecía feliz por él.

—Pero también nos hizo a un lado, a Aya y a mí —reprochó endureciendo un poco la voz, pero sin perder el temple.

—Bueno, la labor de los militares es de bastante sacrificio. Él vive por mantener la paz en la Gran Nación, es un fin admirable, es normal tener que hacer sacrificios.

—No estoy del todo de acuerdo con eso...

—¿Y Aya? ¿Cómo está ella?

—¿Aya? En el hospital, sigue estable, pero no ha tenido mejoras en los últimos meses —respondió rápido y su voz resaltó que estaba más abierto a hablar de su hermana menor más que de su hermano mayor.

—Ay, mi niña —sus ojos brillaron de tristeza al paso que la expresión en su rostro se contagiaba con el mismo sentimiento—. La extraño demasiado, ¿por qué tenía que pasarle algo así a ella?

—Yo también me lo pregunté —bajó la mirada.

—Ay, sí. Entre todas las personas terribles que hay en el mundo, terminó siendo ella quien cayera en esta situación, siendo tan buena y especial.

—Usted... de verdad le tomó mucho cariño a mi hermana, ¿verdad?

—Claro, hijo. —Se vio más emocionada—. Más allá de la relación que tenía con mi hijo, Mauro; ella y yo nos hicimos buenas amigas. Incluso me visitaba de vez en cuando y conversábamos de todo tipo de cosas.

—Sí, recuerdo que siempre llegaba feliz diciendo “fui a chismear con doña Catalina” —rió tímidamente.

—Claro, esas conversaciones eran lo mejor, me encantaba hablar con ella —su emoción crecía, hablaba tan orgullosa como si se tratara de su propia hija—. Tanto me agradaba esa niña, que cuando mi hijo me contó que había terminado su noviazgo, casi le rogué que regresara a reconciliarse con ella. ¡Una chica así de buena no aparece dos veces en la vida!

Kurt dudaba sobre cómo decir lo que quería decir, después de todo, la relación romántica que existió entre Aya y Mauro terminó en términos cuestionables. Aun cuando su hermana intentó contar la historia de manera que todo sonara como un mutuo acuerdo, era obvio que las últimas acciones del hijo de doña Catalina no fueron las más acertadas.

—Bueno... supongo que si terminaron, fue por algo —recitó con nerviosismo y voz baja, no quería ofender a doña Catalina.

—Tranquilo, yo ya sé que mi hijo no fue un buen novio —bajó la voz y también la mirada, como si estuviese avergonzada de pronunciar esas palabras—. Como madre... es difícil decirlo, pero si los niños tienen problemas para llevarse bien con otras personas una vez que salen al mundo, eso es responsabilidad de los padres. Eso solo quiere decir que nuestra crianza fracasó.

—No estoy muy seguro de ello —refutó con la mirada llena de seguridad—. En mi caso, mis padres nunca estaban en casa por trabajo, así que todo lo que soy... me lo debo a mí mismo.

—Eso crees ahora, pero lo entenderás mejor cuando seas padre. Aun si estuviste solo, la influencia de tus padres siempre será algo que pese en las decisiones que tomes en la vida. Tal vez no puedas verlo ahora, pero lo harás en cuanto crezcas otro poco.

—Doña Catalina, aprecio sus palabras, pero realmente creo que soy una excepción. —Habló con una sonrisa, pero en sus ojos se notaba cuánto le fastidiaban las palabras de la señora.

—Kurt —engrosó la voz, como si fuera a regañarlo—, no seas soberbio. Si sigues cultivando tu orgullo de esa forma, el mundo va a hacerte pedazos. No asegures que algo es de cierta forma sin primero comprobar que así es.

—No entiendo lo que dice —su temple se volvió serio, se sentía amenazado.

—Es algo que le he dicho muchas veces a Mauro, él es muy orgulloso y prepotente, seguramente por eso Aya lo dejó. Su imagen sobre sí mismo

está muy alejada de la realidad, si fuera más atento, quizá habría detenido a Aya ese día y ella aún estaría correteando por ahí.

—¿Eh? —levantó la mirada, sin entender a qué se refería—. ¿De qué está hablando?

—Oh, ¿entonces no lo sabes? Supuse que tu hermano te había contado.

Kurt sintió que le faltaba el aire en el momento en que recordó la razón que le dio su hermano para estar en casa esa mañana: "Vine a verte porque averigüé algunas cosas que pensé que podrían interesarte".

—Él... no me dijo —se escudó.

—Ya veo, así que no lo hizo. ¿Quieres que te lo cuente yo?

## **DIEZ**

Tal como globos reventándose de repente, dos estallidos se escucharon dentro del taller. Doña Catalina se derrumbó y botó consigo la mesa que tenía a su derecha. Pinceles, reglas, tela, marcos de madera, pinturas, todo cayó haciendo mucho ruido. La vida de la señora, representada en ese opaco charco rojo que se esparcía en todas direcciones, empezó a escapársele.

Kurt permaneció inmóvil, sin caer en cuenta de lo que estaba sucediendo, pero con la vista fija en la persona que apareció parada en la puerta, frente a él. Por su silueta parecía un hombre de complexión media, quizá algo delgado y de baja estatura. Vestía tan casual como cualquiera, jeans azules, zapatillas sin mucho detalle, sudadero cerrado gris muy flojo con la capucha sobre la cabeza y una máscara con rasgos de búho, negra, con una apertura que dejaba apreciar el rojo sangre de su ojo izquierdo.

—No fue personal —habló—. Los testigos son innecesarios.

No había una sola micra de emoción en esas palabras, su articulación era casi robótica. El charco rojo alcanzó los pies de Kurt, quien dirigió la mirada hacia la mujer agonizante que tenía enfrente. Ahogándose en sí misma, pronunció sus últimas palabras.

—Ma...uro... hi...jo... perd...ón.

Su voz se consumió junto a su última intención. Sus ojos se apagaron, se quedaron estáticos. La situación era más que obvia, doña Catalina acababa de morir. O al menos esta era la única premisa que retumbaba en la hiperactiva mente de Kurt. Si tenía lógica o no, era un tema muy



## Capítulo 4

### **TRAIDOR**

#### PARTE 1

### **ONCE**

Con la mirada puesta en la ventana oscurecida, sin prestar atención a los transeúntes que iban y venían al otro lado del vidrio, viajaba Ritchmond en la banca trasera de uno de los vehículos más lujosos. Los finos cueros de la tapicería se sentían cálidos ya, después de todo llevaba un rato sentado en el mismo lugar a causa del embotellamiento que, por lo general, se hacía más pesado cuando daban las cinco de la tarde, pero que ese día parecía haberse adelantado un par de horas.

No era usual para él viajar en un vehículo así, mucho menos con un chofer. Pero si parecía un tanto incómodo, no se debía a los lujos de su transporte, sino a situaciones más personales y complicadas. Puso la mano sobre su muslo, intentando detener el zapateo de su pierna derecha. Hizo una mueca, bajo la cabeza y se frotó los ojos con la otra mano.

—Agh —refunfuñó.

Ritchmond era un hombre cuya personalidad encajaba a la perfección con el estereotipo de cualquier militar de rango medio. Era serio, comprometido y lógico, un hombre imperturbable, muy capaz de cumplir con su trabajo sin dudar un poco.

O al menos esa era la impresión que intentaba dar, el personaje estelar que interpretaba en su trabajo. La realidad ya la tenía bastante clara, esa fachada era la excusa perfecta para no tener que enfrentar la situación de su familia. Sí, Ritchmond sabía que Kurt no estaba tan equivocado, pero tampoco terminaba de darle la razón. Era tan simple como decir que no había una verdad absoluta en su relación, no se entendían y no intentaban acercarse.

El quiebre era absoluto entre Ritchmond y Kurt, pero a juicio del hermano mayor, nunca se llevaron bien realmente. La lógica responsable venía chocando con el idealismo empedernido desde tanto tiempo atrás, que era

imposible marcar un punto de inicio.

Sin embargo, eso nunca significó que odiara a su hermano menor. Solo nunca estuvieron de acuerdo. Entre todas esas discusiones, todos esos insultos, todos los golpes y todos los enfados, siempre prevaleció en Ritchmond el deseo de conversar amablemente con Kurt algún día.

Su madre desapareció, la tercera hermana se fue con ella. Su padre murió y la hermana más pequeña llevaba meses sin despertar. Poco a poco, solo quedaron los polos más opuestos, los que apenas podían dirigirse la mirada sin tener que discutir, la eterna lucha entre el que se aisló para vivir la realidad del día a día y quien perdió la noción de su existencia, pero no de sus ideales.

Perder a Kurt sería perder el último vestigio de la familia feliz a la que perteneció alguna vez, sería quedarse completamente solo. El auto se detuvo, quedaban solo un par de cuadras para llegar a casa. Ritchmond agradeció al conductor, le pidió dejarlo ahí y bajó.

El entorno era un tanto diferente a como lo vio en la mañana, cuando fue a visitar a Kurt. Las altas casas de diseño cuestionable y el sucio bulevar, que estaba acostumbrado a ver cada que pasaba por ahí, quedaron reducidas a grises acumulaciones de pequeños escombros y arena. Entre el silencio se notaba el llanto de unos cuantos, las quejas, las súplicas y algunas manchas rojas entre los restos del barrio que vio crecer a los hermanos Kirchoff Astrea.

## **DOCE**

La luz del dorado atardecer llenó cada rincón del barrio ese día. Por lo normal, nadie pensaría en esas calles y avenidas como un lugar bonito, más bien, el Barrio de Betel era conocido como un lugar descuidado, sucio y con arquitectura bastante... cuestionable. Sin embargo, esa tarde brilló y muchos de sus habitantes salieron a las calles para observar la hermosa caída del sol.

Era en esas personas que Betel encontraba su encanto, en esas cálidas y trabajadoras sonrisas que nunca se apagaban, que nunca se rendían y por las cuales era bastante conocido a pesar de su urbanismo desordenado y descuidado.

Pero la belleza del paisaje no era suficiente para contener el orgullo propio de la juventud que recién florece, o mejor dicho, se desborda. El amor es un tema complicado para aquellos que recién empiezan a descubrir el mundo. El primer golpe fue dado, luego vino el segundo, el tercero y el cuarto. Los columpios, los subibajas, los toboganes y cualquier otro juego

que había en el viejo parque del barrio quedaron vacíos. Los niños más pequeños huyeron, los más grandes se acercaron e hicieron una rueda alrededor del improvisado campo de batalla.

Pasaron unos minutos, los contendientes siguieron adelante con su riña y los insultos se hicieron cada vez más adultos. Ella apareció, la razón del combate llegó corriendo desde casa al enterarse del problema. Era, quizá, la niña más bonita de entre todas las del barrio, pero nadie había notado su belleza hasta que la edad alcanzó a quienes tenía que alcanzar.

Su piel era clara, de un tono crema adornado con varios lunares sobre su ovalado rostro, que aun mostraba la inocencia propia de su niñez. De cabello liso, levemente ondulado y recortado hasta la altura de sus hombros, de fleco recto y grandes ojos grises. La delgadez de su cuerpo se ocultaba bajo un sudadero cerrado de color azul muy grande, mientras que la línea de sus piernas resaltaba gracias a sus jeans.

—¡Hey! ¡Kate está aquí! —exclamó uno de los espectadores al reconocerla, sin otra razón más que para echar leña al fuego.

El círculo se abrió y los contendientes quedaron a la vista de Katellyn Kirchoff Astrea, a la vez que todas las otras miradas se dirigieron hacia ella. Se sintió intimidada en el instante en que todos empezaron a pedir su opinión sobre la situación. “¿A quién de los dos prefieres?”, “¿Vas a compensar al ganador con un beso de victoria?”, “¿Vas a consolar al perdedor curándolo luego de la pelea?”.

Fueron tantos comentarios que era difícil distinguir las palabras, y como Katellyn era muy tímida, tampoco sabía bien qué hacer o qué decir. Si se acercó al lugar de los hechos fue porque quería detener el conflicto, pero ahora que estaba frente a él, parecía demasiado como para manejarlo sola, y estaba por ponerse peor.

—¿Qué demonios está pasando aquí?

Esa voz irrumpió y se impuso entre todos los gritos, a espaldas de Katellyn. Ella lo reconoció de inmediato y supo que el resultado del conflicto acababa de volverse más incierto aún. Él empezó a acercarse, sin prestar la mínima atención a Kate, que apenas se mantenía sobre sus rodillas temblorosas y con la mirada clavada en el suelo de tierra.

—Ku... Kurt... —llamó por él en el momento en que pasó a su lado, él no se detuvo.

—Si vas a causar problemas, no te quedes quieta cuando tengas que resolverlos —regaño, fastidiado—. Terminaré con esto.

La luz del atardecer empezaba a apagarse, los faroles del parque ya estaban encendidos. Katellyn sabía lo que iba a pasar, sabía que Kurt no dudaría en reducirlos a todos él solo. El problema no era que lo hiciera, era que, mientras caminaba hacia aquel grupo de niños y pre-adolescentes, los faroles del parque empezaron a titilar, a emitir chispas y sonidos similares a zumbidos.

“No puedo dejar que lo haga”, pensó. Infló el pecho en un gran suspiro y se apresuró a alcanzar a su hermano, lo tomó del codo izquierdo con su mano derecha, sin levantar la mirada en ningún momento. La multitud observaba atenta.

—No, déjame hacerlo, hermano.

Al contrario del resto de su cuerpo, que se tambaleaba de los nervios, su voz fue firme y directa. Kurt se mantuvo en silencio durante unos segundos y entonces se giró lanzando un puñetazo contra el vientre de su hermana, quien cayó al suelo sin quejarse un poco. Uno de los chicos que se encontraba peleando se lanzó sin dudar contra él.

Kurt levantó la mirada y bloqueó el golpe con el brazo derecho para luego conectar una patada con la zurda y derribar a su contendiente. Katellyn apenas pudo distinguir las sombras moviéndose antes de desmayarse.

## **TRECE**

—Entonces, Kurt, ¿me explicas qué sucedió?

Unas horas después, cuando la noche ya se había apoderado de cada rincón de la ciudad, Kurt se encontraba encerrado entre esas cuatro paredes blancas, sentado sobre la orilla de cama, de frente a ese hombre que ni siquiera había tenido tiempo para quitarse la bata al volver del trabajo.

A simple vista, era delgado, moreno y de ojos grises achinados. Casi todo su cabello se había caído y lo que le quedaba ya era en su mayor parte blanco. De rostro ovalado, alargado y con un ligero bigote. De pie frente a Kurt con más pena que enojo en su rostro, preguntó Reinhard Kirchoff por la versión de los hechos de esa tarde.

—Unos niños estaban peleando por Kate, eso es todo —aclaró Kurt, refunfuñando.

—Ah, ¿en serio? ¿eso es todo?

—Kate estaba ahí, pero se quedó quieta como una piedra.

—¿Y por eso la golpeaste?

Kurt guardó silencio, su escasa humildad no le alcanzaba para reconocer un acto como ese.

—Hijo —siguió Reinhard, con una inexplicable calma en sus palabras—, no me preocupa que estuvieras a punto de involucrarte en una pelea, lo que me molesta es que la única persona a quien heriste, fue a tu hermana. Y lo que es peor, a penas llevas unos meses desde que iniciaste el entrenamiento para usar el Talento del Rayo, ¿en serio querías usarlo contra esos niños?

—Bueno... yo... —Desviaba la mirada de un lado a otro, avergonzado de que ni siquiera sabía qué decir en su defensa.

—Kurt, ¿acaso entiendes el tamaño de la responsabilidad que llevas solo por haber nacido con este poder?

—¿Responsabilidad? ¿Qué responsabilidad? —Levantó la mirada levemente.

—Bueno, estoy seguro de que conoces esta historia, pero cuando Dios aceptó ayudar a los trece clanes durante la Gran Guerra de la Antigüedad, no lo hizo solo porque sintiera lástima de ellos, les pidió algo a cambio, ¿recuerdas qué fue?

—No lo recuerdo.

—Oh, y no te culpo. Las personas no suelen ver más allá de su nariz, pero yo no quiero que tú seas así, hijo. Si crees que recibiste tu poder como un milagro y que puedes hacer lo que quieras con él, estás equivocado. Como Hijos de Dios tenemos una única responsabilidad: cuidar del futuro de este hermoso país.

—Eso dices tú... pero si es nuestra responsabilidad hacerlo, ¿por qué nos ocultamos? ¿no sería mejor para nosotros si todos supieran? Incluso podríamos obtener beneficios, respeto...

—Claro que podríamos, Kurt. —Puso la mano sobre el hombro de su hijo, suavemente—. Pero si apareciéramos como si nada frente a las personas, llegaría el momento en que estos querrían estar en igualdad de condiciones con nosotros. La envidia existe, el miedo existe, pero nosotros podemos actuar aun así, podemos ser más listos, podemos ir más allá, podemos encargarnos de ello y asegurarles un mejor futuro aún si nadie nos ve. Si nos mostráramos así como así solo para obtener la gloria, ¿realmente serían nobles nuestras acciones? No estamos aquí para ser

héroes, somos Hijos de Dios y el valor de nuestra existencia está en los efectos de nuestras acciones más que en las recompensas que podamos obtener. Es por eso que existimos.

Esas palabras fueron lo suficientemente claras como para inspirar la joven mente de 14 años del Kurt de ese entonces. No había duda, la razón de la existencia de la Sangre Real era algo mucho más profundo y eso fue impresionante, hasta el punto en que ese ideal terminaría convirtiéndose en el principal pilar que sostendría su propia existencia.

La charla se extendió un poco más y de su padre, Kurt escuchó muchas otras historias sobre Hijos de Dios que entregaron todo a favor del bienestar de otros. Mientras más avanzaban, más emoción encontró Reinhard en los ojos de su joven hijo. Hacer mención a los capítulos oscuros que mancharon la historia de su linaje parecía un acto de crueldad contra esa inocencia. Pero no podía dejar pasar la oportunidad, para dar un mensaje, a veces es necesario cambiar una o dos palabras de acuerdo a la persona a quien está destinado.

—Kurt, hijo. Tu poder es solo tuyo, tus acciones son solo tuyas, aun si estás a merced de las circunstancias, todo lo que hagas será siempre tu responsabilidad. Piensa con cautela, hijo. Nunca podrás alejarte de los problemas, es parte de la vida. Pero te aseguro, mientras te mantengas firme, evitarás conocer el infierno más de lo que es debido. No debes ceder, no debes rendirte, porque en el momento en que pierdas la esperanza, en el momento en que la desesperación y el salvajismo de apoderen de ti, habrás traicionado el ideal del Dios al que debemos este poder. Perderás la humanidad, serás un demonio, te convertirás en un traidor.

Kurt levantó la mirada y abrió mucho los ojos. En ese momento, los acontecimientos se distanciaron bruscamente de aquel agrí dulce recuerdo que tenía tan presente en su mente. Las paredes se agrietaron y una especie de sombra empezó a inundar la habitación.

Su padre seguía ahí, pero la escena había cambiado. Colgaba atado del cuello a una soga cuyo origen no podía ver, con una mueca aterradora como evidencia de la aterradora asfixia propia de su posición. Su cuerpo empezó a destellar en cientos de descargas eléctricas que se expandieron como una esfera creciente.

Las paredes se derrumbaron, más bien, se hicieron polvo. Kurt sintió que le faltaba el aire, junto a una enorme presión en su pecho. Perdió la noción de todo lo que estaba a su alrededor, más bien, se sintió como si quedara ciego de un momento para otro. Tuvo miedo del silencio y la oscuridad, en el momento en que sintió que su cuerpo flotaba en la nada.

Muchas voces se escucharon hablando, gritando, llorando, suplicando, repentinamente. Cientos y cientos de palabras que no podía entender debido al caos que significaba escucharlos a todos a la vez. Empezó a desesperarse, a moverse de un lado a otro agitando brazos y piernas. Intentó gritar y en ese momento sintió como si empezara a tragar tanta agua como para ahogarse en un instante.

“¿Qué demonios es esto? ¿Qué significa todo esto? ¡No quiero esto! ¡Ayúdenme! ¡Quién sea, ayúdeme!”, recitó en sus pensamientos, lleno de pánico. “Padre, ¿acaso hice algo mal? ¿Por qué está pasándome esto? ¡Todo lo hice bien! ¡Desde esa vez que hablamos todo lo hice bien! ¡¿Por qué tiene que pasarme esto?! ¡No quiero ir al infierno! Por favor... Dios... ¡No me envíes al infierno!”.

## Capítulo 5

### **TRAIDOR**

#### PARTE 2

### **CATORCE**

Muros que se volvieron polvo, edificaciones enteras que se derrumbaron en grandes y finas dunas. Gritos, muchos gritos. Llanto, tanto llanto. Era lo que quedaba del Barrio de Betel luego de ese extraño acontecimiento. Era una tragedia, algo tan grande como decir que "todo" volvió a la "nada", al absurdo y elemental polvo del que todos venimos.

Caminar entre los restos era hundirse hasta las rodillas, el fino polvo y su predominante gris que se mezclaba aún con el blanco brillante que caía del cielo. La mitad del barrio desapareció y más de la mitad de su gente se fue con él. Pero en el centro del desastre, y luego de recorrer el paisaje durante unos minutos, encontró Ritchmond a la persona que buscaba.

Desangrándose al estallar sus venas y arterias, bocabajo, con el cuerpo medio cubierto por los escombros e inconsciente, apareció Kurt, en el centro de ese cráter de arena. El militar cayó de rodillas al ver a su hermano destrozado de esa manera, gateó hacia él y se abrazó a su cuerpo frío. Las lágrimas cayeron sin que pudiera hacer algo al respecto y aunque los pensamientos fluían con el mismo ritmo, las palabras se ahogaron en el fondo del mar de sentimientos que intentaba contener con todas sus fuerzas.

—En serio... en serio... eres estúpido, Kurt.

### **QUINCE**

Y entonces abrió Kurt los ojos, de golpe y con el aliento faltándole. Las heridas de su cuerpo eran demasiado como para levantarse, sobra decir que sus ojos tampoco eran capaces de percibir claramente las imágenes a su alrededor. Las paredes blancas y la gran ventana, a su izquierda, eran lo único que pudo distinguir usando un poco la imaginación.

El intermitente "bip" al fondo fue lo primero que reconoció en cuanto su audición se recompuso. Afuera se escuchaban murmullos y uno que otro

grito ocasional, pero nada suficiente como para inquietarlo. Su cuello, brazos, piernas y hasta partes de su pecho dolían absurdamente. Recostado bocarriba, sobre esa cama un tanto peculiar, notó una ligera calidez sobre su mano derecha.

—Hola, Kurt, ¿estás cómodo?

La cálida ternura en el tono con que fueron pronunciadas esas palabras retumbó en sus oídos y aturdió su cabeza. No podía girarse para verla, la reconoció al escucharla.

—Ja... ¿Ja... neth? —Intentó llamarla, pero sus labios a penas se movieron para dejar salir un susurro ahogado, casi inaudible.

—Tranquilo, descansa. Aquí estoy para acompañarte.

En el interior, esas palabras fueron cosa simple. Todos los sonidos se desvanecieron luego de ellas, lo hicieron también las imágenes. El silencio se impuso, los recuerdos eran difusos, parecían ajenos, lejanos e irreales. Kurt perdió la noción de sí mismo y se quedó dormido.

## **DIECISEIS**

Para cuando dieron las 5 de la tarde, varios helicópteros rondaban sobre el lugar donde unas horas antes se encontraba el Barrio de Betel, ahora hecho polvo literalmente. Las ambulancias y demás vehículos oficiales se abarrotaron en las primeras cuadras del lugar, donde las calles y algunas edificaciones aún prevalecían.

Desde el aire, la mayor parte del barrio, conocido por muchos urbanistas como una "península urbana rodeada de barrancos", había desaparecido para dejar en su lugar un mar de polvo gris. Las calles y avenidas que se extendían desde el sur hacia el norte ya no se podían ver con claridad, pero tampoco había una explicación para una devastación tan peculiar.

Las bombas tradicionales habrían dejado escombros más grandes, nada tan fino. Una bomba más poderosa habría barrido con media ciudad, no un área tan pequeña. "¿Qué sucedió en el Barrio de Betel?", anunciaban todos los noticieros en sus titulares de último momento, mismos que sintonizaba atentamente el General Paul Bellamy.

Las noticias llegaron a él cuando se encontraba disfrutando de su café de la tarde, una excelsa bebida producida y traída de las montañas del norte de la Gran Nación. Sintonizó la estación radial de su preferencia y escuchó

atentamente lo que tenían para informar.

Quizá pasó una hora desde los primeros anuncios y, desde entonces, el General se sentó en su silla, sin prestar atención a la pila de papeleo sobre el elegante escritorio de madera. Alguien llamó a la puerta en el momento en que daba un sorbo a su taza. No respondió, ni siquiera se inmutó. Mantuvo la mirada en la superficie del café, con la silla ladeada levemente sobre su derecha. Pasaron unos segundos y el cerrojo se abrió.

La primera persona en entrar fue una chica de cabello corto, con mirada seria tras sus amplios anteojos cuadrados y baja estatura. Vestía una camisa blanca con botones y una falda negra ajustada a su cuerpo con largo hasta las rodillas. Su piel morena resaltaba su fría belleza, misma frialdad con que anunció la llegada de un visitante.

—General, el Sir Anloucce acaba de llegar.

Bellamy levantó la mirada con elegancia y esbozó una tenue sonrisa. Sus ojos se clavaron en las piernas de la chica, como si la escaneara de pies a cabeza hasta encontrar la perfecta curva de sus labios.

—Déjalo entrar, Dina —ordenó el General. Su tono de voz se anunciaba complacido.

—Como ordene.

Ella se volteó sin cambiar lo más mínimo en su reacción, dio un par de pasos fuera de la oficina del General, se ladeó levemente hacia su izquierda e hizo un ademán con la mano zurda, pidiendo al visitante que se acercara. En ningún momento salió de la vista de Bellamy, quien parecía complacido por este detalle.

Dina se volteó y desde afuera de la oficina clavó su mirada en el General, quien asintió inmediatamente. Ella se retiró y el visitante apareció en su lugar, al otro lado de la puerta. Zapatos formales de color negro, jeans azules iguales a los de los jornaleros, camisa cuadriculada en tonos corintos y negros de manga corta. Su vestuario no parecía el de alguien con tan alta investidura. No era robusto ni delgado y su piel era tan blanca como la nieve. Su cabello claro, con algunas canas, iba peinado hacia atrás y, bajo sus anteojos cuadrados, sus ojos destellaban en un verde esmeralda lleno de decisión.

—General, buena tarde —saludó con júbilo, levantando la mano derecha—. Es un gusto que se tome el tiempo para recibirme.

—Al contrario —refutó el General, parecía animado—, me siento honrado

de recibir su visita, Sir.

—Oh, vamos, eso de Sir no es para tanto.

—Claro que lo es, el título representa la obtención de muchos reconocimientos. Usted es una de las personas que más merece ser tratada con devoción y respeto, gracias a sus logros.

—Si lo pone en esos términos, General, deberíamos tener un par de días festivos en su honor también.

—No dudaría en sugerir que instalaran un par de monumentos en su honor cuando eso suceda, Sir.

—¡Ja! ¡No creo que la gente quiera ver mi horrible rostro con ojeras en piedra! —rió escandalosamente, para luego calmarse y endurecer un poco la voz—. Entonces, General, ¿podemos dejar ya la hipocresía?

—Sí, Sir —su tono se volvió serio, pero no parecía muy lejano a la actitud que tomó desde que el Sir entró—, ya fue suficiente de lamernos las suelas entre sí. Supongo que tiene cosas que hablar conmigo y quiero comentarle algunos detalles también. Como estamos en mis dominios, agradeceré que anuncie sus asuntos primero. Tome asiento.

—Agradezco su hospitalidad, General, pero he estado sentado todo el día. A mis piernas les hará bien recordar para qué sirven aunque sea durante un rato. Sin embargo, lo cierto es que los asuntos que traigo tomarán algo de tiempo, así que me sentaré eventualmente.

—Me intriga lo que me dice, Sir. ¿Debería pedir a Dina que traiga café para usted también?

—No gracias, sé que usted ama los productos de Clan Leonhardt, pero personalmente no me siento con ánimos para mantener una charla con una bebida producida por el clan al que le debo tanto.

—Oh, vaya. El Alto General Ray Leonhardt se sentiría ofendido por tales palabras, Sir.

—Dejemos a Ray fuera de esto —cortó tajante—. Estoy seguro que a estas alturas, ya sabe de dónde viene el polvo blanco que está cubriendo la ciudad desde la mañana.

—Oh, vaya. ¿Acaso su relación el Alto General se ha fracturado para que no quiera hablar sobre él, Sir?

—General, no hay mucho tiempo para hablar de asuntos personales.

—Eres demasiado sugerente, Serge Anloucce —se burló con una risa efímera—. No has cambiado mucho de cuando eras más joven.

—General, ¿no le interesa lo que está pasando con la Gran Nación?

—Obviamente me interesa —reprochó de inmediato—. ¿Acaso un viejo como yo no tiene derecho de burlarse un poco de los niños que vio crecer?

—En esta situación, agradecería que se concentre, General Bellamy.

La tensión se elevó hasta el punto en que Bellamy estrelló la taza de café contra el escritorio, sin romperla, pero derramando la bebida en abundancia y con estridencia. El Sir Serge Anloucce se mantuvo firme, no inmutable, pero firme.

—Ah —suspiró fastidiado el General—. Desde la noche de ayer no hay reportes de la gente de Los Altos. Por más que intentamos comunicarnos, nadie contestaba, así que envié a algunos pelotones a revisar. Solo recibimos un reporte de ellos diciendo que acercarse a la ciudad era como atravesar un mar blanco de estrellas, o algo así. Luego de eso, perdimos la comunicación.

—Parece que la situación no lo tiene bien, General —se burló.

—Cállate —reprochó sin mucho ánimo—. Lo que sea que hicieran en Los Altos, tuvo que ser una catástrofe. La dirección de trenes ya ha reportado cuatro viajes desaparecidos, lo mismo con quienes viajan por carretera. No entiendo cómo los noticieros pueden cantar de un lado a otro que la ciudad fue destruida si ni siquiera el Ejército Real ha podido acercarse para ver lo que sucedió.

—Así que no han podido acercarse, ¿eh? —susurró intrigado, asombrado.

—Me gustaría creer que estás preguntándote qué tiene que ver Los Altos con el polvo ese que está cayendo del cielo, pero seguro ya sabes la relación entre uno y otro punto. Después de todo, infiltraste a dos de tus hombres en mis escuadrones.

El General giró la mirada hacia el Sir, con el resentimiento desbordando en sus ojos. Serge sonrió burlándose y asintió, como si fuera un niño cuya travesura acababa de ser descubierta.

—Sí, General, envié a dos de mis hombres. Uno que he conocido desde

hace años y otro que recién rescaté.

—En serio te gusta nadar en la basura, Serge. ¿Cómo siquiera puedes pensar en confiar en esos traidores?

—Es cierto que son traidores, que cometieron crímenes atroces. Pero cuando los conocí, en cada uno vi las razones detrás de sus acciones y las ganas de vivir ardiendo con la fuerza suficiente como para arrasar el mundo.

—Si querías hacer caridad, pudiste poner un albergue para perros callejeros.

—Lo tengo, de hecho. Mi hija me lo sugirió hace unos años. Sin embargo, no vengo para discutir la moralidad de mis acciones con usted, General. Más bien, estoy aquí para compartirle información de parte de uno de esos traidores que usted desprecia tanto.

—¿Alguno encontró algo interesante?

—Lo que tengo para decir no es mucho mejor que lo que usted ha mencionado, mis hombres también están desaparecidos, pero uno de ellos logró enviar algunos reportes, un poco antes de las 8 de la noche. No es muy detallado, pero explicó que mientras realizaba las inspecciones en los barrios de la periferia norte de la ciudad, vio un pilar de luz blanca que crecía desde el suelo hacia el cielo. Menciona también que, unos segundos después, un gran destello lo cegó seguido de un ventarrón la fuerza suficiente como para destrozarse los alrededores. Fue como una explosión rápida, así lo describe, la cual se calmó muy rápido, pero al acercarse a inspeccionar el lugar donde emergió el pilar, ya no había construcciones en el área, todo lo que había era polvo, un polvo blanco, fino y brillante. Luego de eso, pasó un rato hasta que volvió a reportarse, esta vez para contar que la ciudad estaba bajo bombardeo. Explica también que estaba ayudando a rescatar heridos de entre los escombros, que la temperatura del ambiente se incrementó de golpe y luego... la comunicación se cortó.

—¿Esa comunicación fue por vía de radio?

—No, General. Para esta misión, el hombre que le menciono llevaba consigo un nuevo dispositivo, algo similar a una grabadora de voz portátil que envía todo lo que graba hacia mis técnicos especializados. Ellos se encargan de hacerme llegar la información.

—¿Sabes que puedes ser sancionado por ocultar ese tipo de avances al Ejército, Serge?

—¿Eso es una ley nueva? ¿O quizá su orgullo no soporta que los

ingenieros del ejército sean tan ineptos?

—Cuida esas palabras, Serge.

—¿Por qué no mejor se enfoca en lo que realmente importa, General?  
¿Tanto le molesta no tener controlada la situación?

—¡Dije que te calles!

El General se levantó, golpeó la mesa con ambas manos y lanzó una mirada asesina contra Serge, quien retrocedió unos centímetros por el susto. En ese momento, Bellamy fue arrastrado de vuelta a su silla, bruscamente. Serge sonrió ante la mirada llena de frustración que puso el militar al darse cuenta que sus brazos, piernas, torso y cuello estaban envueltos en lo que parecían listones de tela amarillos.

—¡Serge! ¡¿Qué significa esto?!

—General Bellamy, por favor háblele con respeto al Sir —respondió una voz femenina desde su espalda. Serge parecía complacido con lo que estaba sucediendo.

—Lo siento, General —se burló el Sir—. Pero mi acompañante no permitirá ninguna acción que vulnere mi seguridad. Así que lo mejor ahora, es que se calme.

—¡Suéltame inmediatamente! ¡¿Cómo te atreves a faltarme el respeto así?!

—Claro, lo soltaremos, General. Solo tiene que disculparse con mi acompañante por menospreciar a los traidores. Luego de eso podremos hablar sobre las otras cosas que tenemos pendientes.

—¡Dina! ¡Dina! ¡Llama a los comandos! ¡Que saquen a estos hijos de perra de aquí!

—Pierde su tiempo —siguió Serge—. Nodoka ya se encargó de sellar esta oficina para que no nos escuchen. Claro, todo esto habría sido más fácil si hubiese tomado en serio esta reunión. Pero bueno, bien dicen que los viejos se vuelven inútiles en el momento en que piensan que por ser viejos, lo saben todo, lo controlan todo. Qué lástima terminar así.

—Tú...

Entre su frustración y la presión aplastando su tráquea, el General Bellamy apenas podía pronunciar una palabra. La sangre le ardía solo de pensar en que fue acorralado con facilidad. No podía ni girar la mirada. ¿Qué podía hacer? ¿Cómo podía liberarse? Apenas podía respirar, pensar

en retorcerse o gritar parecía inútil.

Todo lo que podía hacer era ver tortuosamente cómo el Sir Serge Anloucce, un hombre a quien consideraba inferior, se regocijaba de la situación. Su captor, entonces, se acercó al escritorio. Sabiendo que podía hacer lo que le diera la gana en ese momento, su rostro se tornó un tanto perturbador cuando empezó a hablar.

—Bien, General. Hay algunas cosas más de las que quiero hablar. Espero que me responda con sinceridad, a cambio, responderé con la verdad a cualquier cosa que quiera preguntarme, si está en mis posibilidades, claro está. Entonces, ¿qué tal si empezamos con esto? ¿No le suena conocido el nombre de Christa Kirchoff Astrea?

## Capítulo 6

### **TRAIDOR**

#### PARTE 3

### **DIECISIETE**

Tal como ordenaba el protocolo para las visitas, Dina aguardó a un lado de la puerta del General Paul Bellamy, recostada sobre la pared del pasillo adornado en detalles de color crema y blanco. Su fría mirada dio una breve tregua en el momento que bajó la cabeza para frotarse los ojos.

—Ah —suspiró discretamente—, estoy harta de esto.

Sonó la chapa de la puerta y, antes de darse cuenta, ya estaba de nuevo con la espalda recta y los ojos serios. Salió el Sir Anloucce, con un marcado regocijo en su rostro, tan grande, que casi era contagioso. Dina mantuvo la compostura, pero también se sintió más relajada al notar que se trataba de él, quien se dirigió hacia ella en el momento en que la puerta se cerró.

—Puedes estar tranquila, Dina. Él no va a molestarte más.

El Sir habló con naturalidad, tanta que Dina creyó entender a qué se refería. Si estaba en lo correcto, era justificable que esas palabras la hicieran tambalearse, pero así mantuvo la compostura a pesar de la impresión. El Sir asintió amistosamente, notó su diminuta reacción, se dio la vuelta y empezó a alejarse.

El pasillo era amplio y lujoso, de paredes color crema con adornos arquitectónicos propios de un palacio y detalles en telas rojas y doradas acompañados de numerosos tesoros exhibidos frente a cada columna. Era como caminar en un museo, pero poca atención prestaba el Sir a esto. Dina lo vio alejarse dando cada paso con confianza y calma, pero bajo la fachada se ocultaba un huracán de pensamientos y dudas.

—Ah —suspiró silenciosamente—, creí que tendría todo controlado media vez llegara a ser Sir, pero sin importar cuánto poder tenga, aún existen cosas que se me escapan de las manos. Bien dicen que nadie se convierte en Dios solo por ser uno de sus hijos. No debo olvidarlo.

## **DIECIOCHO**

Para esa noche, la Ciudad Capital había sido declarada en estado de emergencia por la Corte Real. Como consecuencia, el toque de queda dejó las ajetreadas calles completamente vacías para las 20:00 horas. El polvo que cayó del cielo durante el día dio tregua poco después del atardecer, pero terminó acumulándose, dejando un fino y brillante manto blanco sobre todo lo que le fue posible cubrir.

El amargo ánimo que quedó tras los acontecimientos de ese 10 de octubre se acompañó de las luces de la ciudad, pero aun así, la confianza de la ciudadanía en la Corte Real no se tambaleaba. No era para menos, se trataba de la Gran Nación de Ceres, el país más poderoso y avanzado de todos. Era de esperarse que sus gobernantes fueran también los más efectivos a la hora de afrontar problemas de este tipo, después de todo ya tenían la experiencia para hacerlo y la historia reciente respaldaba su capacidad.

Entre las dudas y la incertidumbre, para los ciudadanos era cuestión de tiempo para que el problema se resolviera. La próspera paz que tanto regocijaba a la tierra de los Hijos de Dios volvería en cualquier momento. Seguramente lo haría. Era lo que la mayoría pensaba.

Pero los hechos no son más que eso y lo que determina su importancia en realidad, es la gente. Afuera, lejos de la calidez que apaciguaba el miedo en los hogares, las calles se sumían en soledad y silencio. No había civil que pudiera salir solo porque sí, si mucho se veía pasar a los vehículos policiales patrullando eventualmente. Y aun así, había alguien afuera.

No era muy alto, parecía bastante joven, y corría de un lado a otro entre el pavimento y las banquetas, pateando los montículos de polvo que brillaban levemente al reflejar la luz del alumbrado público. Se paseaba el área más moderna de la ciudad, donde los edificios eran más altos y las calles eran más bonitas, con la capucha de su holgado sudadero cubriendo su cabeza y las mangas del mismo ondeando de un lado a otro.

Se divertía en silencio, tanto que las horas pasaron entre los alrededores. Pronto, los lujos y la modernidad se quedaron atrás, dejando espacio a la descuidada y excéntrica antigüedad del Centro de Capital, un ambiente que podía pasar de impresionante a peligroso en un par de calles.

Pero no había una gota de desconfianza en aquel pequeño, podría decirse que no le preocupaba para nada dónde estaba o simplemente no prestaba atención a ello. Sus ánimos empezaron a desvanecerse a medida que avanzaba, tanto que luego de unas calles, ya caminaba arrastrando los

pies entre el polvo, con desgano.

El cielo se despejó y el tenue brillo de la luna se reflejó en el manto fino, haciéndolo brillar incluso más que con la luz artificial. Cada paso levantaba una pequeña nube de destellos, era un evento hermoso que distrajo al pequeño de lo que tenía que hacer.

Levantó la cabeza y a su derecha estaba el lugar que estaba buscando. Un hermoso jardín frontal rodeado por una cerca de al menos tres metros y medio de alto con un portón doble al centro que actuaba como entrada. El edificio que estaba al fondo parecía un palacio soberbio y deslumbrante.

—Ojalá no lo hubiera encontrado nunca —reprochó—. Este es... el Hospital, ¿eh? Aquí está el siguiente objetivo.

## **DIECINUEVE**

Pasaron pocos días para que la intermitente caída del polvo se detuviera. La limpieza de las calles y los edificios tomó al menos un par de noches más. Luego de una semana, todo rastro del extravagante incidente había desaparecido, las restricciones fueron levantadas y el área de Betel se cerró completamente al público, reubicando a quienes vivían ahí en otros lugares provisionales.

La ciudad volvió a la normalidad, hasta donde cabe el término. Sin embargo, para Janeth, esa aparente tranquilidad no era algo agradable. No se emitieron más noticias acerca de Los Altos y ni se diga de Betel. Casi parecía que la ciudadanía había pasado de página, casi parecía que se dedicaron a seguir adelante.

No era algo raro. Ya la gente de la Gran Nación de Ceres estaba acostumbrada a esto. Las preocupaciones mayores corrían por cuenta de la Corte Real, mientras las masas se encargaban de mantener el país en movimiento. Nada de otro mundo, muchos lo consideraban un buen trabajo en equipo. No había tiempo para lamentos, si mucho para honrar a los caídos. Nada más de qué preocuparse, que de seguir adelante.

Sin embargo, a juicio de Janeth, toda esa calma y confianza en el gobierno era un tanto incómoda. Para ella, que se había acostumbrado durante años a voltear la mirada para evitar encontrarse cara a cara con los problemas, la cultura de la Gran Nación de Ceres no era más que conformismo e hipocresía.

—Pero, ¿qué derecho tiene una mujer tan sucia como yo de opinar? —se cuestionó, sola, sentada en una de las sillas de madera que se

encontraban sobre el pasillo principal del tercer nivel del Hospital Central.

Los excelsos detalles arquitectónicos del pasillo blanco pasaron por alto, aun cuando los adornos de las columnas empezaban a teñirse hermosamente por el dorado brillo del atardecer, que se colaba a su derecha por el ventanal, al fondo del pasillo. De postura recta, como siempre, y la mirada fija en la pared frente a ella. Esperaba, seria, sabiendo que la persona que la había citado era alguien importante.

Sonó el cerrojo, luego de unos pocos minutos, y la puerta de madera que estaba a su izquierda se abrió. Él salió. Era alto, muy alto, de cuerpo musculoso que poco podía ser ignorado bajo la camisa cuadriculada de botones y manga larga que llevaba encima. Cabello rizado, muy corto, y piel morena. Se giró entonces hacia ella y sonrió. Janeth levantó la mirada y saludó con amabilidad.

—Buena tarde, Teniente.

—Por favor, siéntete libre de llamarme Ritchmond —corrigió con amabilidad, tanta que casi era contagiosa.

—Lo siento —bajó la mirada, discreta—, pensé que llamarlo “Teniente” era lo más adecuado.

—Puede que lo sea, pero es algo muy pesado. Usa mi nombre, no hay problema con ello.

—Entiendo, Ritchmond entonces.

—Bien —asintió complacido—. ¿Deberíamos irnos a otro lugar para hablar?

—A esta hora ya casi no hay gente en el hospital. Más en este piso, que es para pacientes controlados. Podríamos hablar tranquilamente aquí mismo.

—Me temo que no me convence la idea de hablar aquí. ¿Hay algún lugar más privado?

—¿Estaría bien una habitación en este mismo piso?

—Mientras nadie más nos escuche, está bien para mí.

—Bien, hay una libre.

Se puso de pie y, sin titubear un poco, empezó a caminar con rumbo al ventanal. No volteó, pero sabía que Ritchmond la seguía a poca distancia. “Tan precavido como podría esperarse de un militar”, pensó. Los pocos

metros hasta llegar a la última puerta antes del ventanal fueron silenciosos. Janeth abrió y entró, seguida por Ritchmond.

Adentro había una cama centrada en la blanca pared del fondo y dos sillas pegadas al muro de la izquierda, bajo una fila alta de ventanas de paletas con vidrio opaco. Janeth caminó hacia la cama y se sentó en la orilla, sin siquiera hacer el intento de encender la luz. Ritchmond se quedó bajo el marco de la puerta.

—Cerraré la puerta, ¿está bien? —advirtió.

—Está bien. ¿Te molesta encender la luz?

Ritchmond hizo lo propio y se quedó de pie, con la puerta a cerrada a espaldas luego de apretar el interruptor de la luz. Tan precavido como se esperaba de él, notó rápidamente que la aparente calma de Janeth ocultaba algo detrás. Se veía seria, pero la incomodidad en su aura podía sentirse, después de todo, era la primera vez que se encontraba con él y, además, recientemente se había enterado de que Kurt estaba en ese mismo hospital luego de lo sucedido en Betel.

—Janeth, ¿verdad? —Preguntó Ritchmond, intentando aligerar el ambiente con su aura amable, mientras caminaba a tomar una de las sillas—. Estuve enterado de lo bien que haces tu trabajo, por eso pedí que fueras tú quien atendiera a mi hermana menor. Te agradezco mucho por los cuidados que has tenido con ella.

—No hay de qué, es mi trabajo después de todo. —Mantuvo su seriedad.

—Sé que no es tu área, pero ¿crees que ella va a despertar?

—No sabría decirle, no he tenido acceso a los documentos de seguimiento de su caso.

—Entiendo —bajó la mirada, su humor decayó.

—¿Puedo hacerle una pregunta?

—¿Eh? Sí, hazla. —Levantó la mirada, como si regresara a la realidad tras una leve pausa.

Janeth clavó la mirada en él, en sus profundos ojos grises. Se veía decidida, curiosa y, hasta cierto punto, molesta.

—Usted, Aya y Kurt, son hermanos los tres, ¿verdad? Supongo que es obvio, pero si es así, usted debería saber... ¿qué le pasó a Kurt,

Ritchmond?

—Quedó atrapado en un ataque enemigo —respondió el militar, tajante y directo, pero con una expresión complicada de definir en su rostro—. Ustedes se llevaban muy bien, ¿no?

—No diría eso...

—Oh, parece que me equivoqué entonces.

—No diría eso... porque él solo hablaba de Aya y yo solo lo escuchaba. Eso es todo.

—Eso debió ser un poco difícil —agregó apenado—. Mi hermano era del tipo que prefería ser escuchado que escuchar, lamento mucho si es que te resultó molesto.

—Está bien, sí fue molesto por momentos, pero también tenía historias interesantes.

—Sí, eso cierto —sonrió—. Kurt era un buscapleitos total, siempre llegaba con una historia nueva a casa o alguien llegaba a contarle a mi madre sobre sus travesuras. Yo prefería no salir con él, sabía que regresaría para ser regañado por algo siempre.

—Eso pensé también. —Pareció relajarse—. De cierto modo, esas historias me recordaron muchas cosas. Por eso... cuando supe que había sido ingresado aquí... fue un poco impactante.

—Mi hermano es un tipo complicado, idealista, hablador y un poco cobarde. Ten cuidado, en cuanto despierte será una persona diferente, así que no pienses mucho en la imagen que tienes de él ahora.

—¿Una persona diferente?

—Sí, nuestra familia ha pasado por muchas cosas. Éramos cuatro hermanos, mamá y papá. Mamá está desaparecida, al igual que la tercera hermana, y papá se suicidó. No ha sido fácil, mucho menos para él. Así que... ten cuidado. No dejes que se aferre a ti a menos que quieras cuidar de él durante un buen tiempo.

—E-entiendo. —En realidad no entendió muy bien, el discurso de Ritchmond la confundió mucho.

—Bien, entonces es hora de ir a la razón por la que te cité aquí.

—¿Eh?

—¿Pensaste que solo venía para preguntar por mi hermana?

—La verdad... creí que era solo eso.

—Es una de mis razones, pero no la razón más importante. Voy a estar ausente un tiempo, así que me gustaría que tomes cuidado de mis hermanos. Por supuesto, voy a apoyarte económicamente en lo que necesites y voy a dejarte mi contacto para que puedas comunicarte conmigo en caso de cualquier emergencia.

—Espera, espera —se agitó, más confundida aún que antes—. ¿A qué te refieres con todo esto?

—Estoy contratándote tal como a una espía para mantener vigilados a mis hermanos. —“¿Bromea?”, se preguntó ella—. Quiero que alguien esté al tanto de ellos mientras esté ausente. Pero si no te interesa hacerlo, está bien también.

—¿Por qué yo?

—Porque has cuidado de Aya durante estos meses y porque escuchaste a Kurt cada que tuviste que hacerlo. Esta vez, me aseguraré de compensarte como es debido por ello. ¿Qué dices?

—Es que... esto es un poco extraño...

—Lo sé. Y es arriesgado de mi parte involucrarte de esta manera con nosotros, pero necesito tu ayuda.

Janeth guardó silencio, su incomodidad había inundado toda la habitación. Ritchmond ya se había percatado de esto, pero permaneció ahí, frente a ella, esperando por la respuesta que deseaba. “¿Qué estupidez es esta? ¿Involucrar a una chica cualquiera en nuestros problemas?”, se reprochó.

—¿Solo tengo que vigilarlos? —interrumpió Janeth.

—¿Eh? —Volvió a la realidad—. Sí, solo eso.

—Está bien. Lo haré. Si es solo vigilar sus progresos y comunicártelos, está bien, puedo hacerlo.

Ritchmond sonrió, no sin antes soltar un suspiro de alivio. Ella se mantuvo tranquila, como esbozando una ligera sonrisa al ver la reacción del Teniente. Cerraron el trato y los estatutos de este, para luego solo

despedirse. Janeth se quedó en la habitación, Ritchmond salió.

El militar caminó por el pasillo, hacia el elevador, notándose la tranquilidad en su rostro tras la respuesta de Janeth. Era una pena menos para él, ahora podía enfocarse completamente en su objetivo principal, la razón por la que se mantuvo ausente de su familia todo ese tiempo. El objetivo que no había dejado de perseguir desde el momento en que obtuvo todos los medios que necesitaba.

—Ah, bien —celebró, ni bien las puertas del elevador se cerraron—. Parece que las cosas están acomodándose para mí, por fin. Esta vez no voy a fallar, voy a encontrarte, Kate.

## Capítulo 7

### **TRAIDOR**

#### PARTE 4

### **VEINTE**

Janeth era una mujer hermosa, de encantadora sonrisa y rostro fino, cuyo cuerpo hizo que más de alguno se le acercara con palabras bonitas e intenciones dudosas una que otra vez. Sin embargo, eran pocos los que se quedaban luego de adentrarse en la penumbra que ocultaba ese rostro inocente y bonito.

Era una mujer peculiar, una belleza que se anulaba a sí misma para la mayoría, pero que brillaba hermosamente para cualquiera que ignoraba lo más tenebroso oculto al fondo de su coraza, un mundo que pocos habían alcanzado y del que muchos menos salían ilesos.

Una niña temerosa, malcriada y tímida que creció sin guía para tomar las peores decisiones en su juventud, basada únicamente en su inmaduro e inocente juicio, lo único que tenía. Al final, sus sueños se truncaron y terminó huyendo de su natal Villa de las Rosas hacia Capital en busca de la única persona que alguna vez pudo comprenderla.

Pero, aunque logró reunirse con él, el tiempo que tenían juntos estaba contado. Y ahora, recostada sobre el colchón de aquella habitación solitaria, mientras el sol se ocultaba en el exterior, se preguntaba "¿de qué manera esta decisión puede volverse en mi contra?".

### **VEINTIUNO**

Villa de las Rosas, 9 de diciembre de 1912, 4:37 de la tarde. Janeth esperaba en el jardín de su casa por la visita de un amigo, alguien a quien no tenía mucho tiempo de conocer, pero que despertaba su curiosidad como cualquier persona nueva en su vida.

Las paredes de color verde menta, el perro que solía pasearse en guardia por el extenso patio, la cerca que delimitaba los dominios de su padre, todo era igual que siempre. La tranquilidad, la paz acogedora del hogar, a

veces se tornaba aburrida. Un pensamiento fugaz pasó por su mente.

—¿Y si piensa que soy aburrida también? —Se preguntó, temerosa de cometer los mismos errores que con visitas anteriores—. No, él es diferente.

En efecto, era una persona que se salía bastante del molde. Un poeta, un artista a quien conoció en un evento escolar, meses atrás. El mismo que escribió la obra de teatro que se presentó ese día y que fue aclamada por todos. Se viera por donde se viera, era alguien especial, alguien diferente.

Pero, si era alguien tan peculiar, tan conocido, seguramente tenía muchos amigos mucho más interesantes con quien pasar el rato. “¿Por qué consideraría siquiera perder el tiempo con alguien aburrida como yo?”, dudó Janeth nuevamente.

Después de todo, fue ella quien lo invitó a visitarla. Incluso la había dejado plantada la primera vez que le pidió llegar. Pero Janeth no estuvo molesta por eso nunca, muchas veces le había pasado. Además, él pidió perdón y se escuchaba bastante apenado por ello, al punto de comprometerse a visitarla esta vez.

Él parecía un buen chico y ella quería ser su amiga. Desde el fondo de su corazón, Janeth quería ser su amiga. Quería que algo bueno sucediera, quería que algo interesante la atrapara. Más allá de sentirse acompañada, quizá lo que deseaba con más esmero era no sentirse sola.

—Pero esto no es más que un recuerdo —susurró.

El teléfono sonó, justo a tiempo, podía escucharlo desde el jardín. Muchas veces había revivido ese momento pero solo durante los últimos meses. En un parpadeo, se vio caminando por la calle, esa calle amplia donde no solían pasar muchos vehículos.

Y lo vio al otro lado, sentado sobre la banqueta de la escuela que le sirvió de referencia para llegar, con la bicicleta parqueada frente a él. “Oh, es cierto, viniste hasta aquí en bicicleta”, resaltó nostálgica en sus pensamientos y, tal como sucedió en realidad, levantó ambos brazos y los agitó de un lado a otro para llamar su atención mientras le sonreía.

Él se levantó y el viento le agitó el cabello, su liso y largo cabello castaño. Tomó la bicicleta, se dirigió hacia ella y, aunque se conocían de unos meses atrás, fue esa la primera vez que Janeth lo vio a los ojos. El resto de detalles quedaron en el aire, opacados por el dorado brillo de sus ojos.

—¡Hola! Hoy sí pude venir a visitarte —anunció él, con una cálida sonrisa

mientras se bajaba de la bicicleta.

—Hola, poeta. ¿No te perdiste o algo de ese estilo? —Devolvió la sonrisa.

—No, fue fácil —resaltó orgulloso, tal como lo haría un niño celebrando un logro—. Soy bueno para las ubicaciones.

—Eres un niño muy listo, ¿eh?

—Podría decirse, ja, ja.

En su momento, dicha visita no pasó de una charla que se extendió hasta el atardecer. Él la encaminó a casa y se fue, no fue gran cosa. Pero ahora, para Janeth, era una memoria preciada y hermosa por la simplicidad de su desarrollo. Más porque sabía que al abrir los ojos volvería a encontrarse a sí misma en el cuarto del hospital, en una realidad que nunca deseo, una realidad donde está sola.

## **VEINTIDOS**

Y, tal como se esperaba, volvió a la realidad luego de perder la noción del tiempo en aquel cuarto de hospital. Recostada sobre la cama, atravesada, con las piernas colgando por el costado derecho del colchón, bocarriba y con el brazo derecho cubriéndole los ojos, gruñó con pereza, aun adormitada.

La luz dorada del atardecer se había desvanecido, dejando en su lugar la blanca luz artificial del pasillo, al otro lado del cristal. Janeth se retorció y estiró las articulaciones en un intento por hacer más rápido su despertar. En ese momento, era imposible para ella saber si habían pasado unos minutos o un par de horas.

—Bueno, no importa la hora que sea —se resignó, mientras se levantaba.

Quedó sentada sobre la orilla de la cama, se frotó los ojos e intentó darse unos minutos para volver en sí. Los recuerdos que aparecían en sus sueños eran cada vez más vívidos, tanto que, cada vez que despertaba, lo hacía incluso más cansada que cuando se iba a dormir.

Pero, aunque sus horas de descanso se hicieran cada vez más escasas, aunque las memorias más alegres se hicieran más y más dolorosas, parecía justicia a juicio de una mujer que se veía a sí misma como alguien sucia y nefasta. La huella de sus pecados poco se había alejado de su conciencia.

Se puso de pie y caminó hacia la puerta, apagó la luz y salió. Ahora tenía un nuevo trabajo que debía cumplir y no podía perder el tiempo. Caminó por el pasillo, en dirección contraria al ventanal de la fachada y se detuvo a mitad de camino, frente a la silla donde hace unos momentos esperaba a Ritchmond. Tomó el pomo de la refinada puerta de madera y entró sin siquiera leer el nombre en el identificador.

Al otro lado, recostada sobre la cama centrada al fondo de la habitación, estaba ella. Tal como sus hermanos, era morena, de rostro ovalado y pequeño con largo cabello ondulado. Bajo la cubierta de la bata de hospital, muchos cables emergían de su pecho, así como de su cabeza y brazos.

Su cuerpo estaba cubierto por las sábanas hasta la altura de su estómago, también sus manos, con todos los cables que invadían su cuerpo conectados a varios equipos alrededor de la cama. Janeth se acercó a ella, ya la conocía muy bien, después de todo era su terapeuta.

—Sí que eres una chica amada —resaltó, sin mayor emoción—. Tu hermano Kurt vive hablando de ti, casi parece un obsesivo. Tus amigos vienen con frecuencia, e incluso tu hermano más grande, estando lejos, quiere mantenerse al tanto de ustedes. Ojalá y yo...

Detuvo sus palabras ni bien se dio cuenta que lo que estaba a punto de decir podría tomarse como un insulto a sí misma. De cierto modo, en ese momento, era como si hablara con rencor. Aya tenía personas que se preocupaban por ella y Janeth estaba sola.

—Agh —gruñó—, no puedo ser tan tonta.

Se dio la vuelta y caminó rápidamente hacia la puerta. El foco empezó a parpadear en el momento en que el cerrojo se abrió, pero Janeth siguió adelante sin prestar atención a un fenómeno que solía suceder cuando estaba sola con Aya.

Salió, cerrando la puerta de golpe, y caminó hacia la habitación de Kurt. “¿Qué demonios pasa conmigo?”, se cuestionaba, reconociendo sus sentimientos con algo de dureza, cuando cierto pensamiento vino a su cabeza. Aunque, en realidad, sería más correcto decir que recordó algo en específico.

Sí, una memoria distante de las que no la dejaban dormir. La imagen de la persona que más mortificaba a su conciencia pronunciando las palabras que más quería escuchar en ese momento.

—“Nadie es inocente en esta vida, pero no hay pecador que no hiciera feliz a alguien en algún momento” —susurró, citando una frase que alguna vez

la hizo tambalearse.

Detuvo el paso, y las lágrimas empezaron a brotar. No se movió, clavó la mirada al frente, hacia la nada y aguardó ahí unos segundos mientras intentaba entender lo que estaba sucediendo consigo. Antes de darse cuenta, pronunció las palabras que más había reprimido en los últimos meses.

—¿Por... por qué tenías... que morir... Poeta?

## **VEINTITRES**

En algún lugar de la Gran Nación de Ceres, en lo más profundo del montañoso bosque, la luna reflejó su tenue luz sobre la superficie de un pequeño lago. Y aunque la noche era tranquila, el viento bailaba de un lado a otro, jugueteando al antojo de la única persona que estaba ahí para disfrutar del hermoso paisaje.

El clima era inusualmente caluroso, quizá más que en cualquier otro lugar del país y más incluso que en cualquier otro tiempo pasado. Eso era agradable para ella, que saltaba de un lado a otro, con la gracia de un ave, en una hermosa danza sobre la superficie del lago.

Expuesta la totalidad de su piel crema, era fácil notar su fina figura, su largo y liso cabello castaño. Y, aunque cualquiera que pasara por ahí podría verla fácilmente, lo cierto es que la posibilidad no la perturbaba, siempre que su danza fuera admirada por una persona en específico.

Dio dos pasos sobre el agua y se impulsó hacia arriba, apoyada por su Talento del Viento se elevó unos cuantos metros por encima de los árboles, que no eran muy altos, para luego dejarse caer con suavidad, girando tal como una flor a merced del viento, hacia el centro del lago, donde se erigió una pequeña cabaña que no parecía muy antigua.

La edificación tenía dos niveles y fue construida al centro de una plataforma cuadrada, cuya estructura era de madera en su totalidad. Parecía una cabaña en toda regla, con detalles finos y lujosos, rodeada por lo que restaba de la plataforma, donde se anclaban los botes que visitaban de vez en cuando el lugar.

Sus pies pequeños tocaron la madera en un suave aterrizaje sobre la orilla de la plataforma, frente a la puerta de entrada, que se encontraba a unos tres metros desde el borde. Se inclinó, tal como cualquier artista profesional, y dirigió la mirada hacia su público, que observaba frente a la

puerta.

—Entonces, ¿qué te pareció?

Preguntó, ansiosa por ser alagada. Frente a ella, había únicamente dos personas, una mujer morena, muy delgada y de largo cabello largo, que posaba de pie sosteniendo las agarraderas de una silla de ruedas, misma donde observaba, sin mayor emoción, la persona a quien más quería impresionar.

Era delgado, de tez dorada, vestido con un sudadero negro cerrado y un pantalón deportivo de color gris, manchado de rojo por debajo de la rodilla derecha, con el brazo izquierdo bajo el resguardo de un cabestrillo y algunos raspones más en su rostro.

La bailarina, la misma mujer que días atrás intentó matarlo y que quedó intrigada tras ese enfrentamiento, ahora tenía la oportunidad de conversar con aquel chico de largo cabello castaño, ahora rojizo y brillantes ojos dorados, ahora opacos. Era esa la noche que había esperado impacientemente durante los últimos diez días, desde que se encontraron en la Ciudad de Los Altos.

Era este el primer encuentro, desde entonces, entre Roy Leonhardt Velz y Kálíka.

## Capítulo 8

### TEORÍA DE LAZOS

#### VEINTICUATRO

La última vez que Roy supo algo de sí mismo, fue momentos antes de que la Ciudad de Los Altos fuera reducida a la nada. Para ser más específico, fue el momento en que, en medio de su desesperación por no poder detener el caos de Kálíka en el Orfanato, vio a aquella chica de la capa de piel marrón y cabello dorado en sus alucinaciones.

Los recuerdos posteriores a eso no eran más que imágenes confusas y entrecortadas de un cielo azul y un enorme cráter hecho de una mezcla entre tierra y escombros quemados visto desde muy alto. Gritos desesperados y el estruendo de una avalancha que retumbó casi rompiéndole los oídos también se sentía como algo reciente, hasta que cerró los ojos ante la presencia de una luz blanca, cegadora, que antecedió a la horrible sensación del aire escapando violentamente de sus pulmones.

Pasaron unos segundos. Luego, estaba de nuevo en el oscuro bosque. Ese mismo de árboles delgados a donde regresaba una que otra vez en sus sueños, a la espera de repetir nuevamente los eventos que cambiaron el sentido de su vida. Donde solía desesperarse hasta el punto de perder la noción de sí mismo y del lugar donde estaba.

—Oh, vaya —suspiró, sin mayor emoción—. Aquí comienza todo, ¿verdad?

No había ansiedad en sus palabras, tampoco desesperación. Probablemente, la palabra más adecuada para describir el estado mental de Roy en ese momento, era “alivio”. Por más que se tratara de un recuerdo traumático, seguía siendo un recuerdo que nunca se alejaba del desarrollo original de los acontecimientos.

Esta vez, Roy estaba consciente de su propio sueño. Quizá, después de las recurrentes repeticiones, había empezado a dolerle menos. Quizá solo estaba demasiado cansado como para preocuparse por ello. Pero, fuera cual fuera el caso, ahora esos eventos eran un lugar seguro.

El calor empezó a sentirse más y más intensamente. El olor a quemado y el sonido de los árboles quebrándose por el fuego eran cada vez más

fuertes. Roy cayó de rodillas y cerró los ojos. "Esto es lo que merezco", se repitió un par de veces, intentando calmar la ansiedad que empezaba a manifestarse en su corazón.

El fuego empezó a rodearlo en el momento en que sintió un peso sobre sus brazos. Abrió los ojos y ella estaba ahí, Roy se abrazaba a ella, que yacía con expresión durmiente en su pequeño rostro. Su cabello era negro y ondulado, y estaba completamente alborotado, con algunos mechones quemados. Su piel morena se sentía fría y su blusa colorida, que se ajustaba a la perfección a su delgada figura, ahora estaba manchada de rojo sangre en abundancia.

No pudo dirigir la mirada hacia el estómago de la chica, por eso usó su mano derecha para palparlo. Donde debía estar su ombligo, había un agujero del tamaño de su puño del cual seguía fluyendo sangre hacia el exterior.

—Pensar que al final, decidiste salvarla.

Una voz conocida se manifestó con un eco tan fuerte que era imposible ignorarla. Era la voz de una mujer, una voz dulce con un tono levemente soberbio. Roy levantó la mirada y la vio al frente, acercándose a él. La reconoció enseguida a pesar de verla de lejos. Su piel blanca como la nieve, su cabello dorado, ondulado y alborotado, la capa de piel marrón maltratada, eran los distintivos propios de la chica que había visto antes sus alucinaciones.

—Supongo que esta vez puedes recordarme, Roy —continuó su discurso—. Ha sido problemático encontrarte, pero ahora que pude hacerlo, no necesito que las otras versiones de mí continúen tu búsqueda.

La capa maltratada empezó a quemarse en una llama dorada que emanaba de su piel. El fuego formó un par de botines negros con adornos y tacón dorado en sus pies, así como un vestido negro de falda corta, adornado con una capa de color rojo brillante sobre sus hombros.

Detalles en metales dorados, como cadenas, aparecieron por todo su cuerpo. Sobre sus piernas aparecieron también algunas líneas y puntos abstractos de color rojo. Sobre su pecho, un adorno similar a un esternón humano, y sobre su cabeza, a manera de diadema, apareció una corona de color negro con listones rojos.

De repente, la imagen maltratada y juvenil que antes vio en sus sueños se transformó en una más madura y deslumbrante. Sin embargo, entre la maravillosa forma de existir que tenía la misteriosa mujer, resaltó su

temple soberbio potenciado por sus ojos de color rubí.

—Seguro estás confundido, no te culpo —resaltó ella—. No hay problema con eso, Roy, estoy aquí para explicártelo todo.

## **VEINTICINCO**

—Escucha, Roy —habló ella, con temple calmado, mientras se sentaba sobre el césped—. Siéntate conmigo.

Su voz emanaba piedad, era tranquilizadora. El tiempo se detuvo para Roy, o eso fue lo que pensó al notar que las llamas se paralizaron y todo quedó en silencio repentinamente, tal como una película en pausa. Él la siguió, dio dos pasos adelante y se sentó también, con las piernas cruzadas.

En Roy la confusión era visible, pero así sentía que podía confiar en ella. Había algo familiar en ella, casi podía sentir que había un auténtico cariño hacia ella en su corazón. No había explicación para él, era como si faltaran piezas en su conciencia para entender su relación con ella, así que, entre todas las preguntas que quería hacer, inició con la más elemental.

—¿Cuál es tu nombre?

—Ereshkigal —sonrió con ternura—. ¿Sabes cuál es tu relación conmigo?

—No.

—¿Sabes dónde estás en este momento?

—Tampoco.

—Bien, entonces iré desde el comienzo. Puede ser un poco complicado de entender, pero en este momento, tú y yo, existimos en esta "realidad" como conceptos inmunes al tiempo y espacio que conoces y entiendes como "tu realidad". Este es un mundo abstracto y, si te soy honesta, no soy capaz de entenderlo completamente.

—Eso quiere decir... que... cuando sueño, cuando repito estas escenas, ¿todo el tiempo estuve viniendo a una realidad diferente de la mía?

—No, nunca viajaste de una realidad a otra. Tú existes aquí tanto como existes en "tu realidad". Lo más acertado, en este punto, sería decir que adquiriste la capacidad para ser consciente de esta realidad también.

—Eso... entonces... ¿siempre he existido aquí?

—Sí, así es. Todo ser capaz de razonar existe aquí. Podrías decir que este es un mundo de ideas y pensamientos. Sin embargo, son muy pocos los que son capaces de notar esta existencia y muchos menos los que son capaces de ser conscientes de ella.

—¿Por qué yo puedo?

—Bueno... —bajó la mirada, haciendo una mueca que delató su incomodidad repentina—. Es porque... has sufrido. Tu vida no ha sido amable, pasaste por eventos nefastos que quebraron tu estabilidad mental. Todos esos sentimientos negativos son los que te dieron consciencia aquí. Asimismo, son esos sentimientos los que hicieron posible que te encontrara.

—¿Mis... sentimientos?

—Sí, así es, Roy.

—Entonces... este sueño... ¿por qué sigo reviviendo esto? ¿por qué sigo volviendo aquí para ver morir a...? —se le quebró la voz.

—Es porque no has podido dejarlo atrás. Así que esta realidad responde absorbiendo ese sufrimiento, pero te arrastra con él en el proceso. La noche en que este incendio sucedió... esa noche fue el punto de inflexión donde tu existencia se alteró para siempre. No solo adquiriste la capacidad para ser consciente de esta realidad, sino que también me conociste por primera vez.

—¿Así que... esa noche fue...?

—Sí. Por tu propia cuenta adquiriste la capacidad de ser consciente de esta realidad y, además, la capacidad para entrar en contacto conmigo. Son dos cosas distintas. Poder hablar conmigo es todavía más difícil que lo primero. Sin embargo, estabas desesperado, al borde del colapso mental.

—Yo... no puedo recordarlo...

—Es porque ese encuentro ocurrió de este lado de la realidad. Aquí te encontraste conmigo porque quise ayudarte. No he querido ser exigente con eso porque sé que no puedes recordarlo todo, pero te otorgué mi favor desinteresadamente para que pudieras remediar lo que hiciste, al menos, la parte más importante para ti. ¿Recuerdas eso?

—Yo no... —dudó—. Ah, yo quería salvar a Christa, a Christa Kirchoff

Astrea.

—Sí —asintió.

—Yo quería salvarla... porque yo fui quien la mató.

—Así es. Ella murió en esa cara de la realidad, pero en este lado la muerte no existe. Sin entender la naturaleza de este mundo, deseaste compartir tu vida con ella. Tu deseo, en esta realidad, se convirtió en una ley papable, algo tan natural y lógico como la gravedad en el otro lado.

—No... no lo entiendo.

—No te preocupes por eso, no es más complicado que decir que ahora su existencia depende en muchos sentidos de la tuya. En esta realidad, estás vinculado a ella de la forma en que más te convenga. Tú decides de qué manera usar ese vínculo.

—Eso es... demasiado subjetivo. Pero tú... el favor que mencionaste antes...

—Lo único que hice fue acompañarte. Este es un mundo de pensamientos, así que es muy fácil perderse en ellos y vagar infinitamente perdiendo la noción de ti mismo. Si estás conmigo, mantienes la cordura. Sin embargo, en el momento en que la ley fue creada, la realidad en este lado se reorganizó para aceptarla. Eso hizo que te perdiera de vista y nos separáramos.

—Antes yo... te vi en mis sueños. En una estación de tren y en Los Altos...

—Sí, te estuve buscando después de todo.

—En la estación dijiste... que me darías el poder del Irkalla. ¿Qué es el Irkalla?

—Roy, ¿quieres formar un vínculo conmigo?

—¿Un vínculo?

—Así es.

—¿Por qué tú...?

—Así podrás explorar este mundo sin perder la noción de ti mismo entre todos los pensamientos y sentimientos que existen aquí. Nuestras existencias quedarán unidas y me será más fácil ayudarte cuando lo requieras. Es tu ley, así que si piensas en que es posible, la ley de los

lazos lo hará posible.

—¿Es eso... es eso realmente lo que quieres? ¿Qué beneficio hay para ti en ayudarme?

—Bueno —sonrió con nobleza—. No te lo he dicho, pero en tu realidad, represento el concepto que conoces como "Dios". Dicho eso, ¿no es lógico que Dios sea así de bondadoso?

—¿Tú...? ¿Eres Dios?

—Puede que tu concepto de Dios sea un poco distinto de lo que soy, pero en el pasado fui conocida como tal. Así que, si formas un pacto conmigo, si vinculas tu existencia a mí, puedes hacer uso de todo lo que soy siempre que lo desees. Mi poder, mi conocimiento, todo lo que soy y lo que represento, en ambas caras de la realidad, estará a tu entera disposición. Lo único que pido a cambio, es que me dejes ver el mundo a través de tus ojos.

—Eso es... un precio muy barato, aún si es muy ambiguo.

—Desde mi percepción, estoy ofreciéndote muy poco. Pero todo lo que tengo es todo lo que soy. Esto es lo que puedo darte.

—Si lo hago... ¿dejaré de revivir estos recuerdos?

—Así es, incluso serías capaz de revivir el recuerdo que quieras, puede que incluso puedas ver las memorias de Christa. El poder de tu ley solo necesita un estabilizador. En ese caso, soy la mejor opción.

—¿Eso es a lo que llamas "poder del Irkalla"?

—Así es. El Irkalla soy yo.

—¿Cómo lo hago?

—Solo tienes que pensarlo, la ley te obedecerá. Puedo tomarte de la mano, puedo abrazarte, puedo responder simplemente "sí" o incluso puedo entregarte mi cuerpo completo. Si quieres hacer un ritual o no, no importa, la ley seguirá tus mandatos.

—En ese caso... quiero tu cuerpo.

Roy respondió dudando levemente. Aun si ella era quien hizo el ofrecimiento o si bastaba simplemente con responder "sí", la idea de unirse de esta manera a una diosa era muy tentadora. Ella, por su parte, dejó escapar una sonrisa diferente. No era para nada coherente con el temple amable y piadoso que manejó durante toda la conversación, más

bien parecía la sonrisa de alguien que acababa de obtener lo que más había ansiado en su vida.

—Entonces lo tendrás —asintió, haciendo una expresión un tanto pícaro, pero encantadora.

Repentinamente, a percepción de Roy, el tiempo fluyó y el fuego siguió avanzando, ahora más veloz de lo que avanzaba en sus recuerdos. La Diosa se puso de pie y se acercó a él mientras se quitaba de encima la vestimenta. Se hincó frente a él y lo besó.

## Capítulo 9

### LA DIOSA DE LA MUERTE

#### VEINTISEIS

Para evitar revoltijos, Ereshkigal separó las dos caras de la realidad en el "mundo de las ideas" y el "mundo material". El primero resultó ser mucho más complicado de entender de lo que Roy esperaba. Era de esperarse, considerando que es un mundo inmune a las leyes del espacio tiempo que conocía bien en el mundo material.

Según Ereshkigal, cualquiera que se vuelva consciente del mundo de las ideas lo verá de acuerdo a sus deseos, sus pensamientos y sentimientos. El mundo de las ideas muestra lo más profundo escondido en la mente de cualquiera que logre entrar en contacto con él.

Esta es la explicación de por qué Roy repetía continuamente la escena del bosque, misma de la que se liberó al crear su vínculo con Ereshkigal. Al abrir los ojos nuevamente, Roy despertó en el regazo de la diosa, quien le sonreía en desnudez mientras acariciaba su cabeza.

Su mirada piadosa de color rubí era lo más bello que Roy había visto en su vida. La escena del incendio desapareció por fin, dejando en su lugar un hermoso paisaje de pradera con diversos tipos de árboles dispersos por la irregularidad del terreno. Muchos riachuelos rodeaban las raíces, creando pequeñas islas entre ellos donde se podía saltar de una a otra fácilmente. Era una experiencia paradisiaca.

Sin embargo, por más bella que fuera la escena, había culpa apretándole el corazón a Roy. Sus recuerdos seguían siendo confusos, así que había aún muchas cosas que no entendía. Pero entre todas esas dudas, el sentimiento de estarse aprovechando de la nobleza de la diosa era lo más imponente.

Para Roy, que antes provocó la muerte de muchas personas en el incendio y que además mató premeditadamente a Christa Kirchoff Astrea, no había razón para ser ayudado y obtener tanto de la diosa Ereshkigal. Pero, aun consciente del peso de sus pecados, aceptó el pacto con ella.

Al final, para Roy, el deseo de tener aún más poder se impuso a sus culpas. Incluso sabiendo que podía cerrar el trato con un intercambio de palabras, se decidió por manchar la imagen de la diosa al pedirle su

cuerpo como ritual de aceptación del vínculo.

—En serio soy un asco —se reprochó, en voz muy baja.

—¿Dijiste algo? —preguntó ella, tranquilamente.

—Quiero disculparme —susurró—. Solo estoy aprovechándome de tu bondad.

—¿Te parece así?

—Sí, a pesar de saber que mis pecados son terribles, acepté tu ayuda e incluso te pedí acostarme contigo. Creo que... lo que merezco, en realidad, es perderme en el mundo de las ideas entre todos mis arrepentimientos.

—No, Roy —sonrió—. La razón por la que decidí vincularme contigo en este pacto va mucho más allá de mi bondad. He estado en esta realidad desde que tengo memoria. A diferencia de ti, yo no puedo ser consciente del mundo material, por lo que he pasado los últimos seis mil años viendo todo lo que pasa en el otro lado a través de las memorias de las todas personas que han existido. Aunque he de decirte, es difícil ubicarse en el tiempo cuando solo saltas de recuerdo en recuerdo.

—Espera, ¿seis mil años? ¿en serio? —se vio sorprendido—. Ni si quiera sé cómo reaccionar, pero eso de viajar entre las memorias a través de los siglos parece muy útil.

—Sí, ha sido la forma que he usado para conocer el mundo material, aunque la verdad es algo complicado de hacer, tal como buscar un grano de arroz en el mar.

—Supongo que en estos años has tenido tiempo para hacerte más hábil en eso.

—Sí, aunque sigue siendo difícil. Mis primeros años aquí fueron complicados. Al principio fue perderse una y otra vez en todo lo que existe, también vi a mucha gente perder la compostura al no poder asimilar el funcionamiento de esta realidad. La subjetividad que rige este lado hace que la interacción sea algo casi imposible, así que no he tenido ninguna relación profunda en todo este tiempo. Tú eres la primera persona con quien he podido interactuar sin filtros desde que tengo memoria. Todo lo que he querido, desde que soy consciente de la existencia del mundo material, ha sido experimentarlo en primera persona. Tú eres el medio para hacerlo, así que no te sientas culpable al usarme de la forma que más te convenga, yo haré lo mismo contigo.

—Debió ser duro pasar tanto tiempo sola.

—Sí, ha sido aburrido.

—¿Puedo preguntar algo?

—Te escucho.

—¿Por qué fui capaz de mantener la cordura?

—No fuiste. Si yo no existiera, lo más probable es que te habrías perdido entre la inmensidad de tu mente eternamente. Sin embargo, era tan grande tu desesperación, que prácticamente me arrastraste a encontrarte. Decidí ayudarte porque vi una oportunidad en ti, aun cuando antes dije que lo hice de forma desinteresada.

—Ya veo.

—En este mundo también existen leyes creadas por mí, una de esas es la que te permite mantener la compostura para hablar conmigo, ahora que estamos vinculados, tú puedes usar esa autoridad para ir donde quieras en este mundo.

—Y es ese mismo pacto el que te permitirá ver el mundo material a través de mí.

—Así es. Todo lo que experimentes del otro lado, lo experimentaré yo también. No puedo sentirme más emocionada.

—¿Incluso si lo que experimentas es el destino de un asesino?

—Sí, así es.

—No lo entiendo.

—Es porque sigues amarrado aún a las creencias que te inculcaron desde tu niñez.

—¿Mis creencias?

—Así es. Tus creencias te dicen que ser un asesino es malo, pero incluso los asesinos han sido necesarios para mantener la paz durante milenios.

—Eso... eso no significa que sea bueno. Yo... mis pecados... no soy alguien bueno.

—No hay forma en que lo seas. Los conceptos de bien y mal son demasiado pequeños como para describir la naturaleza de la humanidad.

Hay motivos "buenos" detrás de acciones nefastas, así como hay motivos "malos" detrás de palabras amables. Pero la realidad es que nadie es bueno o malo, solo se trata de personas tomando decisiones.

—Entonces... yo... ¿decidí matar a Christa?

—Puedo asegurarte que, incluso para un acto considerado como lo peor de lo peor, tuviste razones válidas. Razones que no puedo saber en este momento, pero que marcaron tu destino en dirección a mí. Además, ¿acaso Christa terminó muriendo permanentemente?

—Yo... no lo sé.

—Yo tampoco lo sé, pero quiero averiguarlo. Aun si tengo acceso a todo lo que ha pasado por las mentes de millones de personas a través de los años, no puedo ver lo que están haciendo los que están vivos en este momento. Por eso te necesito, Roy.

—No... no estoy seguro de querer volver.

—¿No quieres saber si Christa sigue viva?

—No... no lo sé... No sé sobre muchas cosas que quisiera saber. No me siento seguro...

—No necesitas estar seguro, Roy. Todo lo que debes hacer es vivir.

—¡Eso lo dices porque no fuiste tú quien quemó ese maldito bosque! ¡Maté a Christa! ¡Maté a la persona que intentaba ayudarme aun cuando estaba abrumada por sus propios problemas! ¡Causé la muerte de toda esa gente! ¡No pude responder a las expectativas de mi padre! ¡Él creyó en que yo de verdad estaba bien! Pero... pero... —su voz se quebró, el llanto empezó a fluir—, solo era un niño pequeño... un niño que no podía llorar luego de la muerte de su madre... un niño que no sabía qué hacer luego de perder a la única persona que estuvo para acompañarlo en ese luto... Incluso... incluso...

—¿Incluso? —preguntó, con más piedad que nunca en su voz.

—Incluso recibí la ayuda de Sir Serge... —Tapó sus ojos con el antebrazo—. Sir Serge me salvó de pasar el resto de mis días como un esclavo... como un simple juguete a disposición del enfermo de turno... Yo... yo... le fallé... y fallé a la promesa que hice a Meiri. ¡La única maldita promesa que le hice!

—Está bien. Todo eso está bien —susurró, sabiendo que podía escucharla a pesar de su sollozo—. Aun estás a tiempo para hacer algo. Para pagar tu deuda, para cumplir tu promesa, para todo lo que quieras lograr. Pero,

¿qué hay de ti mismo? ¿qué quieres hacer por ti mismo?

—¿Por... por mí?

—Si crees que cumplir con las expectativas es lo que te hará feliz, hazlo. Si crees que rebelarte contra todo es lo que te hará feliz, hazlo. Pero no te detengas, no huyas. Tu futuro aún no está decidido aún si hay cientos de pronósticos sobre él. Por eso debes seguir viviendo, porque siempre puede haber una pequeña variable que cambie tu vida, la aproveches o no. Al final, siempre que sientas que tu mente está por quebrarse, ven conmigo. Estoy de tu lado ahora. Así que incluso si el mundo entero decide declararte la guerra, te aseguro que saldrás victorioso al contar conmigo. Aplastaré a todo al que vaya en tu contra y reivindicaré tu nombre con el mío, como la Diosa de la Muerte.

## **VEINTISIETE**

Y así, despertó Roy, de golpe. ¿Qué acababa de pasar? ¿Qué clase de sueño fue ese? ¿Realmente acababa de hablar con la Diosa de la Muerte o solo era una ilusión creada por su psique para obtener un poco de consuelo antes de volverse loco? Fuera cual fuera la respuesta, no importó mucho luego de que todas estas preguntas se desvanecieran ante el demoledor dolor que le invadió la espalda.

—¡Espera! —irrumpió la voz de una mujer—. No deberías moverte así ni bien despiertas. ¡Tienes dos vértebras quebradas!

Fue tan fuerte su aflicción, que apretó los ojos sin querer y se tensó exageradamente. La persona que habló antes pareció seguir haciéndolo, pero no podía entenderla debido al fuerte zumbido que se manifestó en sus oídos ni bien empezó su suplicio. Pasaron unos segundos hasta que el dolor dio tregua y Roy empezó a calmarse.

Abrió los ojos entonces, todo lo que veía era borroso, pero a medida que su vista ganó resolución, notó una sensación cálida en su mano izquierda. Lo primero que pudo distinguir fueron las sábanas blancas, luego el techo y las paredes, ambos de madera. Toda la luz de la habitación parecía venir de la izquierda, donde la cortina blanca tapaba la enorme ventana y, entre esta y la cama donde reposaba, estaba una chica.

El brillo tras ella hacía difícil reconocerla, considerando que sus ojos aún no se recuperaban del todo. Sin embargo, al ver su silueta delgada, Roy creyó reconocerla.

—¿Chris...ta? —Llamó por ella, aun constándole hablar.

—¿Oh? ¿Te refieres a mí? —contestó. Su voz era dulce, afinada y amable, pero diferente a la de la persona que creyó que era—. No deberías esforzarte, recién estás despertando. Mi nombre es Nicole.

Roy parpadeó un par de veces más, como apresurando a sus ojos para recuperarse a la brevedad. Funcionó. Y, aunque aún era difícil, pudo ver mejor a la persona frente a él. Ciertamente era delgada como Christa, pero su piel era más oscura, con menos lunares, de rostro más redondeado y grandes ojos marrones. Vestía de blanco, probablemente un sudadero cerrado, con su largo cabello recogido en una trenza sobre su hombro derecho. Era ella quien sostenía su mano, quizá como una forma de apoyarlo mientras se desvanecía el dolor.

—Gracias... Nicole.

—Está bien, ahora descansa.

## Capítulo 10

### ENCUENTROS

#### VEINTIOCHO

—¿Se encuentra bien, señorita? —Se acercó alguien.

Janeth se recompuso rápidamente luego de perder levemente los papeles en el pasillo, se limpió las escasas lágrimas de los ojos y volteó para atender a la persona que llamó por ella con una sonrisa bastante profesional.

A su espalda se encontró con la mirada preocupada de un hombre cuya expresión era muy propia de alguien entrado ya en sus cuarentas. Era alto, con la piel tan blanca como la nieve, de cabello claro con algunas canas y peinado hacia atrás.

Sus ojos de color esmeralda brillaban tras sus gafas, realzando su auténtico interés por ayudar con una sonrisa amistosa. Vestía una camisa cuadriculada y jeans azules lisos con zapatos formales negros, parecía un visitante más de los que tanto abundaban en el Hospital. Sin embargo, la hora de visitas había terminado hace un par de horas.

—¿Puedo ayudarle en algo, señor? —preguntó Janeth, con ligera sospecha por la presencia de ese hombre a tales horas.

—Huelo una ligera sospecha en tus palabras, después de todo soy una visita fuera del horario estipulado, pero no hay de qué preocuparse, entré aquí bajo consentimiento de los altos mandos del hospital.

—No he sabido de alguien que hiciera eso antes.

—Es porque no hay muchas personas que puedan hacerlo.

—Entiendo. Entonces, ¿en qué puedo ayudarle?

—Estoy buscando a una chica, verás, su nombre es Christa Kirchoff Astrea.

—¿Christa? —Dudó un segundo, aunque reconocía de cierta manera el

nombre, no terminaba de relacionarlo—. Oh, ya sé, ¡Aya!

—¿Aya?

—Es así como la llaman. Sus amigos y familiares la tratan con ese apodo, es tan común que casi olvido su nombre —río.

—Entonces, ¿Podrías llevarme con Aya?

—Primero es necesario que muestre la autorización por parte de los altos mandos del hospital. Lo siento, pero este es el procedimiento.

—Oh, claro.

El hombre empezó a buscar en sus bolsillos, sacó su cartera y de ella extrajo una tarjeta dorada, sin impresiones o grabados de algún tipo. Janeth se quedó perpleja en cuanto la vio, era un artefacto hermoso, pero más allá de eso, era la distinción propia de la élite política del país.

—Usted... usted es...

—Oh, es cierto, no me presenté como es debido. —Inclinó levemente el torso, en señal de elegante respeto—. Mi nombre es Serge Anloucce, soy el Sir del Clan Anloucce y el Gobernador del Estado Real de Ceres, el Estado del Este de la Gran Nación. Es un gusto.

—¿Un Sir? —Cuestionó incrédula—. Esa es... la condecoración más alta que existe en la Gran Nación.

—¿Estás impresionada?

—Un poco. Me sorprende que el Sir Anloucce quiera ver a Aya.

—Bueno, ella es alguien importante para uno de mis subordinados, así que quiero estar al tanto de ella para que él esté tranquilo.

—Supongo que... entonces puedo mostrarle dónde está.

—Por favor.

Janeth tomó el primer paso y, con leve nerviosismo, guio al Sir Anloucce hacia la habitación de Aya, Christa, que se encontraba a un par de puertas de donde estaban. Ella entró primero, la luz seguía encendida y parpadeando levemente. El Sir pareció muy interesado en este fenómeno, tanto que quedó viendo hacia el foco ni bien entró a la habitación.

—Ella es, Aya, Christa Kirchoff Astrea —la presentó Janeth.

El Sir dirigió la mirada hacia la paciente, que yacía en cama al centro de la pared del fondo, inconsciente. Era una chica hermosa, de largo cabello negro y ondulado, piel morena bastante clara y muy delgada.

—Señorita —llamó el Sir, dirigiéndose a Janeth—. ¿Puedo saber su nombre?

—¿Eh? ¿El mío? —Dudó—. Janeth Castle.

—Es un gusto, señorita Castle. Me gustaría permanecer en contacto con usted.

—¿Perdón?

—Quiero estar al tanto de esta chica —volteó hacia Aya—. Quiero que mi subordinado esté enterado de todo lo que se relacione con esta chica, así que espero contar contigo para ello. Claro está, obtendrás una recompensa y un favor de mi parte si estás de acuerdo en apoyarme y apoyar a mi subordinado.

—¿Recompensa? ¿Favor? Perdón, creo que no estoy entendiendo bien.

La incredulidad de Janeth se tornó graciosa para Sir, quien ríe con sobriedad al ver su expresión de sorpresa. Sin embargo, en un parpadeo, mostró una seriedad que no había expresado antes.

—¿Qué estás buscando aquí? —Preguntó el Sir, agresivamente y girando la mirada hacia la entrada.

Janeth giró la mirada, siguiendo al Sir. Bajo el marco de la puerta había alguien. No era muy alto y usaba un sudadero de color gris de talla bastante más grande que la que le correspondería. Si era un chico o una chica, no había forma de saberlo, ya que llevaba la capucha sobre la cabeza y una máscara sobre el rostro. Una máscara de Búho.

## **VEINTINUEVE**

—Entonces, ¿qué te pareció? —Preguntó Kálíka al tocar la madera del muelle con sus pies, ansiosa de ser alagada por Roy y Nicole, que observaron su espectacular baile sobre el lago.

—Fue maravilloso, señorita Kálíka —aplaudió Nicole—. ¿Qué piensas tú,

Roy?

—Oye —irrumpió Kálíka, notándose cierta indignación en su rostro—. ¿Por qué le hablas de “tú”, Nicole? Muestra más respeto hacia Roy. Él es tanto o más fuerte que yo.

—Ay, perdone, señorita Kálíka —se disculpó, muy apenada—. Perdóneme usted también, joven Roy.

—Está bien —asintió Roy—. Pero en realidad no soy tan impresionante como para tratarme con tanto respeto.

—¿No eres impresionante? ¡Ah! ¡Qué humilde! —Se burló Kálíka—. Destruiste Los Altos en un frenesí. ¿Qué demonios es impresionante para ti?

Roy pensó que Kálíka estaba siendo mucho más “vulgar” de lo que fue cuando la conoció en Los Altos, pero a su vez recordó que terminó desquiciándose en el momento en que las personas del orfanato la enfrentaron.

—Si no le mientes al mundo, te mientes a ti mismo, ¿eh? —susurró.

—¿Dijiste algo? —preguntó Nicole.

—¿Puedes repetirlo? —se agregó Kálíka.

—Si no le mientes al mundo, te mientes a ti mismo —repitió, clavando la mirada en Kálíka y en voz alta—. Eso fue lo que dije.

—Es una gran frase —alabó ella—. Nicole, ¿podrías dejarnos solos un momento?

—Eh, sí, sí. —Asintió nerviosamente para luego dirigirse hacia la cabaña, abrir la puerta y entrar.

El ambiente se volvió más pesado que antes. Ahora, la mirada fría y sin vida de Roy se encontraba frente a frente, sin bloqueo alguno, con la cínica mirada de Kálíka.

—¿Puedo suponer que has interrogado a Nicole respecto a tu situación actual, Roy?

—No he hecho una sola pregunta.

—¿No te interesa saber el contexto de tu situación?

—Ya que estás aquí, ¿por qué no me lo aclaras tú?

—Qué honor.

—Estás dándome una buena vista en este momento, más bien diría que es devolver el favor.

—Vaya, esas fueron palabras bastante afiladas. Pero lo que más me sorprende es que seas capaz de pronunciarlas sin siquiera cambiar la expresión en ese bello rostro tuyo.

—Antes tal vez habría dudado, pero a estas alturas ya no me importa mucho —aclaró. A juicio suyo, Kálíka empezaba a verse más coqueta.

—Bien —sonrió, dejando escapar cierto nivel de perversión en esa expresión—. Estás en el Estado de Riazor, la frontera norte de la Gran Nación. Luego del espectáculo de Los Altos, los Altos Mandos Libertarios decidieron acogerte y cuidarte.

—¿Qué esperan de mí al hacer eso?

—Quién sabe —giró la mirada hacia el lago, tratando de mostrar su espalda a su escucha—. Pero estuve de acuerdo. Después de todo, cuando explotaste y subiste al cielo en forma de ave de fuego, pude ver una parte de mí reflejándose en ti. ¿Sabes? Yo también pasé por eso, por un episodio donde no supe qué más hacer y terminé destruyéndolo todo.

—No sé qué decir acerca de eso —bajó la mirada—. Creo que es muy triste pensar en que todo lo que viví en el pasado estuvo encaminado a un desastre así.

—¿Te sientes culpable?

—De lo de Los Altos... No estoy seguro. Casi siento que no fui yo quien hizo todo eso, aun cuando son consciente levemente. Es como si supiera que yo destruí la ciudad pero no estuve ahí para verlo.

—Es difícil de procesar cuando despiertas. Tal vez fue un error que viniera a hablarte de esto cuando recién pudiste despertar hace unas horas.

—No, está bien. Siempre preferí saber las cosas tal y como son lo antes posible.

—Entonces, ¿por qué no le preguntaste a Nicole?

—Puede ser que... por un momento me dieran ganas de desaparecer. Este lugar parece un buen lugar para que nadie me encuentre nunca. —Giró la

mirada hacia el lago—. Pero aún hay cosas que tengo que hacer.

## **TREINTA**

En el climax de esa noche, en algún lugar en la bastedad de la Gran Nación de Ceres, había una persona hablando por teléfono. Estaba de pie, viendo a la pared, mientras comunicaba lleno de placer una que otra noticia a su escucha. Estaba solo, vestido con una bata blanca larga y con el cabello recogido tras una red. Aún tenía los guantes sobre las manos, manchados hasta la manga de un vivo color rojo.

—¿Estás seguro que esta chica podrá soportarlo? —cuestionaba la persona al otro lado del teléfono—. No creo que ella sea capaz.

—No te preocupes, ella podrá hacerlo. Puede parecer débil a simple vista, pero los parámetros que hemos usado para evaluarla denotan que su psique es capaz de soportar el proceso. Tengo altas expectativas de esa chica, por eso pondré todos mis esfuerzos en ella.

—Bien, te lo confío entonces, Maximus. Por otro lado, ¿qué tal vez al chico que rescatamos de Los Altos?

—Me han informado que despertó de su coma hace unas horas. Espero volar a donde está mañana para examinarlo.

—¿Crees que nos sea de utilidad?

—Kálíka asegura que sí, parece que era un chico que iba de paso por la ciudad y quedó atrapado en el caos. Al parecer había más de su tipo, pero él fue el único al que pudimos encontrar.

—Me parece sospechoso que tanta gente con Sangre Real estuviese en Los Altos justo cuando atacamos... ve y tráeme la información que logres sacarle. —Colgó.

—... entendido.

# Capítulo 11

## ARCOÍRIS

### TREINTA Y UNO

—¿Hm? ¿Cosas? ¿Qué tipo de cosas piensas hacer? —Preguntó Kálíka, dirigiendo toda su curiosidad hacia el inexpresivo Roy, que mantenía su atención dirigida hacia el lago.

Él se quedó en silencio durante unos segundos, suficiente tiempo como para que su mente se volviera un caos. Antes de cambiar su vida siempre había sido bastante confiado con la gente, pero esta vez estaba frente a la mujer que destrozó el orfanato y mató a muchos de los refugiados, entonces ¿por qué no estaba asustado de verla?

La pregunta no era algo a lo que prestara mucha atención tampoco, más bien le inquietaba un poco pensar en la dualidad de sus sentimientos. Por una parte estaba la culpa resultante de sus acciones, esa sí era demoledora y terrible; pero por otro lado, las acciones de Kálíka no le perturbaban en absoluto.

“¿Quizá es solo una suma de fuerzas en la que mis acciones parecen de mayor magnitud que las tuyas?”, razonaba. El bosque de los árboles delgados, todas las muertes resultantes del incendio, Christa, Los Altos, todo parecía muy grave, pero no era lo único en el historial. Sin pensarlo mucho, el sentimiento de que cada paso que daba era peor que el anterior se incrementaba.

Sintió el estómago retorcerse hasta el punto en que quiso vomitar, aunque esto no fuera muy notorio y se manifestara con una mueca discreta. De reojo intentó asegurarse de que Kálíka no notara su malestar, pero tampoco puso tanta atención a su expresión al tener la cabeza tan atosigada.

Ya se hacía común esa sensación cada que recordaba momentos nefastos de su vida, pero, antes de terminar de hundirse en ellos, recordó.

“¿Sabes, Roy? Tal como tú, cometí un pecado terrible”. Abrió mucho los ojos al recordar esa voz, la voz del hombre que tomó su vida en sus manos a pesar de sus pecados, el Sir Serge Anloucce.

“Agh, no tengo tiempo para esto”, declaró para sí, frenando la vorágine de pensamientos que empezaba a atormentarlo. Recordó que entre todos

esos rencores había aún un compromiso, una esperanza a la cual aferrarse, un lugar al cual podía volver y redimirse. Estar entre los Libertarios era una oportunidad de oro.

—Ah —exhaló fastidiado, clavando tajante la mirada en ella—. Dime, Kálíka, ¿Qué debería hacer ahora?

—¿Hm? —Pareció sorprenderse.

—No tengo a donde ir. ¿Debería intentar agradecerle a los Altos Mandos Libertarios para que me adopten en su causa?

—Entonces, ¿estás interesado?

—No es que tenga muchas opciones. Me volví loco en Los Altos, así que si vuelvo donde la Corte Real, seguro seré castigado por bajo los estatutos de la Ley. Supongo que es mejor ir por el lado revolucionario.

Kálíka dudó. Las palabras del chico se habían vuelto más agresivas, un tanto sospechosas, pero más allá de eso, las dudas de Kálíka iban hacia el hecho de que esperaba mayor oposición a ser acogido por los Libertarios de parte de Roy. ¿Acaso Roy era menos puro de lo esperado? ¿Qué había detrás de esa apertura cuando la cultura de la Gran Nación, y más la de las familias con Sangre Real, juraba la total victoria del bien sobre el mal?

Kálíka estaba lista para debatir cualquier reacción de este tipo. Estaba lista para destrozarse los ideales magníficos de la tradición. Pero, al prestar atención a la expresión de Roy, se encontró de frente con una mirada apagada y cansada.

—Oh, vaya. Esperaba algo... más interesante —susurró. A juicio de Roy, parecía un poco decepcionada.

—Lo siento.

—Pero —levantó la mirada, incrédula aún. Roy hizo una mueca discreta al verse incomodado por su reacción—, no está mal. ¿De verdad quieres huir de la Ley, Roy?

—¿Por qué querría enfrentarla? —Se encogió un poco—. Pasé toda mi vida escuchando historias sobre personas que la quebrantaron. Sea lo que sea que quieran los Libertarios, será mejor que convertirme en el juguete de turno de algún adinerado enfermo.

—¿Adinerado? ¿No solían llamarles “Nueva Sangre Real”?

—Siguen llamándose así.

—Y... si no mal recuerdo... los políticos eran "Alta Sangre Real", los estudiados clase media eran "Sangre Culta" y los menos favorecidos los de "Sangre Pura".

—Siguen llamándose así también. Las clases sociales de la Gran Nación no han cambiado desde hace más de un siglo.

—Ah, sí, cuando sucedió la guerra que obligó a que la Sangre Real se ocultara. La razón por la que existe La Ley y todas las historias horribles para asustar niños de Sangre Real.

—¿También te las contaban, Kálíka?

—Obviamente. Después de todo, mi familia era bastante reconocida también.

—¿Quién es tu familia?

—Eso no es algo que necesites saber. Aquí solo soy Kálíka. No necesito un apellido, ni renombre, ni nada más.

—Ja, ja —rió, marcándosele una sonrisa piadosa—. Bien podríamos sentarnos a conversar un poco sobre esas historias. Kálíka suavizó su expresión al notar tierna la de Roy.

—Sí, podríamos. Cuando te sientas mejor.

—Entonces, ¿vas a hablar con los Libertarios de mí?

—Te contaré qué opinan la siguiente vez que venga. Es una promesa.

—Gracias. Espero que la respuesta sea positiva.

—No, Roy. Yo les diré de cualquier forma. Lo que estoy prometiéndote es que volveré a visitarte, para conversar un rato.

Sin darse cuenta, la conversación fluyó a un punto donde la tensión fue reemplazada por un fuerte sentimiento amistoso. Era extraño pero, para Roy, esa última frase de Kálíka se sentía desbordante de sinceridad. Fue cuando él entendió. Lo más probable era que, por el tamaño de sus pecados, ella empezara a empatizar con él.

Roy se sintió conmovido, tal vez él también empezaba a empatizar con ella, así como empezó a sentir una fuerte curiosidad por todo lo que en el pasado había guiado a Kálíka hasta este punto, el presente donde prometía volver a visitarlo. ¿Qué la llevó a los Libertarios? ¿Qué le hizo

querer dejar atrás a su familia? ¿Qué es lo que pretendía obtener en el futuro? Eran muchas las preguntas que quería hacerle, pero, en ese momento, solo tenía una cosa que decirle.

—Estaré esperándote.

## TREINTA Y DOS

—¿Hm? ¿Nos conocemos? —Cuestionó el enmascarado, en respuesta a las agresivas palabras de Sir Anloucce.

—No. Pero sé perfectamente quién eres.

—¿Oh? ¿En serio? ¿Quién soy? —Habló con tono neutral, inexpresivo. El Sir pareció molestarse, pensó que estaba burlándose de él.

—Vas a hacerte el desentendido, ¿eh? —Vio de reojo hacia Janeth, que mostraba la confusión causada por la situación a flor de piel—. Ambos sabemos que es tu responsabilidad lo sucedido en Betel.

Janeth tambaleó, víctima del impacto de la revelación del Sir. “¿Era posible eso? ¿Qué demonios está pasando?”, se preguntó, justo antes de empezar a lanzar todo tipo de conjeturas. ¿Era posible que el Sir estuviera mintiendo? Si decía la verdad, ¿por qué decirla frente a ella? ¿Acaso era posible que un chico flacucho como el enmascarado recién llegado fuera el responsable de la destrucción del barrio de Betel? ¿Acaso era su responsabilidad el estado actual de Kurt y todas las muertes que resultaron de la tragedia?

Fueron tantas las posibilidades, que Janeth sintió que su cuerpo empezaba a perder la fuerza para sostenerse. Sin embargo, fue “El Buho” quien terminó por confundirla más, al responder con temple completamente inexpresivo, desinteresado y sin dudar un poco de sus palabras.

—Hm... No tengo idea de qué hablas.

—No quieras hacerte el desentendido... demonio —replicó el Sir. Empezaba a verse más molesto.

—¿Demonio? No soy un demonio. Soy un ángel.

La habitación quedó en silencio. El Sir parecía cada vez más impaciente y Janeth empezaba a marearse ante el huracán de probabilidades en su cabeza. Ambos contrastaban con el desinterés del enmascarado, el

autoproclamado "ángel".

—Oh, ya veo. Así que no lo recuerdas.

Una nueva voz irrumpió. A espaldas del enmascarado apareció un hombre alto y robusto, vestido con pantalones negros lisos y una camiseta gris de cuello en "uve" con mangas largas recogidas. Su piel era muy blanca, de cabello negro, un poco largo y bastante alborotado; con rostro redondo y grandes ojos de color marrón que brillaban un poco.

El hombre tomó al enmascarado por el hombro y, en una media vuelta, lo lanzó a lo largo del pasillo. Janeth escuchó el sonido de los cristales quebrándose, pero ¿cómo? Desde la puerta había cerca de doce metros hasta el ventanal, ¿era posible que aquel hombre tenga la fuerza suficiente para lanzar a una persona esa distancia?

En su incredulidad, alzó la mirada hacia él, que yacía al otro lado de la puerta con una sonrisa orgullosa dirigida hacia el Sir.

—Sir, parece que llegamos en el momento justo, pero no parece que esta sea una buena situación para nosotros —advirtió.

—Sí —resopló—. No creo que salgamos sin rasguños de esta, debemos apresurarnos, Flynn.

—E... esp... espere —interrumpió Janeth, hecha un nudo de nervios—. ¿Qué demonios está pasando? ¿Quiénes son ustedes? ¿Quién era ese al que lanzaron por el pasillo? ¿Es cierto que es el responsable de... de... lo de... Betel?

—Señorita Castle —se le acercó el Sir, tomándola del hombro—. Lo siento, pero tendré que llevarme a la señorita Kirchoff Astrea.

—¿Qué? ¿Cómo?

—Hey —llamó Flynn—. No creo que tengamos mucho tiempo para convers...

El suelo se quebró, interrumpiendo a Flynn con su fuerte estruendo. Muchos tentáculos de color púrpura emergieron desde abajo entre los pedazos de concreto, envolviéndose en Flynn, el Sir y Janeth. Para esta última no hubo tiempo siquiera para gritar a causa de la enorme presión del agarre en sus piernas, brazos y pecho.

Cerró los ojos en cuando empezó a asfixiarse, cada vez era más difícil respirar. Escuchó con nitidez los gritos de las personas del hospital, desesperadas al no entender lo que estaba sucediendo. "¿Qué demonios es esto? ¿Voy a morir aquí?", se preguntó, una y otra vez en su

desesperación.

—¡Nodoka!

La voz del Sir se impuso entre el escándalo de desesperación y destrucción. Un sonido metálico, similar al de un cuchillo o espada saliendo de su vaina, retumbó por todo el lugar. El agarre cedió sobre el cuerpo de Janeth, dejándola caer hacia el segundo nivel del hospital, ahora que la división entre este y el tercer piso ya no existía.

Al abrir los ojos se dio cuenta. Cayó de espaldas, esperando un golpe seco contra el suelo lleno de escombros. “Oh, vamos”, reprochó, dejando caer un par de lágrimas de sus párpados apretados. Mas el golpe no llegó nunca y al abrir los ojos, su sorpresa se agrandó al verse en brazos de Flynn.

Giró la mirada levemente para ver el desastre que empezaba a llevarse a cabo en el hospital. Tal como sospechó, la separación entre el segundo y tercer piso ya no existía y no solo se limitaba al cuarto de Aya, sino también a los cuartos contiguos y los que estaban al otro lado del pasillo.

A su alrededor los escombros escondían enormes manchas de color rojo y cuerpos atrapados, algunos exponiendo carne viva. ¿Dónde estaba el Sir? ¿Dónde estaba Aya? ¿Acaso la destrucción había alcanzado la habitación de Kurt?

Eran demasiadas las preguntas, mismas que desaparecieron al notar lo que estaba sucediendo al centro del pequeño desastre, donde vio la espalda de un hombre vestido de negro cuyos brazos se ramificaban, a la altura de los codos, en cientos de tentáculos, gruesos y delgados, de color púrpura bajo las luces titilantes de las habitaciones de arriba.

—Esto... esto es... ¿En serio? —se preguntó, incrédula de lo que veían sus ojos.

Flynn, por su parte, mantenía la mirada fija en él, con severa seriedad y un ligero aire de enojo. Ya nada tenía sentido a juicio de Janeth, quien estaba a poco del quiebre mental.

—¿Estás bien? —preguntó Flynn, viéndola de reojo.

—Sí, solo me cuesta un poco respirar.

—A mí también. Pero no te preocupes, ella está aquí.

—¿Ella?

—Sí —sonrió confiado—, la más fuerte de nosotros.

A lo lejos, de frente al sujeto de los tentáculos, apareció una mujer. Una hermosa mujer de cabello dorado atado en dos coletas sobre sus hombros, sudadero gris cerrado un poco ajustado y jeans azules con botas altas marrones. De estatura estándar y cuerpo esbelto, cuyos rasgos faciales no eran fáciles de notar al estar a varios metros lejos de Janeth.

Detuvo sus pasos a pocos metros del sujeto de los tentáculos y un gran resplandor de muchos colores se manifestó en su espalda, de donde también emergieron varios listones de colores de arcoíris que se extendieron por todo el lugar, como creando una jaula entre ella y el sujeto, a la vez que empezaban a sacar a todas las personas en los alrededores del lugar.

—Es... hermoso —expresó Janeth, maravillada.

—Sí, lo es —asintió Flynn.

—Ella... ella es... como un ángel. Ella es... como un arcoíris.

La intriga creció en Flynn al notar la expresión en el rostro de Janeth. No era la mirada de alguien que veía un evento fantástico por primera vez, sino parecía la expresión de alguien que revivía un recuerdo maravilloso. Janeth habló, estableciendo una sospecha en el hombre con sus palabras.

—Es... es igual a Roy.

## Capítulo 12

### ASALTO EN EL HOSPITAL CENTRAL

#### TREINTA Y TRES

Fue deslumbrante, tanto que Janeth creyó viajar al pasado hasta el momento en que, por primera vez en su vida, confirmó la veracidad de las leyendas milenarias de la Gran Nación de Ceres. El momento en que una espiral de llamas de colores se extendió desde sus pies hacia el cielo en lo más bello que alguna vez vio.

Un sonido eléctrico la regresó al presente para notar algunas descargas del mismo tipo emergiendo del cuerpo de Flynn, quien miraba de un lado a otro mientras la jaula de listones coloridos se hacía más y más pequeña alrededor del hombre de los tentáculos.

—No tengas miedo —se dirigió Flynn a Janeth, primero con una ligera sonrisa y luego con un mirada de pena—. Lamento que te vieras involucrada.

Janeth no tuvo de responder. Flynn dio un paso adelante y se lanzó hacia la parte superior de la jaula, un salto de poco más de tres metros, para luego impulsarse hacia lo que quedaba del pasillo del tercer nivel, en dirección opuesta al ventanal. La potencia en sus piernas era inhumana.

El edificio era un caos total y el personal hacía todo lo posible por evacuar a los pacientes más críticos por las salidas de emergencia. Flynn avanzó entre el escándalo, a paso de una persona común, y entró en una de las habitaciones que acababa de vaciarse. Cerró la puerta usando los pies de Janeth, quien en este punto no era más que un peso muerto incapaz de procesar lo que estaba sucediendo, y lanzó una patada frontal al aire, en dirección a la ventana.

Chispas de color blanco emergieron de la pierna de Flynn e inmediatamente una fuerte corriente de aire a presión se disparó de su movimiento, rompiendo los cristales de la ventana, que era bastante amplia como para dejar pasar a una persona, sin dejar un solo residuo. Flynn apoyó la pierna en el suelo y esta chispeó nuevamente en un potente impulso que lanzó a ambos hacia afuera del edificio.

No hubo tiempo de caer, Flynn lanzó una segunda patada al aire con la suficiente fuerza como para volver a impulsarse sobre la calle hacia la

terrazza de la casa al otro lado. Un estruendo se escuchó antes del aterrizaje. Flynn cayó con ambas piernas, con la suavidad característica de una pluma. Bajó a Janeth y la dejó sentada sobre la terraza. Ella temblaba, con la mirada baja puesta en la nada sin poder pronunciar una palabra.

—Lo siento mucho —susurró Flynn antes de darse la vuelta para volver al edificio.

—T...t... tú... —Habló Janeth. Flynn devolvió la mirada—. Tú... me... me... sal...vas...te.

—Sí, así fue.

—Por... por favor... salva a Aya, a Kurt. Por... por favor.

Flynn asintió, tomó impulso y regresó al hospital.

## **TREINTA Y CUATRO**

La habilidad de Flynn era tan precisa que, con un solo salto, logró volver a entrar por la ventana sin hacerse un solo rasguño. De inmediato el edificio se sacudió con tanta fuerza que algunas paredes se agrietaron. No pasaron más de cinco minutos desde que salió y el caos se mantenía e incluso parecía incrementarse.

“Oh, vamos”, reprochó, bajo la sospecha que la causa de la sacudida era el enfrentamiento entre Nodoka y el sujeto de los tentáculos que antes dejó atrás. Avanzó hacia la puerta, la abrió y volvió a encontrarse con el caos del personal en plena evacuación, esta vez con menos ruido a causa de la sacudida.

Al salir, había camillas volcadas y personas en el suelo. Flynn se apresuró a ayudar a quienes pudo, pero era difícil caminar entre todo lo que había regado por el pasillo. Una segunda sacudida estremeció la estructura y el escándalo propio del susto se agrandó.

Se escucharon ligeros estallidos, similares a globos reventándose, a espaldas de Flynn. Lo siguiente fueron muchos gritos, esta vez no de miedo o de susto, sino de dolor, cruel y desgarrador. Flynn se giró para encontrarse con un enorme baño de sangre, que emergía de la piel estallada de muchas de las personas que tenía al frente y, al fondo, estaba el hombre con máscara de búho que antes lanzó por el ventanal.

—Así que volviste —lo enfrentó.

—Ella va a enojarse mucho si no cumplo con mi misión —declaró con su tono inexpresivo—. No es algo personal.

En ese momento, Flynn notó la apertura de la máscara sobre uno de los ojos del enemigo, el cual brillaba en un tono rojo sangre que para nada se veía como algo seguro. Se agachó y su brazo izquierdo se llenó de un terrible dolor seguido, nuevamente, por un sonido similar al de muchos globos reventándose que incrementó el dolor antes descrito.

Al voltear, las venas y arterias de su brazo habían explotado, dejando escapar una cantidad peligrosa de sangre de un lado a otro. “Mierda, ¿acaso fue él? ¿Este es su poder entonces?”, se preguntó. Antes Flynn se había topado con la máscara de búho, en Betel, pero en ese momento no pudo hacer más que perseguirlo hasta perderle el paso.

Pero, para ese primer encuentro, el barrio ya era una pila de polvo y escombros. Esta vez, el “Búho” estaba peleando y parecía realmente peligroso. ¿Cómo podía abordarlo? ¿Cuál era la mejor estrategia? No había forma de saberlo de buenas a primeras. No tenía suficiente información para defenderse correctamente. Así que lo primero, para Flynn, fue apoyarse de su arma más poderosa, el Talento del Incremento.

Apretó el puño con fuerza y, al paso en que se manifestaban las chispas de color blanco alrededor de su piel, las heridas se cerraron por la presión en sus músculos. Casi nadie estaba de pie entre él y el enmascarado, solo quedaba responder la hostilidad con hostilidad.

—¡Que nadie se levante! —Gritó.

Puso todo su peso sobre el pie derecho y lanzó un potente puñetazo que desencadenó una ráfaga de viento a alta presión contra el enemigo. El enmascarado se agachó y tomó un cuerpo con cada mano para levantarlos y usarlos de escudo contra el cañón de aire.

La carne y la sangre volaron por todo el pasillo y, tras esa finta y el escándalo resultante, cargó el enmascarado contra Flynn, corriendo sobre la pared a su derecha con dos enormes dagas en las manos. Este último lo vio venir y dio un salto hacia adelante, se impulsó en la pared a su derecha para girarse y lanzar una segunda bala de aire con el puño diestro que impactó al enmascarado justo en el estómago.

Sin darse cuenta, Flynn cayó en la trampa del enemigo. Las venas y arterias, desde la mano hasta el hombro, le estallaron desencadenando un dolor incluso más terrible que el que sintió antes en el brazo zurdo. Pero eso no era suficiente para derribarlo. Tomó aliento ni bien pisó los espacios libres sobre el suelo y cerró las heridas con la presión en sus

músculos.

Al enmascarado poco le importaba evitar lastimar a las personas en el lugar, pues cayó sobre varios de los pacientes y personal en el suelo sin miramientos, para luego lanzarse otra vez contra Flynn, que esperaba por él, listo para continuar la pelea.

Sin embargo, cuando restaban pocos metros entre los combatientes, el edificio volvió a sacudirse. El muro se quebró a la derecha del enmascarado, arrastrándolo a través del muro siguiente en dirección hacia los pisos superiores. Flynn retrocedió y notó entre los destrozos un grueso manojito de tentáculos púrpuras como los que vio antes, abriéndose paso entre el concreto de paredes y terrazas por igual.

## **TREINTA Y CINCO**

Afuera, Janeth empezaba a recuperar la compostura, en buena parte gracias a que logró relajarse a través de una respiración más pausada. Sin embargo, la calma no le duraría mucho, pues no tardó en escucharse un monstruoso crujido desde el hospital.

Muchos escombros empezaron a caer a pocos metros frente suyo y, al girar la mirada, emergió desde dentro del hospital un grueso brazo púrpura que se abrió paso hacia arriba partiendo la estructura en dirección vertical, inclinada levemente.

La punta parecía un puño cerrado y se detuvo hasta llegar al centro de la terraza, alzándose varios metros sobre el nivel del punto más alto del edificio. Un segundo retumbar se escuchó y alrededor de ocho tentáculos más, con puntas afiladas y más delgados que el primero, emergieron destrozando el techo.

Un fuerte sonido metálico hizo eco en los alrededores y, en un segundo, todos los tentáculos fueron rebanados en muchos pedazos, abriéndose el nudo del brazo más grueso para dejar escapar cuatro enormes alas de colores, similares a las de las aves, que resplandecieron entre el cielo nocturno.

De ahí salió Nodoka, la chica de antes, quien fue fácilmente reconocida por Janeth al notar el deslumbrante resplandor arcoíris en las alas que emergían de su espalda. Era una vista espléndida, tal como observar la magnificencia de un ángel salvador en todo su esplendor.

Aun a la distancia, el agresivo azul de sus ojos brillaba con fuerza, realizándose en gran medida por la expresión amenazante de su pequeño rostro redondo, que antecedió la aparición de seis esferas brillantes de

colores alrededor de su vientre que se dispersaron disparando a quemarropa balas de luz contra los tentáculos que seguían emergiendo del edificio.

Una gran nube de polvo se levantó y las alas en la espalda de Nodoka desaparecieron, cayendo ella, de nuevo, en el epicentro del conflicto.

## **TREINTA Y SEIS**

Nodoka cayó, atravesando la nube de polvo sin miedo alguno. Ni bien avanzó unos cuantos metros dentro del edificio, usó los listones que emergían de su espalda para amortiguar la caída y despejar el ambiente y su visión. Abajo, a poco menos de cuatro metros, se abrió el capullo púrpura para dejar emerger al sujeto de los tentáculos de su interior, mostrando de primera mano su máscara con rasgos de doncella.

—Sí que eres duro —reprochó Nodoka.

—Vaya, esperaba un poco más de la Sangre Real —respondió el enmascarado, con tono retador—. Comparado con el demonio de Los Altos, tú eres solo un cachorro inofensivo.

—Los Altos, ¿eh? Me gustaría saber a quién conociste ahí para pensar que no soy más que un cachorro.

—Bien podría ser el mismísimo Dios...

La masa púrpura del capullo se dividió en muchos tentáculos de puntas afiladas que se lanzaron contra Nodoka y, al instante, fueron cortados por sus listones. Las esferas, que sirvieron como ametralladoras de luz antes, reaparecieron y reiniciaron su bombardeo contra el enemigo sin esperar un segundo.

La nube de polvo se levantó nuevamente, esta vez con más intensidad que antes. Nodoka no dio tregua y siguió disparando indiscriminadamente, sin prestar la mínima atención a los gritos de las personas que seguían dentro del edificio, el cual empezaba a deteriorarse a velocidad alarmante.

Los tentáculos que intentaban ascender eran destrozados sin piedad, pero cada vez eran más y más. Nodoka notó que su poder de fuego estaba siendo superado poco a poco, así que decidió retroceder un piso más arriba para rearmarse. No podía alejarse sin detener el fuego, así que, durante los segundos que tomó, emergió de entre la nube de polvo una enorme masa con forma de boca de serpiente que tomó la tomó entre sus

fauces.

Nodoka logró crear una jaula con los listones que la protegió del aplastamiento. Cientos de tentáculos, tan afilados como agujas e incluso más delgados que un dedo, emergieron entre el polvo y se dirigieron a penetrar los espacios entre los listones de la jaula. Sus piernas, brazos y torso fueron atravesados sin piedad por el fiero ataque.

Pero Nodoka no retrocedió. Ni siquiera gritó. Las esferas reiniciaron su bombardeo, pero ahora no era suficiente para la monstruosa cantidad de lanzas púrpuras que cargaba contra ella. La situación era crítica, pero, cuando parecía que las cosas se complicaban más, los tentáculos detuvieron su arremetida.

Más bien, se paralizaron ante la acción de uno de los pacientes que seguía en el hospital, un chico alto, de cabello corto, oscuro y ondulado, moreno y vestido aún con su respectiva bata blanca, que se lanzó contra la enorme masa púrpura sin dudarle, marcando una ligera ventaja a favor de Nodoka.

Nadie más que Kurt Kirchoff Astrea, quien tomó la batalla en sus propias manos y le dio la vuelta, usando el legendario Talento del Rayo para detener el movimiento de los tentáculos, incluso estando convaleciente.

Apareció Flynn entonces, abriéndose paso entre los escombros que antes dejó la acción de los tentáculos, para impulsarse en el aire contra el centro de todos los problemas, el capullo púrpura donde se resguardaba el enemigo, con un gran puñetazo que casi levantó un pequeño torbellino en medio de la destrozada estructura y que, además, liberó a Nodoka.

—¡AH! —Levantó la voz, ella. Esta vez con notoria y sádica emoción—. ¡Ahora sí, voy a destrozarte hasta la muerte!

Al escuchar la declaración de su compañera, Flynn se apresuró a tomar a Kurt en brazos, para luego impulsarse hacia el cielo, tan alto como pudo, usando el capullo como apoyo. Nodoka liberó sus alas, elevándose también hasta un punto a pocos metros bajo Flynn, y desplegó el máximo poder de fuego de las esferas ametralladoras, las cuales se ampliaron tomando la forma de círculos de luz con estrellas hexagonales giratorias en su centro.

—Quiero ver cómo sobrevives a esto —declaró Nodoka, con la mirada seria.

El bombardeo inició al dispararse las primeras balas de luz de los círculos, a tal velocidad y con tanto poder como para destrozarse el edificio en segundos. Las ambulancias, los bomberos, todo aquel que pasara por el

lugar fue testigo de la destrucción del Hospital Central, que fue demolido sin miramientos por el abrumador poder de fuego de Nodoka.

## Capítulo 13

### NEGOCIACIÓN

#### TREINTA Y SIETE

Las esferas que iban de un lado a otro alrededor de Nodoka se alejaron de ella y tomaron la forma de círculos de luz con estrellas hexagonales girando en su centro. Sus diámetros eran tan grandes como la estatura de Janeth, que observaba incrédula cómo los seis círculos posicionaban sus caras hacia abajo, en el centro del edificio.

Más arriba, Flynn empezaba a caer, pero se mantenía en lo alto lanzando patadas al aire con suficiente presión para sostenerse. Los círculos empezaron a girar más rápido y su luz pasó de ser colorida a roja muy brillante. Muchas balas de luz se dispararon desde ellos e impactaron contra el edificio, destrozándolo en cuestión de segundos.

El estruendo fue aterrador y lo que le siguió fue una monstruosa nube de polvo que se levantó para tragarse todo lo que había en los alrededores, incluida Janeth. Lo siguiente, para ella, fue empezar a despertar a causa de las sirenas de las ambulancias y los gritos descontrolados de bomberos, paramédicos y civiles.

—¡Señorita, señorita! ¿Puede escucharme? —insistía una voz masculina, que se notaba levemente desesperada.

Janeth apenas podía abrir los ojos y además sentía el cuerpo dormido. Si mucho podía distinguir sombras con su deficiente visión y le costaba demasiado respirar. Sin embargo, con lo poco de fuerza que tenía, respondió.

—Estoy... bien.

#### TREINTA Y OCHO

—Muy bien, ¿puedes repetirme tu nombre? —llamó el Sir Anloucce.

Su voz se escuchaba amable, pero su rostro se notaba serio. Sentado frente a una pequeña mesa circular, al centro de una habitación mediana de paredes de color salmón, sin ventanas, y detalles coloniales, hizo su

solicitud a su acompañante, quien se encontraba sentado frente a él, al otro lado de la mesa, aun vestido con la maltratada bata blanca de hospital propia de los pacientes y su expresión de nerviosismo y perturbación en su rostro.

—Yo... mi nombre... es Kurt... Kurt Kirchoff Astrea —respondió.

—Es un gusto, Kurt —asintió el Sir—. Lamento haberte traído a este lugar, más porque no ha pasado ni un par de horas desde lo sucedido en el Hospital Central. Tengo entendido que tus acciones nos ayudaron, gracias. Flynn me ha comentado la situación, así que, si yo fuera una persona talentosa, ¿accederías a hablar conmigo con total sinceridad?

—Usted... ¿usted tiene...? —levantó la mirada con notable curiosidad.

—Tengo mucho, Kurt. Sé mucho también. Esas son dos cosas que remarcan la importancia de todo lo que hago. Pero no necesitas ser un Sir para que tus acciones tengan repercusiones. Un simple mendigo podría condenar a un país entero o salvarlo de acuerdo a sus circunstancias y sus decisiones. Sé que tomaste una decisión y por ello el Barrio de Betel ya no existe. Sé que seguiste decidiendo y por eso terminaste en esta habitación, conmigo. Ahora mismo, tu mejor opción es hablar conmigo con total sinceridad.

—¿Qué quiere de mí?

—Información. Quiero que me digas qué fue lo que sucedió en Betel y también que me hables sobre tu hermana.

—¿Aya? —pareció sorprenderse más.

—No te preocupes, ella está bien. En este momento está camino a mis dominios en el Estado del Este. Ahí la atenderán los mejores médicos del país.

—Usted... ¿se la llevó así como así? ¿Por qué?

—Lo siento, sé que adoras a tu hermana. Pero en este momento es de máxima prioridad que se encuentre bajo mi cuidado.

—¿Máxima prioridad? ¿Quién demonios es usted? —su tono empezó a ser más agresivo—. ¡No puede llevarse a mi hermana así como así! ¡Usted no es nadie!

—Oh, ¿acaso debí pedirte permiso? —se notó sarcástico—. Lo siento, pero los intereses del país están por encima de tu egoísmo.

—¿Intereses del país? ¿Qué demonios tiene que ver Aya con el país?

—No espero que lo entiendas, pero la importancia de tu hermana es mucho mayor de lo que crees. Así como tu actitud, en este momento, puede determinar tu perdición.

—¡No me joda! —Saltó hacia adelante, poniéndose de pie y golpeando la superficie de la mesa de madera con ambas manos—. ¡No tiene el mínimo derecho de llevarse a Aya! ¡No tiene derecho de hacerlo!

—Oh, ¿es así? Seguro que tú, Kurt, que eres abogado, sabes mucho sobre eso.

—¿Yo? ¿Abogado? —retrocedió.

—Oh, es cierto. No te has titulado y usas el tiempo que deberías invertir en eso en ir al hospital a pasar horas y horas hablando de cualquier cosa con tu hermana, ¿no es cierto? ¡Qué buen hermano! ¡No la dejas sola ni un segundo!

La postura del Sir se tornaba más y más amenazante. Kurt se sintió inseguro, y no era para menos, después de todo el Sir acababa de describir su rutina. ¿Cómo alguien tan importante estaba tan enterado de lo que hacía? Más aun tratándose de un tema tan sensible como el de su carrera.

—Usted... ¿cómo...?

—Te dije, tu hermana es alguien importante. Más importante de lo que me gustaría para una chica de 21 años.

—Señor, ¿por qué? ¿Por qué mi hermana?

—Kurt, ¿sabes qué sucedió en Los Altos?

—¿Qué tiene que ver eso?

—Bueno, las noticias solo notificaron la desaparición de la ciudad. Los métodos son totalmente desconocidos, después de todo ese territorio ahora está en manos de los Libertarios de Riazor, no podemos acercarnos a ver qué está sucediendo ahí. Pero, ¿qué pensarías si dijera que tu hermana y su estado actual es una de las razones por la que la Ciudad de Los Altos desapareció del mapa?

—¿Qué? Aya no podría estar relacionada con Los Altos, está en coma. Además, incluso consciente, ¿cómo demonios podría ella ser responsable?

—Bueno, ¿alguna vez habló tu hermana de alguien llamado “Roy”?

—¿Roy? No.

—Vaya, te has perdido mucho sobre la vida de tu hermana.

—¿Yo? ¿Perderme de su vida? —reprochó, incrédulo—. No hay manera.

—Sí la hay, Kurt.

—Estoy jodidamente seguro de que no la hay. Nadie sabe más sobre Aya que yo.

—Oh, ¿es así? Supongo que esa es una etiqueta que llevas con mucho orgullo. Pero estás equivocado. Tu hermana tuvo una relación con Roy.

—No, no es así.

—Ambos fueron buenos amigos, a ella le gustaba él.

—No, no hay manera.

—Pero ella, que hizo lo que le dio la gana en todo momento, terminó atrapada por sus propias elecciones. Hirió tanto y nunca pidió una disculpa. Nunca fue sincera. Ocultó muchas cosas. En su tremenda prepotencia pensó que sería perdonada solo por ser ella, y no.

—¡Que no! ¡Aya no haría nada sin contarme!

—¡Estás equivocado, Kurt! —se levantó. Kurt retrocedió hasta caer en su asiento nuevamente—. Christa llegó a un punto de no retorno, la condición que vive ahora no es más que su culpa. Aun si es mínima, tiene responsabilidad en sus manos.

—No entiendo. Usted no sabe nada.

—Al contrario, Kurt. Sé todo, lo sé muy bien. Sé por qué tu hermana está en coma, sé lo que hizo y lo que le hicieron. Y sobre todo, sé que estás obsesionado con ella porque es el último cimiento que sostiene tus ideales. Pero ella ya no es lo que crees y no volverá a serlo. Sin embargo, si quieres que ella despierte, tengo una opción para ti.

—Usted... ¿quién demonios se cree? ¿cree que puede despertar a Aya así como así?

—Sí, si encuentro a Roy y lo llevo a donde ella está.

—Ya basta, ¿quién demonios es ese tal Roy? ¡Aya no va a despertar solo por encontrarse con él! Si las cosas fueran así, debió despertar desde la primera vez que fui a verla.

—¿Oh? ¿Crees poder despertarla entonces?

—Si fuera tan fácil, lo habría hecho por mi cuenta. Un desconocido no podría despertarla en comparación a mí que soy su hermano.

—Es cierto, eres su hermano. Ese sin duda es un lazo poderoso, pero no es suficiente. Hay algo más y estoy seguro que podré descubrir qué es cuando encuentre a Roy. —Tomó asiento—. Si no me crees, está bien. Ni bien escuche que rechazas mi propuesta, estarás bajo arresto por parte de las fuerzas armadas del Clan Anloucce. Pero, si decides ayudarme, puedo comprometerme a encargarme de ti y tu hermana para siempre. Podrás vivir con ella, alejado de todo o cerca de todo, lo que prefieras. No tendrás que preocuparte de gastos ni inversiones, yo me encargaré y tú solo deberás ocuparte en cuidar a Christa. ¿Qué dices?

—¿Esa propuesta es en serio?

—Tienes mi palabra, es un compromiso que juro cumplir por mi nombre como Sir del Clan Anloucce.

—¿Qué tengo que hacer?

—Oh, eso es sencillo. Irás a Los Altos, junto a Nodoka.

—¿No dijo que estaba en manos enemigas?

—Así es, tendrán que infiltrarse. Estoy seguro que sabes bastante sobre táctica, después de todo perteneces al Clan del Talento del Rayo.

—¿Qué cree que soy, un soldado?

—No creo. Estoy seguro de que eres un hombre con la Sangre de Dios. Ninguno de los nuestros pasa los 15 años sin saber usar sus poderes, aunque ese entrenamiento sea más bien ilegal. ¿Me equivoco?

—Si es por estar en tranquilidad con Aya, lo haré. Traeré a ese tipo y le demostraré a usted y a quien quiera que su presencia no hará nada por despertar a Aya. Si alguien va a hacerlo, seré yo.

—Bien, entonces empezaremos con las preparaciones para ello. Pero, te advierto, tendrás que ser muy cuidadoso, Kurt. Si mueres, solo significará que tu hermana se quedará más sola aun.

—No moriré. Estoy seguro de a donde apunta mi destino. Pero antes... quisiera hacerle una pregunta.

—Dime.

—¿Quién es ese tal Roy?

—Bueno —sonrío, con ligera picardía—. Cuando lo encuentres, podrás conversar con él y escuchar la historia de su propia boca.

## Capítulo 14

### **MOTIVOS**

#### **TREINTA Y NUEVE**

Capital era una ciudad enorme, tanto así que incluso terminó superando la expansión planificada inicialmente en su diseño. Sí se esperaba que fuera una de las ciudades más importantes, pero no la capital de la Gran Nación de Ceres. Por ello, cuando empezó a descontrolarse su crecimiento, La Municipalidad se alió con las de pueblos cercanos para generar un nuevo plan de urbanización para organizar los servicios.

Por esta razón, era lógico pensar que el Hospital Central no era el único en toda el área metropolitana que componía la Ciudad Capital. Mucha gente logró salir a tiempo del edificio gracias a la gran organización del personal al sacar a todas las personas que pudieron. No se salvaron todos, pero la mayoría ya estaba camino a ser atendidos en otros hospitales.

La respuesta del sistema de salud fue casi inmediata, en menos de una hora la distribución de pacientes estaba hecha y, en menos de cuatro, ejecutada. Para cuando amaneció 22 de octubre, el día siguiente, los noticieros reportaban la destrucción del Hospital Central a causa de un ataque terrorista de los Libertarios de Riazor.

#### **CUARENTA**

El despertar fue lento y perezoso. Después de todo, era la primera vez que Janeth dormía tanto en mucho tiempo. Estaba adolorida, débil. Respirar se le dificultaba, pero no lo suficiente como para preocuparse. Las paredes blancas que rodeaban su cama no las reconoció, pero, de aquella pequeña habitación, notó primero la gran cortina sobre lo que parecía ser una ventana bastante amplia, a su izquierda.

—Oh, ¿despertaste? ¿te sientes bien?

Recostada aún, bocarriba, escuchó una voz que no podía reconocer del todo. Tomó aliento y arrastró ambos brazos para intentar levantarse. Un zumbido se escuchó de repente, el colchón empezó a alzarse a manera que ayuda en su intento por sentarse. Al voltear a su derecha, aun con la mirada borrosa, notó a alguien. Él estaba sentado frente al colchón, a la

altura de sus rodillas, vestido con una camisa cuadriculada de manga larga de tonos verdes, blancos; y sostenía en su mano derecha un pequeño control cableado.

—¿Esa inclinación está bien? —preguntó, con una sonrisa amable y mirada melancólica. Era Ritchmond.

—Sí, gracias. —Se fregó los ojos en un intento por ganar nitidez en la imagen de quien la acompañaba.

—¿Cómo te sientes?

—Bien, un poco adolorida.

—Lo imaginaba. El médico dijo que tenías bastantes raspones y golpes. Tuvieron que asistirte porque tu respiración era bastante débil también. Al parecer tragaste mucho polvo.

—Oh, ya... ya veo —dudó—. Tú... ¿viniste a ver a tus hermanos?

—Vine para conversar un rato. —Su ánimo pareció decaer.

—¿Conversar conmigo?

—¿Te parece extraño?

—Sí, un poco.

—Lo imaginé. Que alguien a quien conociste el día anterior te visite así como así...

—No, si es por lo sucedido ayer, supongo que es lógico que me visites. Lo que me parece extraño es... que quieras conversar conmigo.

—¿Te sentirías más cómoda si te digo que vine para que me cuentes sobre lo que pasó en el Hospital Central?

—¿Así que es eso?

—Por favor.

—Bueno... pasa que...

Sus palabras se cortaron por un fuerte escalofrío y un marcado dolor en la cabeza que se sentía como agujas incrustándose en su cerebro. Janeth se encogió levemente por el dolor y Ritchmond reaccionó levantándose para

asistirla.

—¿Necesitas que llame a un médico? ¿Te encuentras bien? —preguntaba, preocupado.

—Estoy... estoy bien —afirmó ella, mientras empezaba a calmarse—. Yo... yo no puedo recordar...

—¿Qué?

—No puedo recordar na-nada.

Ritchmond se vio perplejo ante la expresión de ansiedad y dolor que mostró Janeth de repente. Se veía aterrada, tanto que era perturbador. ¿Qué tan terrible tuvo que ser lo sucedido como para reaccionar de esa forma? ¿Era posible que la gente de Riazor fuera tan aterradora? No había sentido en ello para él.

—Está bien, si es mejor para ti, no hablaremos de eso. —Regresó a su asiento. Janeth ya recuperó su compostura.

—Pe-perdón. —Se mantuvo cabizbaja, abrazándose a sí misma. Ritchmond levantó la mirada hacia la cortina.

—¿Sabes? Cuando era más joven, mi hermana, Katellyn, tenía una amiga. Su nombre era Natalia. Yo era cinco años mayor que ella, pero se avocaba a mí cada vez que algo le preocupaba sobre mi hermana. Katellyn era una niña demasiado noble y muy hermosa. Mucha gente intentaba aprovecharse de su buen corazón y muchos más se sirvieron de eso para burlarse de ella hasta el punto en que la hacían llorar. Natalia la defendía y venía a mí cada vez que la situación la sobrepasaba. Pero yo nunca hice caso y siempre alejé mi atención de los asuntos de mi hermana diciendo que "no era para tanto", "eso le ayudará a ser más fuerte". Con el tiempo, Natalia confesó que su preocupación no era la única razón por la que me buscaba. Empezamos a salir y, poco a poco, empezó a poner más atención en mí que en Katellyn. En serio fui muy feliz con Natalia, pero solo estuvimos juntos durante poco más de un año antes de que muriera en un accidente en carretera. Natalia solía decir que, en su conciencia, sabía que Katellyn la odiaba por haberse enfocado en nuestra relación. Natalia se rindió en su misión de defender a Katellyn, buscó su felicidad a mi lado y murió sin poder disculparse con ella por abandonarla a su suerte en este mundo corrupto y malvado.

—Pero... ella no la odiaba, ¿verdad? Quiero creer que no la odiaba.

—Estás en lo correcto. Katellyn no la odiaba, era demasiado buena como para algo tan bajo. Cuando supo de su muerte, lloró mucho y no se apartó del ataúd hasta que fue sepultado. Ni siquiera yo, que fui su novio, hice

algo tan devoto. Mi hermana fue demasiado pura en un mundo demasiado sucio. Ella nunca cambió, siguió ayudando a la gente, siguieron burlándose de ella. Hizo demasiado por todos y solo recibió pisotones en la cara.

—Katellyn es... la hermana que está desaparecida, ¿cierto?

—Sí, ella fue quien desapareció junto con mi madre.

—Creo que... el resto de la historia ya es un poco conocido para mí.

—Supongo que Kurt te ha hablado más detalles de los que te comenté ayer.

—En realidad... no. Todo lo que sé es lo que me has dicho.

—Oh, vaya. Esto es un poco inesperado.

—De hecho... la única vez que mencionó algo fue el día que dieron la noticia de Los Altos. Pero solo dijo que Aya era lo último que le quedaba de su familia, o algo así.

—Supongo que tiene sentido que me excluyera. No nos hemos llevado muy bien desde la muerte de nuestro padre. El único nexo que compartíamos era Aya.

—Supongo que su situación se ha hecho más complicada desde que está en coma.

—Sí, así es. Pero no puedo decir que no lo he intentado. Son los ideales de Kurt los que no le dejan ver el mundo tal y como es.

—Sus ideales, ¿eh? A mí... él me recuerda a una persona que conocí antes.

—¿Hm? —Volteó hacia ella, más parecía que no escuchó bien lo que dijo.

—Él era... brillante y talentoso. Escribía poesía, tocaba la guitarra, cantaba. La mayoría de cosas que intentaba las dominaba muy rápido. Era un chico lindo con ideas que, hasta hoy, considero ideales de vida muy válidos.

—Esos ideales... ¿cuáles eran?

—El ideal de ser libre. —Levantó la cabeza, sin darse cuenta que estaba sonriendo—. El ideal de ser rebelde, de cuestionar, de innovar, de resistir. Pero, sobre todo, el ideal de siempre seguir adelante porque nunca es

tarde para hacer las cosas bien.

—“Nunca es tarde para hacer las cosas bien”, eso suena bastante bien.

—Sí. Escuchar esas palabras, en ese entonces, era tranquilizador. Más para alguien que caminaba sabiendo dónde tropezar. Alguien que seguía tropezando a propósito. Él era alguien demasiado bueno y así me quería como a nadie.

—¿Y él dónde está ahora?

—Murió hace unos meses en el incendio... —su sonrisa se desvaneció—, ya sabes... el mismo por el que tu hermana, Aya, quedó en coma.

—Así que... —se vio sorprendido—, él también.

—Sí. Fue algo muy duro, pero... para ser honesta, cuando vine a esta ciudad, fue por dos razones. La primera es porque quería empezar de cero, trabajar y ocupar la mente. La segunda era para encontrarme con él. Pero pasaron muchas cosas durante el tiempo que nos alejamos. El mundo hizo lo suyo con él y lo ensució, lo corrompió. No tengo idea de la cantidad de cosas que pasó, incluso la forma en que terminó nuestra relación fue una de sus desgracias. Yo contribuí para romper su corazón y, cuando lo encontré, ya no era como lo recordaba —su voz empezó a cortarse—. Antes me trataba como a una musa, su más grande inspiración, luego como a alguien con quien podía acostarse en cualquier momento sin perturbarse un poco. Y aun así sentí muchas veces que esa bondad seguía ahí, que estaba escondida, pero que no se manifestaría frente a alguien como yo. Soy una mujer sucia y mala, ¿por qué tomarse la molestia de mostrar amabilidad con alguien como yo? Lo menos que merecía era que me usara, yo estaría conforme con eso.

—Alto, no —interrumpió tajante—. No hables así de ti misma, Janeth. Si te llamas mala y sucia, supongo que es por cosas que sucedieron en el pasado, pero no debes definirte solo por eso. No te amarres a esos rencores, no dejes que te pisoteen por esos rencores. ¿No crees que eso fue lo que él intentaba decirte con eso de “nunca es tarde para hacer las cosas bien”? Incluso si la persona que dijo esas palabras se desvanece en un presente más oscuro y corrupto, puedes hacer tuyo ese pensamiento y avanzar con él. Si mantienes tu mente en el pasado, solo caminarás a la deriva de un lado a otro, hiriéndote más, ensuciándote más.

—Yo... perdona, Ritchmond.

—Yo... —empezó a calmarse—, yo lo siento. Es un poco extraño tener esta conversación con alguien a quien recién conocí, pero me dejé llevar.

—No. —Se secó las lágrimas con la manga del sudadero que llevaba encima. Recién hasta ese momento se dio cuenta de lo que tenía puesto y de cómo, de su cintura para abajo, estaba cubierta por un par de sábanas blancas, río suavemente—. Estaba tan distraída que recién noté lo feo del suéter que tengo puesto.

—Ah, sí —rió también—. Las batas no fueron suficientes, así que te dieron la ropa que usualmente usa la gente de fisioterapia.

—Es... ¿cómoda? ¿supongo?

—Es un hospital, no esperes mucho.

—Sí, es cierto. Darme cuenta de esto, hasta este punto, ha sido muy gracioso.

—Sí, un poco.

—Entonces... fuera de todo lo que dijimos antes, ¿ya viste a tus hermanos? ¿están bien?

—Bueno —mostró una leve mueca—. Sí, están bien. Bien, te dejaré descansar entonces. Por ahora no te preocupes de mis hermanos, ya hablaremos de eso cuando vuelva en un par de semanas.

—Eh, sí. Está bien.

Ritchmond se levantó y se dirigió hacia la puerta, que se encontraba de frente a la cama de Janeth. Parecía apresurado cuando salió, pero Janeth no dio mucha importancia a eso. Lo primero que pasó por su mente, fue un recuerdo. La escena de un viaje en motocicleta y un deseo.

—Oh, es cierto. Querías ir a ese lugar, poeta.

## Capítulo 15

### **ABURRIMIENTO**

### **CUARENTA Y UNO**

El inusual calor en pleno otoño se esfumó y, para los primeros días de diciembre, el frío empezó a hacerse más fuerte. Los fuertes vientos hicieron caer las hojas de algunos árboles, ya luciendo el característico color ocre de la temporada, para adornar el ambiente en los distintos lugares de la Gran Nación de Ceres con un cálido sentimiento pre-navideño.

O, al menos, eso era lo que venía a la mente de Roy cuando recordaba los atardeceres de otoño e invierno junto a sus hermanos, primas, tía y madre, bebiendo chocolate caliente mientras compartían uno que otro chisme en la cocina.

No era fácil definirse entre la dicha de tener recuerdos tan agradables y el remordimiento de perderlo todo a causa de sus pecados. La nostalgia suele ser un sentimiento confuso. Pero, ¿por qué estaba Roy pensando en ese tipo de cosas? Su posición como protegido de los Libertarios era algo privilegiado para los fines de quien lo envió a Los Altos, el Sir Anloucce.

El problema era guardar reposo, después de todo estaba recuperándose de las heridas que le quedaron de Los Altos y esto le daba mucho tiempo libre para pensar. Nicole no pasaba mucho tiempo con él más allá de los momentos en que revisaba el progreso de su recuperación y tampoco hablaban mucho mientras tanto.

Los días avanzaron lentamente en la cabaña, con Roy encerrado en la habitación principal. La puerta estaba a la izquierda, la cama a la derecha, de frente al enorme ventanal que reemplazaba un muro completo con acceso a un amplio balcón con vista al lago.

El espacio era grande, con hermosos muros de madera color ocre brillante y algunos cuadros que, a juicio de Roy, estaban muy bien hechos. Durante las mañanas intentaba caminar de la cama al balcón, en un intento por recuperar la movilidad de su pierna y su espalda. Durante las tardes se ocupaba leyendo lo que encontraba en la librería que estaba junto a la cama.

Novelas románticas, de fantasía, de aventuras, algunas más interesantes que otras, no las leyó todas, pero el aburrimiento motivó explorar la librería en busca de algo interesante. Ciertamente no eran el tipo de libro de Roy, la historia y la política eran cosas más interesantes, a su juicio, pero no podía negar que uno que otro drama en la librería había llenado sus expectativas.

El sentimiento de terminar una buena historia le traía más recuerdos aún, de cuando era niño y acompañaba a su hermana pequeña, que era amante de la lectura. Ambos eran muy unidos, tanto que ella, que prefería encerrarse en casa antes que salir, solía acompañarlo a caminar por el bosque que estaba cerca de su hogar.

La familia Leonhardt Velz vivía en la periferia de Villa de las Rosas, cerca de varias fincas pequeñas y un enorme bosque montañoso. Roy adoraba salir a explorar el bosque, a veces acompañado por sus hermanos y otras veces por amigos. Como el mayor de los tres hijos, era común que fuera regañado por sus travesuras.

Era ocurrente, atlético, demasiado orgulloso y muy ingenioso. En muchas ocasiones incluso fue llamado prodigio por su inteligencia y su habilidad para aprender. Solía visitar constantemente la biblioteca y, aunque de niño era bastante reservado y celoso con su círculo social, se volvió alguien muy conocido por ser un buen amigo y un gran consejero.

Cualquiera diría que alguien con tantos talentos tendría un futuro brillante, después de todo era hijo de uno de los hombres con más renombre en el ejército y una de las mujeres más respetadas en la política de ayuda social de la Gran Nación. Creció en un ambiente acomodado, con buena educación y muchas oportunidades, pero sin lujos de más.

Cualquiera pensaría que sería muy fácil ser feliz con tantas cosas buenas a su alrededor, pero, incluso desde muy pequeño, Roy sabía que había algo faltándole en su interior. Podría decirse que Roy ya conocía el vacío incluso antes de reconocerse a sí mismo.

Pero siempre estuvo resistiéndose a él y era en los momentos en que más tiempo libre tenía en los que más rápido se daba cuenta de sus carencias. Tantas cosas que no podía aceptar por su orgullo, tantas cosas que no pudo lograr por miedo a fracasar. Los ideales, la tradición, lo que debe ser porque así debe ser y la constante lucha contra los deseos y el qué dirán eran una constante.

Tantas preguntas sin respuesta, tantas horas en soledad. El miedo, el dolor, el no poder confiar en nadie más que en sí mismo era como caminar en la cuerda floja durante su adolescencia. El primer amor, las traiciones, el compromiso y la familia también chocaban constantemente

en su agenda de prioridades.

Fantástico habría sido hacer que todos fueran felices. Fantástico habría sido no darse cuenta nunca de lo podrido del mundo y lo cerca que se encontraba de esa peste. Tal vez de ser más asertivo, menos orgulloso, sus decisiones habrían guiado el camino hacia un mejor futuro.

Un futuro donde buscó ayuda, donde dijo lo que sentía, donde fue sincero. Un futuro donde se permitió amar, donde fue decidido y nunca se tragó sus malos pensamientos. Quizá fue por ser cobarde, pero Roy terminó donde terminó y poco podía hacerse al respecto.

La destrucción del Bosque Sonoro en pleno festival de teatro, la muerte de Christa, su primer encuentro con Ereshkigal y la creación de la Teoría de Lazos, los seis meses de tortura y abuso en el calabozo, el día prometido en que Serge Anloucce lo sacó de ahí, curó sus heridas y le dio un sentido a su existencia manchada.

Para cualquier Hijo de Dios que decidiera en contra de la paz en la Gran Nación de Ceres, no había otro destino que el sufrimiento eterno, un suplicio que, si no lo llevaba a la muerte, sí lo haría hacia la locura. No había esperanza para Roy, era justo recibir un castigo por sus actos.

Pero, al final, el castigo fue tomado en manos del Sir Anloucce y todo lo que engloba la existencia de Roy Leonhardt Velz, pasó a ser una propiedad más de uno de los hombres más poderosos del país. "Serás parte de mi ejército personal", "Está en tus manos averiguar lo que está sucediendo en Riazor, así que irás a echar un ojo a Los Altos", "Creo en ti, Roy", "Tus pecados no son todo lo que eres, tú eres más que tu pasado". Todas sus palabras resonaban una y otra vez entre sus pensamientos.

Era difícil, era doloroso. Pero todo lo que quedaba para Roy era la confianza de ese hombre. De pie, con cierta dificultad, frente a la librería, derramó un par de lágrimas al recordar todo lo que había perdido. "Este es mi castigo", pensó, para luego tomar aliento con todas sus fuerzas y exhalar liberando también unas cuantas chispas de color rojo de su cuerpo.

—Quiero salir a dar una vuelta —reprochó.

## **CUARENTA Y DOS**

La puerta se abrió cuando faltaba poco para que empezara a anochecer. Nicole ingresó a la habitación, vestida con una camisa de manga corta, ligeramente ajustada, y unos jeans. En una mano llevaba una maleta pequeña, el botiquín que usaba para revisar y limpiar las heridas de Roy,

y en la otra un par de libros tamaño bolsillo.

—Hola, Roy. ¿Has estado bien hoy? —saludó tibiamente, mientras dejaba todo lo que llevaba sobre el colchón para amarrarse el cabello en una cola de caballo.

Roy se encontraba sentado en su silla de ruedas, frente a la librería. Recién empezaba a leer una novela con aires de tragedia que prometía ser bastante interesante, mas no dudó en hacerla a un lado con tal de hablar con Nicole. No era que fueran grandes amigos, más bien, ella limitaba mucho su interacción con él y él tampoco había tenido muchos ánimos como para conversar en los días anteriores.

Roy tomó aliento y se preparó para afrontar a la seriedad de Nicole. Había pasado más de un mes ya y lo único que sabía era eso, que pasó más de un mes. No volvió a tener noticias de Kálíka, no tenía idea de donde estaba y, si mucho, lo más que sabía de Nicole era su nombre y que estaba encargada de sus cuidados.

—Oye, Nicole —habló, mientras la veía preparar sus insumos—. ¿No sientes que los días están pasando muy lento?

—¿Te sientes así? Puedo traerte más libros si estás aburrido —respondió, sin inmutarse.

—Creo que me serviría más salir.

—Puedes hacerlo, ahí tienes el balcón.

—Y lo he hecho. Pero también noté que hay muchos puentes de madera y piedra en los alrededores de esta cabaña, en medio del lago. Quiero ir a explorarlos.

—¿Explorarlos?

—Sí, ¿podrías acompañarme a explorar los puentes?

Roy puso bastante empeño en su petición, al punto de suavizar la voz y hacer gestos que lo hacían ver más infantil de lo que era. Nicole levantó la mirada, con desconfianza, y suspiró.

—Lo siento. Afuera está haciendo mucho frío.

—¿No puedo solo ponerme un suéter?

—No se trata de eso. Los puentes son muy antiguos y algunos tienen plataformas empedradas. Si te llevo por ahí en silla de ruedas, es

probable que termines lastimándote más la espalda.

—Oh —lamentó, ladeando la cabeza hacia su izquierda con algo de dramatismo en su expresión. Nicole lo vio de reojo y suspiró.

—Te he notado más inquieto los últimos días, ¿estás sintiéndote mejor?

—No diría que me siento mejor, pero empiezo a aburrirme de estar encerrado aquí.

—Bueno, según mis registros has mejorado bastante rápido. Es de esperarse de alguien con Sangre Real.

—Sangre Real, ¿eh?

—Tranquilo, no tienes que ocultarlo.

—Supongo que los Libertarios tienen una opinión diferente sobre nosotros.

—Así es, la señorita Kálíka, por ejemplo, es venerada casi como si fuera un enviado del cielo.

—¿En serio? ¿Por tener Sangre de Dios?

—Sí, al parecer uno de los objetivos Libertarios es liberar también a la Sangre Real.

—Hm, entonces el nombre no está porque sí.

—No —sonrió levemente, aun arreglando las cosas en el botiquín—, la Liberación es un movimiento que busca rebelarse contra la utópica paz que nos vende la Gran Nación. Los que creemos en este movimiento, creemos que podemos encargarnos de nuestros propios problemas, en lugar de dejarnos emancipar por la ilusión de que todo será solucionado por la Corte Real.

—Oh, si me lo vendes de esa forma, hasta me parece interesante.

—Es porque es un movimiento interesante. Al final, todos fuimos adoctrinados para confiar basados en hechos exagerados, como en cualquier tipo de política. Pero si tú deseas ascender, es un camino difícil.

—Oye, Nicole.

—¿Sí?

—¿Cómo fue que tú llegaste a unirte a los Libertarios entonces?

—Bueno, mi padre era parte del movimiento. Era militar y fue asesinado por sus ideas. Lo lamentable de su muerte es que, cuando lo masacraron a balazos, también murieron mi hermana y mi madre. Yo sobreviví gracias a que esa noche me quedé a dormir en casa de una amiga.

—Oh, vaya. Eso es... muy fuerte.

—Sí, lo es —tomó sus guantes y se los puso. Tomó también el botiquín y se acercó a donde estaba Roy, se hincó entre la librería y el colchón y descubrió la rodilla derecha de su paciente, para limpiar la herida de arpón que le quedó de la noche de Los Altos—. Pero lo superas con el tiempo.

—¿Hace cuánto tiempo sucedió?

—Unos diez años, tal vez más. —Siguió limpiando la herida, no parecía que a Roy le incomodara—. La verdad es que no pienso mucho en eso.

—Sí, te noto bastante tranquila al hablar de eso.

—Bueno, es la mejor forma de tratar una pérdida así. Luego de lo sucedido empecé a estudiar medicina, no pude terminar la carrera porque mis abuelos me sostenían, así que empecé a buscar otras formas de conseguir dinero. Finalmente me dieron la oportunidad de servir como enfermera en el ejército como un apoyo en la memoria de mi padre, ahí fue cuando empecé a conocer mejor el movimiento de los Libertarios. Participé en la conspiración y, aunque no pude ver la toma de la Ciudad de Riazor, sí estuve al tanto de lo que sucedía. Así como estuve al tanto de lo que sucedió en Los Altos.

—Los Altos, ¿eh? Sí que di un gran show ahí.

—Si soy honesta, no se esperaba que la ciudad terminara como terminó. El plan era tomarla y hacerla un punto estratégico, pero apareciste tú y volviste polvo la mayor parte de lo que había ahí.

—No era mi intención hacer algo así.

—Para empezar, ¿por qué estabas ahí? Solo había una familia con Sangre Real en Los Altos, pero sus habilidades están a años de ser tan destructivas como las tuyas. ¿Qué estabas haciendo en Los Altos?

—Yo... fui para despejar la mente —mintió.

—¿Despejar la mente?

—Bueno, ahora que lo pienso, parece que solo quería una pausa, olvidar mis problemas por un momento.

—Así que fue por eso. ¿En qué estabas metido?

—Estoy... estoy de luto.

—Oh, lo lamento mucho. —Se quedó quieta.

—No, está bien. Mi madre murió dos años atrás, mi familia aún está resentida por los remanentes. Así que...

—Así que eso fue. Lo lamento mucho, Roy. —Se escuchó nerviosa, quizá conmovida—. Oye, ¿tú en serio quieres unirse a los Libertarios? Tu familia aún está por ahí, incluso si destruiste Los Altos, ellos podrían ayudarte.

—Eso no pasará —engrosó la voz—. El orgullo del Clan Leonhardt es muy grande. Incluso el mío es así de grande. Si volviera, aun si aceptan protegerme, creo que terminaría entregándome.

—¿En serio? ¿Por qué?

—Ah, no pongas atención a eso. Hay momentos en los que ni yo sé qué digo. —Retrocedió, su vergüenza era medianamente notoria—. Pero, ya decidí, quiero aprender más sobre la Liberación y sobre las razones que hacen avanzar el movimiento. Puedes enseñarme más, ¿verdad, Nicole?

Nicole, que seguía quieta, dudó por un momento. Sin embargo, decidió levantar la mirada para encontrar una expresión complicada en el rostro de Roy. Quizá miedo o incertidumbre era lo que más resaltaba en él en ese momento, pero también había decisión en sus ojos, esos brillantes ojos dorados que, aunque sea un poco, llamaban su atención y le invitaban a confiar en él. No lo pensó, solo dio su respuesta.

—Sí, te enseñaré.

## Capítulo 16

### ESTACIÓN DE AUTOBÚS

#### CUARENTA Y TRES

Conforme Roy fue creciendo, el discurso sobre la responsabilidad de sus actos fue convirtiéndose en una constante más y más insistente y repetitiva. Después de todo, el camino hacia la adultez está lleno de decisiones que son cada vez más determinantes.

La insistencia de su padre no era para menos, llegados a cierto punto, para Roy, la adultez se veía como un mar de arrepentimientos. Ahora que puedo verlo en retrospectiva, pienso que es más una cuestión de consciencia. Un niño puede decidir y generar una tragedia, quizá un milagro, más no es capaz de medir fríamente los resultados de sus acciones.

Quizá ser capaz de ver más allá de tu propia nariz sea también un factor muy determinante. Después de todo, hay adultos tomando decisiones estúpidas en cada esquina. Algunos sin pensar mucho en las consecuencias y otros ignorándolas completamente.

Pero, las decisiones más grandes y las mayores repercusiones no son exclusivas de la adultez. Cualquiera, en cualquier edad, podría condenar al mundo a la destrucción si cuenta con el poder para hacerlo. El poder, en su etimología más simple, se determina por el impacto de las consecuencias que genera el actuar de una persona.

Es cierto, la vida está llena de errores y aciertos, pero lo realmente determinante son las consecuencias de estos. No es necesario un capricho de un rey para cambiarle la vida a alguien. Incluso los personajes más discretos generan cambios gigantes, demoledores. Las influencias más grandes no se reducen a los más favorecidos.

La realidad se extiende más allá de donde apuntan los reflectores y, a estas alturas, Roy era un personaje que salió del público y saltó hacia el escenario. Una entrada tan sorprendente como la del incendio del Bosque Sonoro no podía suceder solo porque sí. Había todo tipo de cosas detrás. Y, en este punto, hay muchas más por delante.

## **CUARENTA Y CUATRO**

Janeth nació a pocos días de iniciar el invierno, un 15 de diciembre de 1896. Era común entonces que sus cumpleaños fueran meramente familiares y bastante modestos. Durante su infancia nunca supo lo que era vivir una fiesta de verdad, una llena de amigos y familiares donde el reflector solo apuntara a ella.

Durante sus primeros años de escuela adjudicó la poca relevancia de sus cumpleaños a que la fecha coincidía con el receso escolar de diciembre. Envidiaba a aquellos que organizaban grandes fiestas en sus casas o que invitaban a un pedazo de pastel durante los recesos escolares. Sin embargo, pronto sabría que, aunque se esmerara por organizar una fiesta vistosa y divertida, era poco probable que sus compañeros de clase decidieran asistir.

Después de todo, ¿quién querría ir a la fiesta de la impopular chica flacucha, de dientes torcidos y anteojos de diseño lamentable? Buena parte de su inseguridad y timidez se cimentaba en gran medida en estos detalles y las burlas que solía recibir a causa de ellos. No era una chica invisible. ¿Habría sido mejor ser una chica invisible?

Es imposible de saber. El acoso le hizo cambiar de escuela al finalizar el penúltimo año de primaria. Los abusadores terminaron olvidándose de ella tal como de una piedra en el camino. Pero Janeth nunca olvidó sus burlas, sus insultos. La voluntad, en ocasiones, resulta más grande que el miedo y termina motivando cambios enormes.

En la nueva escuela conoció a personas más amables, amigos de verdad que no tardaron en hacerla sentir querida por primera vez desde que inició sus estudios. La pubertad la alcanzó bastante rápido. Su figura delgada maduró con ayuda de ejercicio y buena alimentación. Sus dientes torcidos requirieron el uso de aparatos dentales durante un par de años. Cambio el estilo de sus anteojos, aprovechando que los anteriores eran bastante antiguos y también aprendió bastante de maquillaje y accesorios.

Puede sonar prematuro, pero para cuando Janeth cumplió 14 años, ya era alguien con una imagen completamente diferente. No quedaba rastro de la patética niña de primaria por ningún lado. Para cuando cumplió 15, era una de las chicas más hermosas del Colegio Real de Villa de las Rosas.

Fue por este tiempo, en la cúspide de su metamorfosis, que conoció a su primer amor y, también, a su amado Poeta. El primero fue durante su primer año de secundaria y fue doloroso hasta el punto en que creyó nunca olvidarlo. El segundo apareció ni bien se marchó el primero, un caluroso día de agosto durante la presentación de una obra teatral, donde

fue galardonado por su habilidad como escritor y guionista de la misma.

Él estaba muy cerca de una de las puertas laterales, en el centro del público. Ella estaba sola y había un lugar disponible justo detrás de él. Fue un amigo en común quien le pidió a él mostrarle sus poemas a Janeth. Eran cerca de cuarenta y siete escritos, archivados en un cuaderno delgado de tamaño media carta con cubierta verde menta.

Su letra era muy bonita, redondeada y bien espaciada, ni demasiado grande ni muy pequeña. Sus rimas eran un poco raras, pero abordaban tragedias amorosas y otras un poco más oscuras. Era una escritura bastante directa, un poco exagerada, tal vez dramática. Una escritura que era preocupante para algunos profesores, cuya oscuridad tocó el corazón roto de Janeth.

Ese día, él se fue a casa sin siquiera saber su nombre. Tal vez por los nervios de ver su obra ser presentada ante todo el colegio, no pudo prestarle mucha atención. Pero ella, en el momento en que él subió al escenario y agradeció, supo que había alguien con quien podría llegar a entenderse.

## **CUARENTA Y CINCO**

Las peleas en casa se hicieron cada vez más recurrentes. El tradicionalismo de la madre de Janeth chocaba cada vez más con su rebeldía. Su vestuario, sus horarios, modales e incluso la forma en que hablaba, todo le era criticado y condenado. Después de todo, que fuera una chica tan "llamativa" físicamente no se acoplaba al pensamiento familiar de "mujer ideal recatada".

La fama no siempre es algo favorable. El cambio tan radical en su imagen generaba envidia y chismes entre las vecinas y algunas compañeras de clase, así como motivaba una locura casi religiosa entre los hombres que llegaban a gustar de ella. No hay resultados perfectos, después de todo. Y aunque su desempeño escolar tampoco era el mejor, había conseguido acoplarse a un grupo de chicas bastante unido, aunque un poco exagerado en sus bromas.

Villa de las Rosas no era una ciudad tan grande en ese entonces. Una niña podía caminar tranquilamente por el centro de la ciudad sin temer a nada. Pero Janeth vivía en La Periferia, así que tenía que tomar el autobús para llegar al colegio. Desde el día que conoció al poeta, había pasado un par de meses. La cicatriz que resultó de su primera frustración amorosa recién cumplía cuatro.

En todo ese tiempo, no volvió a ver a ninguno. O al menos así fue hasta el día en que, bajando del autobús, de regreso a casa; se encontró con el chico del cuaderno verde en la estación. La sorpresa fue grande, ¿qué hacía él en un lugar tan alejado del colegio? ¿Acaso su hogar estaba en La Periferia también? Janeth sonrió sin darse cuenta y él dudó un poco al verla, quizá no podía reconocerla del todo.

En tiempos pasados, se le llamaba periferia a todo aquel lugar en los alrededores de Villa de las Rosas. Con el paso del tiempo, el área más suroccidental en los alrededores de la ciudad empezó a ganar importancia gracias a la llegada de emprendedores ganaderos que se instalaron ahí para empezar a desarrollar sus negocios.

El área era bastante rural, casi parecía un pueblo pequeño. Las calles eran de dos carriles separados un arriate central con árboles sembrados en él. Las banquetas estaban separadas de la calle por jardines con algunas flores y grandes árboles. Las casas de los alrededores eran bastante rústicas y sin chiste, incluso las de las fincas carecían de mucho estilo.

Janeth vivía en ese lugar desde que tenía memoria, después de todo, su padre pensó a futuro y compró un buen espacio de terreno para cultivar en los tiempos en que las tierras eran baratas. En aquel entonces el área suroccidental era conocida como "Comunidad de Brasilia", pero su importancia económica pronto la haría ser reconocida como "La Periferia".

Con los años, las planicies bordeadas de boscosos cerros se empezaron a llenar de casas. La de Janeth era una de las más bonitas, sin dejar de ser modesta. Sin embargo, el punto en que La Periferia empezó a hacerse más popular no vino por el poderío económico que nacía en sus tierras, sino por la llegada de una de las ramas de un importante clan de terratenientes del norte de la Gran Nación.

Pero, por más que se supiera que había gente tan importante viviendo en la vecindad, lo cierto era que nadie podía decir con que conocía a alguno de ellos. Era una familia bastante discreta cuyo hogar se ubicaba en la zona residencial más alejada, en lo alto de los cerros, entre el bosque.

Las diferencias sociales en La Periferia eran muy reducidas, casi nadie pasaba hambre o pena. Pero, si el área se mantuvo estable durante mucho tiempo, en buena parte fue gracias a la presencia de la misteriosa familia antes mencionada. El estatus de tener a un Clan de "Nueva Sangre Real" en el vecindario trajo muchas ventajas y favores de parte de la Municipalidad de Villa de las Rosas.

El hecho de que fuera estudiante del Colegio Real hacía creíble la idea del poeta como un vecino más de La Periferia. Era un lugar seguro y tranquilo, muy bien conservado, con servicios de calidad y alta plusvalía. Una familia capaz de pagar la matrícula en el Colegio Real seguro era

capaz de establecerse ahí.

Fuera como fuera, él parecía confundido, como si se esforzara por reconocerla. Janeth, por su parte, volvió en sí y se avergonzó de haber sonreído con tanta confianza a alguien que luchaba por recordarla. Bajo la sombra de las láminas oscuras que cubrían la estación del autobús, quedaron en silencio durante unos segundos.

—¡Oh! ¡Eres la amiga de Mau! —Resolvió el poeta, refiriéndose al amigo que los presentó con una sonrisa encantadora que suavizó el ambiente.

—Eh, sí —asintió ella.

Por alguna razón, la calidez en esa sonrisa hizo que sus ansias se calmaran. Aun siendo tan popular en ese entonces, Janeth seguía temiendo ser ignorada. Pero él la recordó e impregnó una extraña calma en su corazón con su sonrisa. “¿Cómo no noté esto antes?”, se preguntó, luego de ver detenidamente su imagen.

Su cabello era muy liso, de un color castaño bastante cercano al cobre, y lo mantenía un poco largo peinado sobre su ojo derecho. Su piel albaricoque resaltaba la blancura de su perfecta y gran dentadura, la cual ocupó toda su atención en ese momento. No era mucho más alto que ella, pero su figura delgada lo hacía ver como alguien amistoso.

Debido a las prisas de esa mañana, Janeth apenas tuvo tiempo de arreglar su cabello, así que solo lo ató en un nudo tipo “chongo” sobre su cabeza. Como era una temporada fría, desistió de las delgadas calcetas altas para ocupar un par de medias más gruesas, tenía que usar la falda cuadriculada en tonos grises, blancos y negros, solicitada como parte del uniforme escolar después de todo.

La única diferencia entre el vestuario de los niños y de las niñas, era justamente esa falda, ya que los alumnos del Colegio Real de Villa de las Rosas solían usar pantalones de tela formal de color gris. Ambos llevaban sudaderos por debajo de la delgada chaqueta azul marino con el escudo del colegio sobre el pecho izquierdo, el otoño requería implementos extra para mantenerse cálido.

Era muy común, de parte de Janeth, que “escaneara” la imagen de las personas en cuanto las tenía enfrente, era casi una acción involuntaria, una distracción que la alejaba del transcurrir de los acontecimientos. “¡Oye, no hay tiempo para esto!”, recordó. Giró la mirada hacia lo que estaba detrás del poeta, la tienda de conveniencia y tuvo una idea para alargar el encuentro.

—Ya que nos encontramos, ¿quieres acompañarme a comer un helado?

—¿Un... helado? —ladeó la cabeza, con duda.

—¡Ic! —volvió en sí, ¿no era un helado algo un poco... inadecuado? Es otoño, hace frío. ¿Cuán estúpida podía ser al pensar en que un helado era buena idea? Sin embargo, él guardó silencio un momento, parecía considerarlo.

—Bueno, no me caería mal un helado de vainilla ahora mismo —aceptó.

—¿Eh? ¿En serio?

—Sí, mi hermano y yo disfrutamos bastante comer helado en esta temporada.

—Eso es... un poco... inesperado —se notó incrédula.

—Y eso que fuiste tú quien lo sugirió —reprochó con amistosa burla. Sus reacciones, para Janeth, eran algo adorable—. Ah, por cierto, ¿podrías resolverme una duda existencial primero?

—Eh, sí. ¿Qué es?

—Lo siento, pero no recuerdo tu nombre.

—Oh, es cierto. Tampoco tuve tiempo de decírtelo —río—. Es "Janeth".

—Janeth, ¿eh? Es un placer. Aunque lamento mucho que me conocieras en un momento tan estresante. Estaba muy nervioso el día de la obra.

—No, está bien. Fue una buena obra y tus poemas me gustaron mucho también.

—Oh, ¿en serio? ¿Qué te parecieron?

—¿La obra o los poemas?

—Ambos.

—Bueno, la obra estaba muy bien desarrollada. Y tus poemas... tus poemas en serio me gustaron mucho.

—Eso es lindo de escuchar. Me alegro mucho de que te gustaran —sonrió—. Ah, por cierto... ¿no te dije mi nombre?

—No es necesario. Usted es famoso, después de todo, señor poeta.

—Yo no usaría la palabra “famoso” —pareció avergonzarse un poco.

—Pues yo sí creo que lo eres, los profesores de arte y literatura se desviven hablando del “As escritor” del colegio. Tendría que ser muy distraída para no conocerte, Roy Leonhardt.

## Capítulo 17

### OJOS CERRADOS

#### CUARENTA Y SEIS

Luego de su encuentro en la estación de autobús, se hizo más fácil para Janeth distinguir al poeta entre multitud de estudiantes durante los recesos en el colegio. En contraste, él no parecía querer ir más allá de saludarla si la encontraba en los pasillos.

Janeth quería ser su amiga, pero no sabía del todo cómo acercarse a él. De cierto modo, el hecho de que fuera tan bonita hacía fácil entablar algunas relaciones al ser el lado externo el que mostraba interés. Pero en este caso, correspondía a la persona menos experta socialmente intentar acercarse.

Quedaban pocos días para el inicio de las vacaciones de diciembre y, aunque solo había pasado una semana desde su segundo encuentro, Janeth empezó a resignarse respecto al poeta. No era como si su interés fuera algo tan grande tampoco. Si era sincera consigo misma, le preocupaba más levantar sus notas o mantenerse como miembro constante y necesario de su grupo de amigas. Además, la sombra de su primer amor aun la seguía y se tornaba más o menos molesta según su humor durante el día.

Sí, había mucho en qué pensar. ¿Qué importa si el poeta no está interesado en ella? Ella también tenía sus asuntos después de todo. Había trabajado demasiado duro para volverse una persona necesaria, una persona querida por los demás. Que alguien tan conocido no le prestara la suficiente atención no debía afectarla.

Pero, por momentos sus traumas emergían y la sacudían hasta el punto en que un mínimo estímulo la hacía perder la noción de sí misma. La chica linda y su perfecto físico contrastaban en gran medida con la ineficiencia social que le generaban estos lapsos. ¿Alguien insignificante habría tenido el mismo impacto? No, probablemente no.

El poeta era una persona con un estatus peculiar. No se relacionaba con la gente más extrovertida. No se le veía riendo escandalosamente para llamar la atención y verse bien. No era bueno en deportes populares y

tampoco parecía estar interesado en ellos.

Más bien, su popularidad se cimentaba en la rareza de su arte, ya que eran escasos los alumnos considerados artistas destacables en el Colegio Real de Villa de las Rosas. Quizá el poeta era el segundo o tercero más conocido y más admirado, solo superado por un chico músico que parecía ser amigo cercano suyo.

Al final, el último día de clases llegó y Janeth no pudo hacer más que observar al poeta mientras conversaba con diversos amigos durante los últimos recesos antes de iniciar el descanso. Una vez terminados los compromisos estudiantiles, tomó el autobús y se dirigió a casa.

## **CUARENTA Y SIETE**

—Oh, eres tú.

Una voz conocida interrumpió los pensamientos divagantes de Janeth, que había tomado uno de los asientos más adelantados del autobús. Ni bien lo reconoció, quitó la mirada de lo que había al otro lado de la ventana y la dirigió hacia la persona que saludaba.

—Po... ¿poeta?

La suerte se hizo presente, esta vez en un escenario fácil de manejar, ya que la ruta de autobús que se dirigía a La Periferia era poco frecuentada y obligaba a los conductores a parar por largos ratos en espera de ajustar la cantidad de pasajeros rentable para continuar su trayecto.

En total la ruta tenía siete paradas y la espera más larga era justamente en la quinta. El poeta subió en la tercera, cuando no había mucho más en el bus que un par de señoras, el conductor y Janeth, que se sentó en la primera banca zurda, del lado de la ventana.

—¿Puedo sentarme? —preguntó amable el poeta. Parecía estar de buen humor.

—Ah, sí, sí. ¿Vas a casa?

—Sí —tomó asiento—, había planeado salir con algunos amigos, pero al final no lograron organizarse.

—Es una lástima. ¿A dónde pensaban ir?

—Bueno...

La última vez que se vieron, la conversación fue corta debido a las prisas del poeta, que se retiró a casa ni bien se terminó el helado. No tuvieron tiempo de hablar de más que el colegio. Esta vez, en cambio, las circunstancias favorecían una charla más larga que fluyó naturalmente.

Era muy fácil hablar con él y los temas que tocaba eran bastante peculiares e interesantes también. Si se trataba de sus amigas, las conversaciones siempre terminaban en chismes o comentarios sobre el capítulo semanal del drama de moda. Cosas tan casuales no parecían ser el tipo de plática de Roy.

Más bien, rompió el silencio contando la anécdota sobre cómo fue perseguido una vez por perro cuando paseaba en bicicleta. Al parecer amaba salir a pasear en bicicleta, se notó en la forma en que habló de ello. Mencionó también que estaba aprendiendo a tocar la guitarra, que le gustaban mucho los animales, e incluso contó otro par de historias sobre sus perros.

Sus historias eran muy interesantes, seguro era una persona muy aventurera como para tener tantas anécdotas. A ojos de Janeth, era infinitamente interesante hasta el punto en que habría querido estar con él cuando todos esos acontecimientos sucedieron. Seguro habría sido divertido tener un amigo como él en su infancia en lugar de estar encerrada con miedo al qué dirán.

La ruta siguió su camino, pronto tendrían que bajar y separarse. Con mes y medio sin colegio, ¿qué podía hacer para conversar más con él? Quería escuchar más de sus historias y también contarle más sobre ella. ¿Cómo podrían hacerse amigos si no podía verlo? Quedaba poco para la parada, tenía que arriesgarse.

—Hey, poeta. ¿Quieres venir a visitarme? —Tomó la iniciativa. Su rostro se tornó tan rojo en ese momento, que volteó la mirada hacia la ventana en un intento de que su vergüenza no fuera notada.

—Claro, está bien —respondió sin dudar.

Janeth regresó la mirada, esta vez con más sorpresa que vergüenza. Por alguna razón pensó que podía ser rechazada, pero él aceptó sin pensarlo mucho. No podría ser esa misma tarde, Janeth tenía compromisos con su padre, así que quedaron para verse en un par de días.

Ella explicó a grandes rasgos las referencias y él estableció la hora. El poeta no llegó la primera vez, pero se reivindicó una semana después en la que sería su primera visita. En ese momento tan inocente era difícil pensar en lo lejos que llegaron las cosas solo por leer un par de poemas

en medio de la presentación de una obra teatral.

## **CUARENTA Y OCHO**

Para muchos es lógico pensar en que los viejos suelen ser más sabios, quizá como una analogía que explica que la experiencia es un requisito indispensable para complicarse menos la vida con el pasar de los años. Mas no se trata de una ley universal. Después de todo hay muchos mayores actuando como niños pequeños y niños pequeños que sorprenden por la madurez de sus palabras.

Sin embargo, sí es cierto que la experiencia amplía la percepción, y esta última determina muchas cosas. Quizá porque Janeth tenía una percepción muy idealizada sobre la amistad y la interacción, no fue capaz de ver lo que estaba pasando frente a sus ojos con el poeta.

Para ella, acercarse a él no significaba más que el deseo de ser amiga de alguien interesante. No sabía hasta donde medir sus palabras, sus acciones, sus miedos. No sabía bien cómo interpretar sus intenciones, sus expresiones y sus escritos. Había muchas cosas que estaba ignorando, pero tampoco sabía bien si lo hacía por mera inocencia o era consciente de todo.

Aceptaba gustosa sus visitas en fines de semana y también cuando se ofrecía a acompañarla a casa. Era la primera en leer sus escritos más recientes y también solían comer juntos durante los recesos entre clases. Sus compañeros incluso empezaban a murmurar y a preguntar, siempre respondió diciendo que no era más que una amistad muy cercana.

Ella empezó a ser más reconocida por su habilidad para la decoración y él constantemente le ayudaba a poner adornos en las aulas. No había segundas intenciones, no había discursos con doble sentido, no había forma de sospechar. La percepción puede ser tan amplia como reducida.

Los amigos del poeta se acercaron un día con un plan maravilloso, una sorpresa de cumpleaños para él, su cumpleaños catorce. Si Janeth era popular por su habilidad para la decoración, era lógico que la buscaran, ¿no? Más considerando lo cercana que era a él.

Así que preparó un cartel enorme, globos y listones de papel de muchos colores. Fue a su casa ese fin de semana, él no estaba, conoció a su madre y adornó el living con ayuda de los amigos del poeta. Desde su punto de vista, la sorpresa no era más que un agradecimiento por pasar tanto tiempo con ella, por contarle sus historias y escucharla desahogarse

sobre las riñas con su madre.

Sí, el poeta sabía ya sobre los problemas en su casa. Había tomado un papel importante, un papel de confidente, de apoyo, de consejero y de consuelo. Pero tampoco era algo tan raro que Janeth hablara de sus problemas. Solía hacerlo con cualquiera entre sus amigos más cercanos después de todo.

Él llegó a casa y caminó en círculos un par de veces al ver las decoraciones, incrédulo de lo que tenía enfrente. En la memoria de Janeth quedó la satisfacción de ver su sonrisa brillar al máximo, más porque sabía que una de las razones eran las decoraciones que había hecho para la ocasión.

Llegó el resto de su familia, cenaron todos juntos y rieron mucho. Se hizo tarde y los invitados empezaron a irse. Janeth aceptó que el poeta la acompañara a casa, pero él se ofreció a mostrarle un lugar especial como agradecimiento por participar en la sorpresa. Ella aceptó y ambos se desviaron hacia la parte más alta de La Periferia.

Cabe resaltar que Janeth nunca se había acercado en lo más mínimo a la parte más pudiente y refinada de la Periferia. Siempre siguió los consejos de su madre de no alejarse mucho de casa. Conforme subieron la pendiente, las finas casas empezaron a hacerse más escasas y el bosque se mostraba cada vez más espeso.

La pendiente se hizo más suave conforme fueron llegando a la cima de la pequeña montaña. Cada vez era más difícil para ella seguirle el paso al poeta, quien notó rápidamente su fatiga y regreso para levantarla en su espalda. Le contó sobre la primera vez que estuvo en ese lugar, cuando escapó de casa tras una discusión con su madre.

Esa fue la primera vez que él habló sobre problemas personales y Janeth puso tanta atención a su historia que no notó en qué momento la calle se convirtió en un simple camino de tierra que se perdía fácilmente entre los árboles, que se encontraban bastante cerca unos de otros.

A su derecha, sin embargo, apareció algo que distrajo su atención de las palabras del poeta. Eran muchas luces, tantas como para compararlas con el cielo nocturno despejado. Mas no brillaban en lo alto, sino por debajo de ellos. Eran las luces de la ciudad, las luces de Villa de las Rosas.

—¿Sabes? —llamó el poeta, cambiando el tema—. Una vez leí en un libro que la primera ciudad que hubo en la Gran Nación solía ser popular por cómo se veía desde las montañas que la rodeaban.

—¿Ah, sí?

—Sí, en ese entonces era de las pocas ciudades que podías distinguir entre la oscuridad de la noche. Fueron nuestros ancestros los primeros en usar alumbrado después de todo aunque solo se trataba de candiles con veladoras dentro.

—Es cierto, recuerdo que mencionaban bastante eso en clase de Historia.

—Sí, se dice que mucha gente venía de muy lejos solo por ver las luces de la ciudad. Me gustaría poder ver cómo era en ese entonces.

—Bueno, seguro podrás visitarla igual en estos tiempos. Casi todas las ciudades importantes de la Gran Nación siguen ahí después de todo.

—Eh, creo que no sería problema si se tratara de Capital o Los Altos, pero el lugar al que me refiero ya no existe.

—¿Ah, no?

—No, fue destruida en tiempos de guerra. La misma guerra que llevó a los Trece Clanes a hacer el pacto con Dios.

—Oh, sí. Recuerdo que eso también lo mencionaron en clase. Pero, espera, ¿no se supone que esa guerra fue anterior a la energía eléctrica?

—Dije que tenía alumbrado, no que fuera con energía eléctrica —río.

—Ah, ¿en serio?

—No me pusiste atención, ¿verdad?

—No, no es eso. Es solo que la vista...

—Es hermosa, ¿no? —Detuvo el paso y la dejó bajar. Él siguió su camino, esperando a que ella lo siguiera—. Aún falta un poco.

—¿Te confieso algo, poeta?

—Dime.

—Nunca pasó por mi mente que pudiera verse toda Villa de las Rosas desde un lugar tan cercano a mi casa.

—Bueno, tampoco a mí cuando vine la primera vez. Luego de descubrir este lugar, empecé a venir más seguido.

—¿No te daba miedo?

—¿Miedo? ¿Por qué?

—Bueno, mis vecinos dicen que hay un demonio de fuego rondando por aquí. Una vez una señora me contó que un hombre se suicidó al quemar su casa luego de la muerte de su madre y que su casa estaba en lo más alto de esta montaña. Así que su fantasma aún ronda por estos lugares en forma de un hombre de fuego que asusta a los niños que vienen por aquí a jugar.

Janeth contó la historia de forma burda y resumida, esperando a que el poeta soltara la carcajada en cualquier momento. Él, por su parte, solo detuvo el paso y guardó silencio. No parecía del tipo miedoso, pero Janeth dudó por un segundo de eso al verlo detenerse de forma tan inusual.

—¿Sabes? —habló—. Muchas veces, cuando vine a este lugar, solía jugar a que escapaba de la guerra, tal como lo hicieron los Trece Clanes. Me gustaba pensar en que un día de esos podría encontrarme con Dios y él me otorgaría alguna clase de favor especial. La verdad es que suelo tener muchas discusiones con mi madre, así que esperaba que en algún momento Dios apareciera con alguna solución mágica o algo así.

—Así que tú también...

—Nunca lo encontré —interrumpió—. Pero creo que Dios sí me escuchó.

—¿Ah, sí? ¿Cómo lo sabes?

—Bueno, te conocí. Escuchaste mis historias y reíste con mis chistes. Eres amable, pones atención a lo que escribo y no lo criticas. Me siento bien cuando estoy contigo.

Roy se giró y, por alguna razón, la sonrisa que mostró fue la más hermosa que Janeth le había visto. Se sintió conmovida, saber que el poeta la tenía en tan alta estima le llenaba el corazón, al menos en ese momento.

—Quiero esa sonrisa —susurró, sin siquiera pensar en lo que acababa de decir.

—Te regalo esta y todas mis sonrisas entonces —devolvió él.

La emoción se expandió aún más en Janeth. De cierto modo, desvelarse haciendo el cartel y las decoraciones había valido la pena. Quizá era esa la primera vez que evitó pensar mucho lo que estaba a punto de hacer. Lo abrazó y pronunció por primera vez las palabras que terminaron de

condenarlo todo.

—Te quiero, poeta.

Se separó de él y lo vio sorprendido, quizá un poco nervioso, como si dudara de qué decir o hacer en ese momento. Janeth saltó en su interior, ¿en serio el poeta estaba así por ella? ¡Esto era imposible de creer!

—Janeth —habló—. Creo que tienes algo en el ojo.

—¿Eh? —¿Qué clase de reacción era esa? Mató completamente el ambiente.

—Sí, déjame quitártelo. Cierra los ojos.

—Eh, está bien.

Janeth asintió y levantó la cabeza para hacerle más fácil la tarea. Era tal su confianza en él, que lo único que pudo esperar de este asunto era sentir sus dedos sobre su parpado. Eso nunca sucedió. Por el contrario, la tímida calidez se manifestó en sus labios.

Abrió los ojos de golpe, él alejó su rostro del de ella. ¿En serio el poeta acababa de robarle un beso? Pero antes de que pudiera decir algo, se hizo la luz. Del suelo y rodeando a ambos, emergió un colorido y cálido remolino. No había duda, era fuego. ¿De dónde demonios salió?

Lo más común, quizá, habría sido alarmarse. No es normal que un incendio se arremoline de esa forma. ¿Era acaso el fantasma de fuego del que había escuchado tantas veces? Si era así, ¿por qué estaba tan tranquila? ¿Acaso era la belleza del colorido espectáculo lo que la detenía de alarmarse? El poeta habló.

—¿Podría quedarse esto como un secreto entre tú y yo?

Todo estaba dicho. Ella saltó a abrazarlo, las llamas se desvanecieron.

## Capítulo 18

### **PUNTO DE PARTIDA**

### **CUARENTA Y NUEVE**

El poeta murió. Su nombre fue el último publicado en la lista de víctimas del incendio en el Bosque Sonoro. Lo único que se sabe respecto a la causa fue que las conexiones eléctricas fallaron, encendieron material inflamable y consumieron el bosque y a las personas que se encontraban ahí disfrutando de un festival de teatro.

Para cuando Janeth llegó a Capital, meses antes, se encontró con que él ya había cambiado demasiado. Se veía apagado, cansado. Actuaba con frialdad y lógica. A veces era cruel y parecía disfrutar hablar de los temas poco digeribles que antes evitaba a toda costa. ¿Qué sucedió con el chico amable y sonriente?

Janeth se lo preguntó, tal como había hecho veces anteriores, cuando despertó en plena madrugada. Desde lo sucedido en el Hospital Central había pasado más de un mes. Fue dada de alta, fue reubicada para trabajar en otro hospital. El asunto se manejó con total discreción por parte de las autoridades y la población confió en ellos a pesar de la ansiedad que crecía poco a poco.

No volvió a saber de los hermanos Kirchoff Astrea. Tampoco fue capaz de recordar claramente lo sucedido esa noche, ninguna víctima o testigo pudo contar algo al respecto de cualquier manera. Lo único claro era que había burlado a la muerte por segunda vez con un poco más que rasguños.

Pero, ¿hasta dónde llegaría con esa extraña suerte? Más que sentirse bendecida, el hecho de sobrevivir le pesaba en la consciencia. ¿Por qué? Tal parece que era una cuestión de merecimientos. Una mujer como ella no merecía llegar tan lejos. Seguro había muchas otras personas que merecían vivir y murieron.

El poeta es un ejemplo. Para empezar, Janeth y Roy no debían reencontrarse. Janeth no tenía que ir a Capital, no tenía que trabajar en el Hospital Central y tampoco tenía que tomar el caso de Christa —Aya—, si al final no era más que una aficionada a quien las otras terapeutas

decidieron enseñar mientras completaba sus estudios.

No, Janeth tenía que morir en marzo de 1915. Pero fue justamente por esas fechas que murió el poeta. ¿Por qué ella seguía sobreviviendo mientras personas con más potencial morían? Janeth no quería morir, pero estaba convencida que lo merecía más que otras personas. Después de todo, ¿quién quiere a una mujer tan sucia como ella? ¿Quién quiere a una mujer mentirosa y desinteresada?

Se levantó y, sin siquiera encender la luz, tomó todo lo que podría parecerle útil y lo metió en un maletín deportivo que no era muy grande. Las cosas más personales las guardó en una mochila. Se quitó de encima la ropa de cama y empezó a prepararse.

Botas de suela gruesa, zapatos deportivos, jeans, calcetas, blusas poco llamativas, playeras, una chaqueta y dos sudaderos, identificación, dinero, implementos personales, era todo lo que llevaba. Salió de su apartamento cuando el reloj marcaba las 02:35 de la mañana, vestida con un sudadero negro de capucha y cerrado bajo la chaqueta del mismo color. Su cabello lo amarró y cubrió con una gorra.

No avisó a nadie y nadie más supo de ella desde ese momento.

## **CINCUENTA**

Amaneció y el frío era mucho más fuerte que el día anterior, cuando Roy y Nicole tuvieron su primera conversación propiamente dicha. Él despertó tarde, a poco para el mediodía. La noche anterior se desveló intentando encontrar el sentido en las ideas de Nicole, que le fueron compartidas durante la cena.

A juicio de su cuidadora, la Gran Nación de Ceres mantiene la paz a través de actos deplorables ocultos al público, el cual estaba ya tan confiado en la capacidad del gobierno, que no ponía el mínimo interés en lo que hacía. Según ella, su padre le comentó muchas veces que una paz y desarrollo tan increíbles solo podían ser una fachada.

Para él, el hecho de que la Gran Nación de Ceres fuera el país más avanzado y culturizado del mundo era una completa mentira. Los países vecinos estaban sumidos en guerras civiles y cientos de conflictos, ¿cómo era posible que la Gran Nación fuera el único lugar donde se vivía en paz? Para Roy, el pensamiento de ese hombre no era más que un delirio.

Alguien llamó a la puerta, Roy se limitó a girar la mirada. La puerta se abrió y, junto a Nicole, entró un hombre alto, de piel clara y cabello corto con bastantes canas y peinado hacia atrás. Nicole se veía nerviosa, no

llevaba el vestuario clásico de siempre. En su lugar, iba con una blusa de tirantes y un pantalón deportivo, ambos de color blanco. Su cabello iba suelto y bastante desarreglado.

Por su parte, el hombre llevaba encima una bata y, bajo esta, una camisa blanca de botones. Su rostro era amplio, usaba anteojos, y su porte se notaba levemente robusto. Se veía preocupado y constantemente ponía su atención en Nicole. Ambos caminaron hasta estar frente a la cama, frente a Roy.

—Disculpa que entre así como así, muchacho —saludó el hombre, con tono amable—. Mi nombre es Erick Campbell, soy el médico que se encargó de tratar tus heridas y el jefe inmediato de Nicole.

—No hay problema —respondió Roy, notándose desconfiado ante el aura sospechosa del hombre y el nerviosismo de su cuidadora.

—Entiendo que estés un poco a la defensiva, muchacho, pero solo vine para invitarte a conocer un poco mejor el proyecto Libertario. ¿Está bien si conversamos aquí?

—¿Tengo opción?

—Claro que sí, podemos hablar en la mesa del comedor o afuera, en el balcón.

—No, está bien aquí.

—Bien, trae un par de sillas, Nicole. —Golpeó su hombro con la palma de su mano. Ella parecía a punto de entrar en pánico, pero así asintió y corrió a traer los asientos.

El hombre guardó silencio mientras ella regresaba y dirigió su atención hacia el balcón. Al estar frente al ventanal, peinó su cabello con ambas manos, desde la frente hacia la nuca y luego cubrió su rostro levantando sus anteojos con la punta de sus dedos. Nicole volvió, cargando torpemente un par de sillas de madera. Una la dejó a un lado de la cama y la otra al frente.

—Siéntate donde quieras, hija —ordenó el hombre. Nicole tomó la silla del lateral—. Tenemos mucho qué hablar, pero antes de todo ello, quiero preguntarle al muchacho un par de cosas.

—Lo escucho —asintió Roy. Nicole mantuvo la mirada en el suelo todo el tiempo.

—¿Sabes qué es la Liberación?

—Nicole me lo ha comentado.

—Oh, entonces no sabes —habló tajante—. Déjame que abra tu panorama.

—Lo escucho.

—Verás, en la historia de nuestra Gran Nación de Ceres resaltan dos conflictos. El primero, la “Gran Guerra de la Antigüedad”, la que dio origen a la leyenda de los Trece Clanes Hijos de Dios y también a la Gran Nación de Ceres. Sin duda parece un acontecimiento importante, pero la guerra que verdaderamente cambió la perspectiva de muchos, fue la “Guerra de los Hombres y los Dioses”, en la que la población se rebeló contra la Descendencia de Dios tras dos siglos de abusos sociales, económicos y políticos. ¿Sabes qué resultó de esta guerra?

—Se exterminó todo rastro de los Hijos de Dios y se fundó la Corte Real, la cual estableció un criterio de clases sociales que dio beneficios y reprimendas de acuerdo a la conveniencia de la mayoría.

—Ah, parece que eres un chico culto.

—Solo leí mucho sobre historia durante mi infancia.

—Estás en lo correcto entonces. La Corte Real apareció como una esperanza y actuó de acuerdo a las expectativas. Escuchaban a las personas, atendían sus problemas, mediaban para reducir la desigualdad y los beneficios de los más privilegiados. Sin embargo, ¿era necesario exterminar al único rastro que aseguraba la existencia de Dios en el mundo? La Sangre Real original, la de Dios, desapareció y todos la dieron por extinta, pero nunca se fueron en realidad, ¿verdad? Tú estás aquí, muchacho. Tú eres quien evidencia que la población fue engañada y los Hijos de Dios se ocultaron para sobrevivir en secreto.

—No diría que fue así —bajó la mirada—, pero tampoco estuve ahí como para contar la historia.

—No debes sentirte responsable de eso. Después de todo, fue la misma Corte Real la que condenó a tu linaje a vivir en las sombras y fueron ellos los que te condenaron a ti a cometer el pecado de Los Altos. ¿Sabes lo que pasará contigo ahora? ¿Sabes lo que estipula La Ley?

—“Todo aquel que atente contra la paz de la Gran Nación de Ceres, será tomado por la Corte Real, quien retribuirá los daños contra la integridad

de la población al responsable”.

—Exacto. Si vuelves a territorio fuera del control de los Libertarios, la Corte te perseguirá y te convertirá en un esclavo sin juicio ni dignidad. Nosotros repudiamos eso. Repudiamos que la Corte monopolice todo y ni siquiera se moleste en informar a las personas de lo que hacen. Detestamos el secretismo, pero más detestamos el conformismo. La Liberación está aquí para romper con todo, para liberar las mentes de las masas, para liberar al país de los vejestorios de la Corte Real, para liberar a los Hijos de Dios, que deberían ser venerados y adorados en lugar de ocultarse y temer. Este sistema está mal, muchacho.

—Bueno, así tiene más sentido. —Giró la mirada hacia Nicole. Ella no se había movido un milímetro, pero cada vez se veía más estresada.

—Así que lo entiendes, maravilloso. —Se giró y dirigió sus pasos hacia la silla, sonrió y alzó la mano hacia Nicole—. Niña, ven conmigo.

Nicole se levantó y empezó a desnudarse. Roy se vio sorprendido por la situación, quizá un poco indignado, pero ella se mantuvo firme, nerviosa, pero firme. Se quitó todo y caminó hacia el médico, se sentó en su pierna derecha y él empezó a tocarla por debajo de la cintura. La incomodidad de la escena empezaba a asquear a Roy.

—¿Qué pasa, muchacho? Te noto incómodo. ¿Acaso quieres usarla primero?

—¿Usarla? —reprochó, aun en calma.

—Si quieres usar a esta chica, está bien por mí. No me importa, después de todo, para esto es.

—¿Qué demonios está hablando?

—Ja, no te hagas el tonto, chico. ¿Me vas a decir que no has deseado cogerte a esa chica? ¡Es una preciosura! ¿Cómo no podrías pensar en ella de esa manera? Las mujeres son para esto después de todo.

—Esto no es algo con lo que me sienta cómodo. Al menos no mientras Nicole se vea así de nerviosa.

—Oh, vamos. ¿Qué tipo de moral es esa? No seas falso. En serio te falta mucho, chico. A Kálíka no le importa pasarse así para complacerme.

—¿Kálíka?

—Así es, ¡qué chica tan buena! Es complaciente y sumisa, hace todo lo que le pido, desde matar hasta saltar sobre mí. Nicole es similar, sin

embargo, esa cara de incomodidad y nerviosismo que a ti te perturba, a mí me complace totalmente.

Roy quedó sin palabras y fue el discurso del médico el detonante. No tenía sentido, Nicole hablaba de la Liberación con emoción, ¿cómo podía aceptar entonces que un hombre viejo y sucio la tocara así entonces? Si su rostro mostrara algo más positivo, probablemente no pasaría de una simple incomodidad para Roy, pero el nerviosismo y el miedo en sus ojos era algo que lo intranquilizaba mucho.

Antes de darse cuenta, la nauseabunda risa del médico se cortó por una inesperada llamarada que se envolvió en su cabeza mientras salía volando hasta romper los vidrios del balcón y chocar contra la baranda. Nicole cayó al suelo, todo paso demasiado rápido, pero ni bien levantó la mirada, la sábana cayó sobre su cuerpo de las manos de Roy, que ahora estaba frente a ella y la veía con la mirada cansina.

—Supongo que no será fácil que ellos me acepten ahora, ¿no crees?

—¿P-por qué?

—Esta gente debería ser un poco más lista.

—Yo acepté esto, es parte de. Tú... ¿sabes lo que acabas de hacer?

—Sí, lo sé.

—¿Estás seguro, Roy? —Irrumpió una segunda voz femenina, una voz conocida.

De repente, la habitación se oscureció y tanto el cuerpo del médico como Nicole desaparecieron. El suelo brilló en un tenue y hermoso tono rojo rubí que le ayudó a notar la presencia de quien ahora estaba frente a él, Ereshkigal. La Diosa de la Muerte, luciendo su magnífico vestido negro con arreglos dorados en todo su esplendor.

—Sabes lo que sucederá ahora, ¿verdad?

—¿Me equivoqué entonces?

—No hay forma de saberlo. Pero...

El entorno se hizo borroso. Roy sintió que perdía el equilibrio, motivado por un terrible dolor punzante que se manifestó de sorpresa atravesando su cuerpo desde el costado izquierdo de su espalda hacia su vientre. La oscuridad y la Diosa se esfumaron, la habitación volvió a estar iluminada.

Bajó la mirada para espantarse al ver cinco enormes dagas de color púrpura emergiendo de su cuerpo. Volteó en busca del responsable, para notar el brazo de Nicole completamente deformado en las cinco armas que le habían herido. Ella no parecía entender lo que estaba pasando, lucía aterrada, más que antes.

—Ro-roy, yo no... yo no.

—¡Ja! ¡Creíste que sería tan fácil! —retumbó la voz del médico.

Con algo de dificultad, Roy devolvió la mirada hacia el balcón para encontrarse con que el médico seguía con vida. El hombre empezó a levantarse, aun con el rostro completamente quemado, mientras reía y aplaudía la escena.

—¡Qué maravilla! Intentaste defender a la chica y ahora es ella quien te apuñala por la espalda. ¡Qué maravilloso! ¡No puedo gozar más esto! Es una lástima, pero tendré que probarte por las malas ahora.

Levantó la mano diestra a la altura de sus ojos y chasqueó los dedos. Nicole soltó un grito desgarrador que empezó a mezclarse con otros ruidos extraños que emergían de su cuerpo. Toda su piel se tornó púrpura y su rostro se deformó hasta parecer el de un perro. Sus brazos y piernas se retorcieron hasta el punto en que parecía que los huesos se le quebraban.

Se volvió mucho más grande de lo que era, al punto en que su espalda topaba completamente con el techo, con forma humanoide y delgada. Pero su voz seguía siendo la misma y, aunque era imposible entender lo que intentaba decir, podía distinguirse claramente que no estaba pasándola bien.

En su arrebató, abrió la mano que atravesaba el cuerpo de Roy, desparramando todo su costado zurdo por la habitación. Cayó, tan herido que no pudo ni gritar. Todo lo que había en su mente era confusión y asco, acompañados de la risa macabra del médico.

## Capítulo 19

### **CARGAS**

### **CINCUENTA Y DOS**

En una ocasión, cuando Roy era niño, salió a andar en bicicleta con su hermano menor, Finn. Era poco común que salieran juntos, Finn era bastante pequeño después de todo y para Roy era molesto que lo retrasara en sus aventuras al ser demasiado torpe y miedoso.

Tanto su hermano, como su madre, insistieron en que se dejara acompañar, quizá como un intento de hacerlos convivir, ya que Roy era bastante distante de Finn desde muy pequeños. Sin importar cuán terrible fuera su berrinche, Roy terminó con Finn a su cuidado esa tarde.

Pero Roy lo dejó atrás rápidamente mientras recorrían un peligroso sendero a la orilla de la ladera boscosa más inclinada. Había pasado un rato desde que lo perdió de vista cuando los gritos retumbaron en el bosque. El pequeño niño, en un intento por alcanzar a su hermano mayor, perdió el equilibrio y cayó rodando por la ladera.

Lo único que pasó por la mente de Roy, en cuanto lo escuchó fueron las palabras "Niño estúpido". Y aun así, regresó por él y lo cargó de regreso a casa. Al llegar, lo primero que escuchó fue una dura reprimenda por parte de su madre. ¿Qué clase de hermano mayor dejaba solo a su hermano en medio del bosque? Se suponía que debía cuidarlo.

Finn resultó con un hombro dislocado y tuvo que ir al hospital, donde los regaños y los "sanos" consejos se hicieron más insoportables. "Debes ser un buen hermano", "Debes dar el ejemplo", "¿Por qué no lo cuidaste? ¡Era tu responsabilidad!", "Las heridas de Finn son tu culpa, tenías que vigilarlo". "Era tu responsabilidad". "Era tu responsabilidad". "Era tu responsabilidad".

Pero, para empezar, Roy insistió en ir solo. Roy quería ir solo. ¿Por qué tenía que responsabilizarse si desde un comienzo quiso ir solo? En último caso, era culpa de su madre por insistir sabiendo lo que él quería en realidad. ¿Por qué tenía que arrastrar a Finn a todo lugar donde iba? Ya tenía suficiente con verlo todos los días en casa.

Además, si Roy era distante con él, era porque toda la atención siempre estaba puesta en él. Para empezar, durante toda su infancia, todos sus

cumpleaños se “celebraron” junto con Finn, en la fecha de cumpleaños de Finn. Si Roy tenía algo que resaltar, nunca se le celebró con la misma emoción que con su hermano menor.

¿Por qué Finn era tan querido? Lo único que hacía era llorar y ser empalagoso. Realmente era un fastidio. Todo se le permitía, todo se le consentía, mientras que Roy constantemente tenía que arreglárselas solo. Era doloroso. Era muy doloroso. Si Roy era mucho más capaz, ¿por qué al menos no darle una pequeña felicitación? Al final, siempre que intentaba resaltar algún logro suyo, era reprimido por sus mayores diciéndole que debería ser más humilde.

¿De qué sirve tanto esfuerzo? ¿De qué sirve tanto talento? Al final, Roy estaba solo, lejos de los reflectores. ¿Por qué debía tomar la responsabilidad de cuidar a su hermano si ya todos lo hacían? ¿Por qué tenía que salir siempre con él? Finn era un inútil que no podía hacer nada solo. Todo se le era dado. Incluso entre los privilegiados, hay quienes tienen más y quienes tienen menos.

Sentado en la silla de madera que estaba a un lado de la habitación donde su hermano estaba internado, fueron interrumpidos sus pensamientos de rencor por el cariñoso abrazo de una pequeña niña de piel clara y largo cabello rojizo muy liso, la tercera hermana, Angie.

—¡Hermanito! ¡Hermanito! ¿No te lastimaste? ¿Estás bien? —preguntó preocupada, al borde las lágrimas.

—Sí, Angie, estoy bien. El que se cayó fue Finn.

—Pero tú lo sacaste de ese barranco. Le pedí a una de las primas que me acompañara a ver, ¡ida mucho miedo ese lugar!

—Eso es poca cosa para un niño de 10 como yo —presumió orgulloso.

—Eres muy cool, hermanito, como un héroe. ¡Salvaste a Finn!

—Ojalá todos pensarán como tú, Angie.

—¿Hm? ¿Por qué?

—Porque todos me regañaron por no cuidarlo bien. Todos me han dicho que soy un mal hermano. Pero yo quería ir solo para empezar. Él es lento y delicado, no puedo explorar como quiero con él atrás. Pero mami insiste en que lo lleve conmigo y siempre termina así. Él se lastima y a mí me regañan.

—Hermanito...

—¿Hm?

—No estés triste, yo sí creo que eres un héroe y un buen hermano.

Quizá porque Angie era pequeña no terminaba de entender lo sucedido, pero Roy sí era lo suficientemente grande como para sentir ese rencor en su corazón. Angie fue la única que lo consoló, pero la sorpresa más grande se la dio Finn. Para cuando el segundo hermano volvió a casa, al día siguiente, solo tenía una cosa que decirle a su hermano mayor.

—Perdón hermanito, no pude alcanzarte.

## **CINCUENTA Y TRES**

El peso de ser el hermano mayor, de tener que dar un buen ejemplo, de cumplir un ideal establecido y acatado por la sociedad es sin duda algo que no es fácil de quitarse de encima. Roy nunca quiso llevar ese peso consigo, más por el rencor que guardaba a su hermano que por las responsabilidades que traía.

Sin embargo, Roy era un niño muy fuerte que razonaba todo lo que escuchaba o veía. Sus conclusiones no siempre eran acertadas. Su juicio a veces se veía afectado por sus emociones, pero siempre trató de ser justo a pesar del rencor que sufrió desde niño por la desigualdad en las atenciones de su familia.

Sin embargo, con el tiempo las cosas se equilibraron. Finn creció y se volvió más apartado. Lo mismo pasó con Angie. Al final, quien se sentaba a conversar con su madre durante las tardes de café era Roy. Después de muchos años, parecía que las diferencias en las atenciones se habían revertido, Roy vivía más feliz a causa de eso.

Pero mamá murió a mediados de 1913 y el impacto de la noticia y la enfermedad que la causó fue el detonante que liberó todo lo que los tres hermanos habían estado tragándose desde hace muchos años. Mamá no era perfecta y su ausencia puso sobre Roy más cargas aún. Al peso de ser el hermano mayor, ahora se sumaba el de ser el soporte de una familia a la que solo le faltaba un soplo para derrumbarse.

Roy heredó un puesto delicado y demasiado grande para un chico de 17 años. Angie se encerraba durante días y no comía. Finn se tornaba violento por momentos y terminó medicado. Y su padre, quien quizá debía tomar la batuta de su esposa, prefirió enfocarse en estos dos para luego

desahogar todo en su hijo mayor.

Como Roy parecía ser el más fuerte, como parecía ser el que mejor estaba llevándolo, se quedó solo en Capital desde entonces, con no más que una llamada quincenal de su padre para corroborar que estaba bien y contarle todos los problemas que estaban acarreado sus hermanos. Otra vez, el hermano mayor se quedó solo, a la deriva y por su cuenta.

Pero aun sin el apoyo de su padre o sus hermanos, Roy no estaba solo. Tan fiel a sí mismo como siempre, se mantuvo en pie hasta donde pudo, aunque al final terminara derrumbándose también por el peso de la ansiedad. Siendo sincero consigo mismo, Roy quería ayudar más, quería ayudar a aligerar la carga de su padre, pero terminó llevándolo todo por su cuenta.

Después de todo, el Alto General Leonhardt debía ocuparse de cosas más importantes, así que envió a Angie y a Finn a Capital en 1914, donde su primogénito se encontraba desde 1912. El peso de los trastornos de sus hermanos cayó en manos de Roy y, tan fiel a sí mismo como siempre, se mantuvo en pie, aunque con recaídas que cada vez eran más difíciles de superar.

Pero Roy tenía que seguir porque era el hermano mayor, porque tenía que dar el ejemplo. Pero así era constantemente recriminado y acusado. "Tienes que ser más atento con tus hermanos", "No deberías salir sin ellos, es bueno que se despejen", "¿Por qué guardas toda la diversión para ti solo? Deberías llevar a tus hermanos". "Solo eres una carga, apresúrate a terminar tus estudios para ser independiente".

Con el tiempo, surgió una idea. ¿Por qué no deshacerse de todo? ¿Por qué no desaparecer? Si iba a seguir esforzándose para seguir siendo pisoteado, ¿realmente valía la pena esforzarse? ¿Por qué no mejor morir? Sí, seguro sería más fácil morir. Después de todo, alguien que no da la talla no es útil para lo que hace.

Sí, sería más fácil. Incluso una personalidad ajena como la cuarta hermana de la familia Kirchoff Astrea había empezado a poner responsabilidades sobre su espalda. "No estás progresando", "Te falta asertividad conmigo", "Busca a alguien que sí pueda ayudarte, yo no quiero hacerlo". "Solo puedes darme cariño cuando yo quiera". "¡Tienes que levantarte ya! ¡Ya fue suficiente de ese luto!".

## **CINCUENTA Y CUATRO**

—Está bien, no te preocupes. Todo va a estar bien.

Recordar cuándo fue la primera vez que Roy escuchó esas palabras era difícil, pero, siempre que pensaba en ello, regresaba en el tiempo a una escena muy específica. Cuando, en medio de un arranque de miedo y ansiedad, se abrazó llorando a la persona más cercana a él en ese momento, rogándole que no muriera.

Sucedió una tarde de otoño, empezaba a oscurecer y las sombras se acentuaban en el living de la casa de Meiri Miali a causa de las gruesas cortinas frente a la ventana. Sentada sobre el lado zurdo del sillón más grande, escuchó la súplica de Roy mientras lo consolaba con un tibio abrazo.

—Tranquilo, no pienso morir. Así que tú tampoco mueras. Vamos a estar bien, Roy. Todo va a estar bien.

—No moriré, lo prometo.

—Buen chico.

—Y... también prometo que vas a verme bien. Así que no mueras.

—Está bien. No moriré.

Pero Roy sabía que esta escena no era más que un recuerdo, así que levantó la mirada, seguro de que a quien encontraría no sería a su amada Meiri.

—Ereshkigal —la nombró.

El entorno se quebró en pedazos como un vidrio cuando Roy reconoció a la Diosa de la Muerte en el lugar donde debía estar Meiri. De nuevo le sonreía con cierta malicia, quizá porque sabía lo que Roy quería decirle en ese momento.

—Dime, hijo.

—No quiero morir. Por favor, ayúdame.

—Si te ayudo, ¿qué es lo que piensas hacer?

—Solo quiero desahogarme.

—¿Sin importar si luego los Libertarios te atrapan y rematan?

—¿Podrían?

—Claro que sí. Incluso con mi ayuda, podrían.

—Entonces los mataré también.

—Esas son palabras muy soberbias, pero me convencen.

—¿Me ayudarás entonces?

—Se enseñaré cómo no morir, pero he de decirte que puede ser más sano pensar en vivir antes que en no morir. Mientras lo desees, no habrá determinación que pueda matarte, pero si llegas a dudar, este conocimiento empezará a consumir tu cuerpo hasta la muerte. ¿Entiendes? Tu permanencia como ser vivo dependerá completamente de tus deseos.

—Eso es... peligroso. —Se notó nervioso.

—Entonces, ¿qué harás? ¿Quieres que te ayude?

—Yo... quiero... pero...

—No sabes si tu estabilidad mental pueda soportar esa responsabilidad, ¿cierto?

—Sí...

—Ay, hijo. —Acercó su rostro al de Roy, con una expresión de fastidio remarcándose en sus ojos—. Ya es hora de que te cuides solo.

## **CINCUENTA Y CINCO**

Pasaron diez minutos desde que el médico dejó la cabaña para empezar a recorrer el estrecho puente de metal y madera que atravesaba el lago, acompañado por la desfigurada Nicole. Su rostro ya había sanado completamente y su acompañante había reducido su tamaño para comprometer la estabilidad del camino.

La cabaña se encontraba en un estrecho al sur del lago y estaba conectada a una gran red de puentes que se extendía en el interior de este entre pequeñas islas. En su mente tenía fija la imagen del rostro de Roy cuando cayó al suelo, víctima de las terribles heridas que le dejó Nicole. Era gratificante, tanto que no podía contener su emoción y empezó a soltar una soberbia carcajada. El ambiente era frío, sin mucho viento y

con el cielo bastante despejado.

—Ciertamente es un día hermosos...

Sus palabras se interrumpieron por lo que parecía ser un fuerte temblor, seguido por una ráfaga de aire caliente que golpeó por la espalda. Nicole se estremeció y dirigió toda su atención en dirección a la cabaña, que se encontraba justo detrás a más de quinientos metros, lo mismo hizo el médico.

La tierra se sacudió, esta vez con más fuerza, y con ella también el puente y el agua del lago. Muchos destellos en forma de relámpagos de color naranja emergieron de la cabaña y se elevaron hacia el cielo, seguidos de una espiral de fuego que se alzó como columna hacia lo alto rompiendo el techo.

—Esto es... imposible —reprochó el médico, completamente incrédulo de lo que veía—. Es... es tal como dijeron en Los Altos.

## Capítulo 20

### EL TALENTO DEL FUEGO

#### CINCUENTA Y SEIS

Respecto a lo sucedido en el mirador la noche del cumpleaños del poeta, había dos cosas que mantenían intranquila a Janeth. La primera eran sus sentimientos por él, ya que más allá de sentirse conmovida por el beso robado, empezaba a cuestionarse si él le agradaba lo suficiente como para aceptar ese gesto.

La segunda era algo un poco más serio y que la inquietaba mucho más que cualquier otro detalle, el Talento del Fuego. Desde esa noche no volvieron a hablar acerca del beso robado a causa de lo increíble que era la revelación del poder que todo miembro de la familia Leonhardt llevaba consigo.

La complicidad que implicaba un secreto tan grande era algo intrigante y el principal impulso que motivó a Janeth a acercarse más a él. Lo acompañaba durante las tardes a practicar sus movimientos en lo más alto y profundo del bosque de la Periferia, algunas veces incluso le llevaba de comer o beber.

Las llamas de Roy eran bastante diferentes del fuego común, y es que solían arremolinarse en tonos coloridos que eran bastante vistosos y hermosos. Apoyarlo era una buena distracción contra el aniversario del día en que su primer amor se marchó sin explicación.

Sin embargo, con el pasar de las semanas, una duda empezó a crecer en Janeth. Roy era cada vez más cercano, más cariñoso y más detallista. No había día en que no la esperara en la estación del autobús, fuera para ir al colegio o para regresar a casa.

En un comienzo fue lindo para Janeth ver que su vínculo se hacía más íntimo, pero pronto empezó a aburrirse y a aceptarlo por puro compromiso. Roy no era alguien que le agradara lo suficiente como para aceptar tal devoción a su persona. Nunca antes existió alguien con ese nivel de atenciones hacia ella tampoco y empezaba a ser molesto.

Lo más probable es que dicho acercamiento estuviera relacionado con que nunca hablaron de lo que significó el beso robado para cada uno. El silencio otorgó ciertas concesiones al poeta y Janeth no tuvo tampoco la

intención de corregir sus interpretaciones, después de todo le interesaba más aprender sobre el Talento del Fuego que aclarar sus sentimientos.

A ojos de Janeth, Roy tenía el poder y el potencial para convertirse en un héroe tal y como lo describían las historias de fantasía. Muchas veces imaginó este escenario hipotético sin poder dimensionar realmente lo que significaba el Talento del Fuego y la magnitud de las cosas que podían hacerse con él.

## **CINCUENTA Y SIETE**

El pilar de fuego se desvaneció rápidamente, dejando la cabaña completamente en llamas. Un segundo destello de color rojo antecedió a una gran explosión de la cual emergió Roy, que se impulsó de frente y en horizontal, en dirección al médico, con intenciones asesinas ardiendo en sus ojos.

Las llamas emanaban de su cuerpo, más específicamente del costado donde fue herido, sus piernas, manos y ojos. Pero, cuando le restaban centímetros para tocar al médico con los dedos de su mano zurda, Nicole arremetió contra él con un potente puñetazo en el estómago que lo lanzó hacia la orilla del lago.

—¡Ve, mátalos! —ordenó el médico. Su susto era notable.

Nicole saltó hacia la costa y un tercer destello se vio emerger entre los árboles, al cual le siguieron un par de explosiones que se arremolinaron en una gran espiral que botó algunos de los troncos. Una vez Nicole estuvo en tierra firme, avanzó unos cuantos metros en el bosque hasta encontrarse con la hierba quemada y algunos árboles caídos.

Roy estaba al centro del área quemada, hincado con la mirada baja. Su costado herido aun ardía, así como su hombro derecho. Dirigió su atención hacia Nicole, que mantenía la distancia ante cualquier sorpresa. La expresión en su rostro era intimidante y perturbadora a la vez, un semblante cansino que evidenciaba un serio desgaste en él.

—Agh, qué fastidio —susurró Roy—. En serio estoy enojado ahora. Se suponía que tenías que enseñarme más, Nicole.

Leves destellos de color rojo rodearon su cuerpo, al paso que se levantaba lenta y torpemente. Nicole aguardó, como si dudara si debía atacar o no. Roy tardó en ponerse de pie, pero en cuanto lo hizo, el ambiente se llenó de un aura aterradora.

—No tengo otra opción, ¿verdad?

Alrededor de sus ojos, que brillaban en un fuerte tono color rubí, se encendió una especie de antifaz de fuego. Sus manos también ardieron, así como sus piernas y partes aleatorias de su torso. Nicole se lanzó de inmediato contra él, con las garras por delante y gritando de forma bastante perturbadora.

Roy la vio venir y saltó hacia atrás, elevándose unos cuantos metros en el aire. Aprovechó la altura y se giró, ayudado por las explosiones generadas en sus pies, para luego lanzar una potente patada vertical de talón con la pierna zurda que acertó contra la base del cuello enemigo.

Algo crujió justo antes de que estallara una nueva explosión en el punto de impacto, la cual envolvió en llamas al monstruo y lanzó a Roy varios metros hacia arriba. El médico ya se encontraba bastante lejos, pues emprendió su escape a través del puente ni bien vio alejarse el conflicto hacia el bosque.

Pero ahora estaba a la vista de Roy, quien se impulsó desde lo alto hacia él usando el Talento de Fuego. Aceleró de tal manera, que chocó contra la baranda por el lado interno del puente, a pocos metros por delante del médico. Un golpe así habría partido en dos el cuerpo de una persona normal, pero Roy no pasó de una simple mueca.

Más allá de eso, clavó la mirada en el médico mientras el puente se retorció como producto del impacto. Roy fue visto con terror por él mientras los cimientos del puente colapsaban hasta volcarse, lanzando a ambos al agua.

La reacción del médico fue veloz y emergió del agua, confundido, en busca de la costa más cercana. Nadó a toda prisa y, mientras lo hacía, vino a su mente la advertencia que antes le dio Kálíka acerca de Roy. Ahora sabía que no eran meras exageraciones.

Su arrepentimiento hacía mayor su desesperación. Lo que había en los ojos de aquel chico no era simple indignación. Sin embargo, cuando le quedaba poco para llegar a la orilla, el agua empezó a calentarse y agitarse. A su espalda empezó a levantarse una burbuja de gran tamaño, la cual no tardó en explotar lanzando al médico hacia la tierra en una gran onda de choque.

## **CINCUENTA Y OCHO**

El médico quedó inconsciente luego de ser arrastrado hacia lo profundo del bosque, donde despertó para encontrarse recostado sobre su costado

derecho entre la hierba y algunos árboles pequeños caídos entre el lodo que resultó del avance del agua. Tosió, pues se le dificultaba un poco respirar a causa del agua que tragó.

—Deja te ayudo —habló alguien repentinamente.

Dichas palabras antecedieron un fuerte golpe en su estómago, el cual incluso lo hizo rodar unas cuantas veces entre el lodo y la hierba hasta ser detenido por el choque de su espalda contra el tronco de un árbol. En su intento por recuperar el aliento tuvo a la vista a la persona responsable de dicho golpe, Roy.

Estaba completamente seco, con las mangas de su pantalón deportivo y su sudadero quemadas, en este último incluso se notaba el agujero que resultó de cuando Nicole lo destripó, pero su vientre estaba entero, sin daños. En general, no parecía que Roy tuviera alguna herida en absoluto luego de todos los golpes que había recibido.

—En serio eres un monstruo, muchacho.

—¿Se puede revertir lo que le pasó a Nicole, señor médico?

—¿En serio te importa esa chica? ¿Qué pasa? ¿Acaso te enamoraste de ella? —reprochó con tono burlón.

—Responde. Hará tu muerte más sencilla.

—Oh, vamos, ¿estás amenazándome?

—No, te lo estoy prometiendo.

—Has de ser muy despiadado para hablar de matar a alguien así como así.

—Me da igual, no sería la primera vez.

—Sí, para un monstruo como tú, seguro no es la primera vez.

—Deja de darle vueltas al tema. Yo ya sé que soy un monstruo y también que vas a morir.

—Oh, vamos.

—Responde.

—Eso es algo... que todos los voluntarios de la Liberación aceptan. Desde el momento en que se unen a nosotros son sometidos a un tratamiento que los convierte en bestias pasivas. Son entrenados para servir a un jefe

y este es quien controla sus acciones solo con la voz, tal como perros entrenados.

—¿Qué?

—Ah, sí. Las nuevas generaciones pueden regresar a su forma original, pero Nicole no. Ella fue de las primeras, por eso no habíamos utilizado su poder. Sabíamos que no volvería a ser ella misma si se transformaba. Ella estuvo consciente de eso todo el tiempo y lo aceptó.

—Tú... ¿tú también tuviste ese tratamiento?

—Claro que no. Los jefes solo somos sometidos a un tratamiento para la regeneración. No tiene sentido tener un ejército de monstruos que pueden recuperarse al instante de sus heridas si el líder es fácil de matar.

—Entonces, ¿sobre los enmascarados?

—¿Los enmascarados? ¿Acaso los viste? —pareció sorprenderse.

—En Los Altos.

—Ah —suspiró, parecía fastidiado—. Ellos son la gama más alta. Lo que viste aquí es lo más humilde que tenemos. Te puedo prometer que, por más fuerte que seas, no podrías con lo mejor de lo mejor que tenemos. Nuestra alta gama está inspirada en los ángeles más poderosos de la era antigua. Aun si la herencia de Dios sigue por ahí, no podrían con nuestros Ángeles.

Roy mantuvo la cordura y su inexpresividad. Lo que acababa de escuchar era algo sorprendente, al punto en que empezó a considerar huir de ahí con el médico a la espalda. La información que tenía era muy valiosa, pero eso no detenía su deseo de despedazar a ese hombre hasta la muerte.

Por más que intentaba pensar de forma racional, la repulsión y el asco que le causaba lo que había visto de Nicole, así como lo que acababa de escuchar del médico, empezaba a emerger nuevamente.

—Si te lastimo, te curarás rápido, ¿verdad, señor médico? —Comenzó a caminar hacia él.

—¿Qué pasa? ¿Te preocupa no ser capaz de matarme? —rezongó orgulloso y con tono retador. Roy sonrió con tibieza.

—No sería muy divertido que murieras a la primera, pero no tengo mucho tiempo.

La mirada de Roy se llenó nuevamente del aura asesina de antes. El médico no lo había notado, pero los ojos dorados que antes le había visto en la cabaña ahora eran de color rubí. Muchos destellos del mismo color se empezaron a manifestar alrededor de Roy, principalmente en su mano derecha, cuya palma dirigía hacia abajo, donde se arremolinaron en una pequeña esfera incandescente muy brillante.

—Por cierto, señor médico, ¿sabes dónde está mi espada y mis botas?

—Incluso si intentas ir a buscarlas, lo más probable es que mueras.

—No quiero morir, así que no moriré.

—¿Qué es esta soberbia? Tú no decides cuándo morir.

—En eso estás muy equivocado. Dime entonces, ¿sabes dónde están mis cosas?

—Sigue los puentes hasta el palacio que está en el centro del lago.

—¿Un palacio? —Pareció sorprenderse—. Acaso aquí...

—Es de esperarse, solo hay un lugar con palacios en medio de un lago. ¿Nicole no te dijo?

—No, no lo hizo.

Roy sonrió discretamente y envolvió la luz bajo su mano al cerrar el puño. El brillo intensificó hasta el punto en que era imposible mantener abiertos los ojos. Tal como una rosa floreciendo, las llamas se expandieron en espiral junto a la onda de choque. Lo siguiente fue un gran estallido que sacudió los alrededores.

El fuego se expandió rápidamente y abarcó un área bastante grande del bosque. El agua, por su parte, se levantó en un pequeño tsunami que arrastró también algunas partes de los puentes consigo y derribó bastante del bosque en la costa. En el epicentro de la explosión, el cuerpo carbonizado del médico intentaba regenerarse, pero incluso las células más resistentes fueron dañadas por el calor.

El médico no tardó mucho en morir al cuidado de Roy, que esperó a su deceso con una silenciosa y sádica expresión de satisfacción en su rostro. En ese momento, solo restaba una cosa por hacer. Roy levantó la mirada y la dirigió hacia su izquierda. A pocos metros, entre los árboles, apareció quien fue en algún momento Nicole. Roy sonrió, parecía bastante emocionado.

—Bien, prosigamos, Nicole.

## Capítulo 21

### **CONVERGENCIA**

#### **CINCUENTA Y NUEVE**

Para cuando la noche cayó, la mayor parte del bosque al sur-occidente del lago estaba en llamas y, en el centro de tal destrucción, Roy finalmente logró matar al monstruo que en algún momento fue Nicole luego de calcinar su cuerpo muchas veces durante las últimas horas.

Una vez que ella dejó de moverse, caminó entre el infierno, sin parecer que el humo le dificultara la respiración, y dirigió su atención hacia las luces que brillaban en el centro del lago, sobre la isla más grande de todas las que se encontraban por ahí, donde se alzaba un impresionante palacio de paredes blancas con forma de pirámide cuadrada escalonada, muy delgada y muy alta.

Cuatro torres delgadas de base redonda, más altas que la pirámide, rodeaban el palacio. De cada una, que se encontraban en cada esquina de la estructura principal, emergían los puentes de piedra que comunicaban con las islas cercanas, en las cuales también se construyeron torres igual de altas.

De los años que pasó leyendo sobre la historia de la Gran Nación, pudo reconocer la impresionante vista, aun de noche. Nunca antes había estado ahí, pero sí quiso visitar el lugar antes. Dicho palacio fue en su momento el centro de gobierno de una de las ciudades más antiguas de la Gran Nación de Ceres, el lugar que antecedió a la entrada al vestigio histórico más grande y más antiguo, el Jardín de la Vida.

—Las sorpresas no se acaban, tal vez deba tomarme un rato para turistear.

#### **SESENTA**

El tren se detuvo luego de un largo viaje. Janeth bajó del vagón para encontrarse nuevamente en la estación de Villa de las Rosas. Caminó por la bahía de abordaje con dirección a la taquilla y compró un boleto para el siguiente tren hacia la ciudad que se encontraba más al norte de la Gran

Nación, Rin.

No tenía intenciones de pasar la noche en Villa de las Rosas y el tren que salía más pronto era el de las diez de la noche. Solo tendría que esperar un par de horas hasta entonces, así que salió a la calle en busca de algo para cenar. Años atrás había conocido un buen lugar para comer, que además era barato.

Sin embargo, había evitado a toda costa ir a ese lugar en muchas ocasiones debido a los recuerdos que tenía de la noche que lo conoció. En ese entonces decidió visitar la estación luego de recibir una llamada telefónica de su primer amor diciéndole que volvería a Villa de las Rosas luego de más de un año de ausencia.

Fue una noticia que la sacudió. En su momento, él decidió irse sin siquiera pedir su opinión y Janeth terminó enterándose de su marcha la noche antes, misma en que terminaron su noviazgo haciéndose más íntimos que nunca. Ella lo ama mucho, tanto que no había podido olvidarlo en todo ese tiempo.

Así que no había espacio para dudas, Janeth fue a verlo. Escapó de casa y tomó el autobús hacia el centro de la ciudad. Caminó sola varias calles, en plena oscuridad, hasta llegar a la estación. Lo esperó durante más de una hora, con el estómago revuelto de los nervios.

Él apareció y juntos fueron a comer a un pequeño local cercano, que en ese entonces pertenecía a una señora que vendía asados. Janeth no podía ser más feliz de ver a su primer amor regresar, pero lo era más por el hecho de que él pidió explícitamente a ella que fuera a esperarlo. Esperaba que, tal como ella, él la recordara con la misma intensidad con la que lo hizo durante un año completo.

Comieron, para luego pedir un taxi que los llevó a casa de él. La cercanía se hizo más estrecha, el calor aumentó y las luces se apagaron. Estaban solos. Piel con piel, compartieron esa noche en la habitación de su primer amor, tal como la última vez que se vieron. No había alguien más feliz que Janeth luego de esa noche.

Pero la realidad se manifestó en cuanto despertó, al día siguiente. Era lunes y lo único en que pensaba era en Roy, que cada día esperaba por ella en la estación de autobús para ir juntos al colegio. Desde que supo el secreto del poeta había pasado un par de meses y, aunque lo intentaba, la realidad es que no le preocupaba que él se fuera solo ese día.

Seis años pasaron desde entonces y nunca hubo un momento en que Janeth se arrepintiera de lo que sucedió. Recordar no era algo del todo cómodo, ya que antecedió a muchas otras situaciones que terminaron por arruinar su reputación y su relación con el poeta. Él se volvía más

dedicado a medida que ella se ensuciaba más.

## **SESENTA Y UNO**

Margarita Velz de Leonhardt fue una mujer reconocida por su deseo de alcanzar la excelencia y la perfección en todo lo que hacía. Su disciplina y compromiso la había llevado muchas veces a lograr metas muchos consideraban imposibles en su contexto, después de todo venía de una familia complicada con muchas limitaciones, pero muy unida.

De ahí que fuera conocida como una mujer muy humilde y muy capaz. No podía darse el lujo de dejar pasar las cosas o simplemente elegir entre una u otra opción. En buena parte ayudaba su carácter altanero y caprichoso, era la penúltima entre ocho hermanos, por lo que fue consentida y mimada hasta el hartazgo.

Fue esa misma fuerza la que atrajo a sus brazos a quien sería uno de los hombres más poderosos de la Gran Nación de Ceres. Se conocieron desde muy pequeños y ella incluso admitió en varias ocasiones que estuvo interesada en él desde entonces. Es gracioso, comentó muchas veces, al final terminaría casándose con él.

Pronto la importancia de Wilhelm Leonhardt Campos se hizo tan grande que le fue necesario ausentarse de los asuntos familiares para consolidarse en el Ejército Real. Margarita no titubeó ante la ausencia de su esposo y se encargó del cuidado de los tres niños de la Casa Leonhardt Velz.

Los crio de la manera que mejor le pareció. Fue una madre estricta, que exigía a los niños tanto como a sí misma. Ella tomaba todas las decisiones, nadie se atrevía a contradecirla. Si era ella quien afrontó las dificultades de la crianza de sus hijos en soledad, ¿qué derecho tenía la gente de opinar sobre sus métodos?

Todo lo que deseaba era ver a sus hijos convertirse en personas de las que pudiera sentirse orgullosa. Debían ser buenos, debían ser educados, debían dar el ejemplo. Eran los hijos de una mujer excelente y perfecta, debían dar la talla. Sin embargo, su mundo perfecto empezó a quebrarse cuando el primogénito empezó a cuestionar sus decisiones.

Él quería ser escuchado, quería que tomara en cuenta su opinión. Era ridículo, un niño de diez años no podría entender lo difícil que fue llegar hasta donde ella llegó. Sus hijos no pasaron una pizca de las dificultades que ella sí. No había cosa que discutir, ellos harían lo que ella mandara,

aun si su orientación parecía más una tiranía.

Pero ni bien perdió el miedo a su madre, ese niño no dejó de cuestionarla. Poco a poco, la resistencia de Margarita se fue agrietando hasta el punto en que tuvo que escucharlo. Margarita nunca escuchó a quien no quiso escuchar, su juicio era fiero y absoluto. Y aun así, su propio hijo la hizo salir de su burbuja, mostrándole que el mundo no era tan estricto como pensaba. Ese niño tenía el potencial para convertirse en un hombre admirable.

## **SESENTA Y DOS**

La marcha de cientos de hombres a través del bosque rompió la paz antes del amanecer. Casi todos estaban fuertemente armados y unos pocos incluso abordaban tanques pequeños que derribaron algunos árboles a su paso. Por sus uniformes de camuflaje era obvio que se trataba del Ejército Real, el cual avanzó a toda prisa entre la densa vegetación en dirección al Jardín de la Vida.

La información era limitada, lo único que se tenía claro era que algo estaba sucediendo en los alrededores, ya que todos los espías y exploradores enviados al área desaparecían justo después de reportar presencia de los Libertarios ahí. Movilizar a un batallón completo era una apuesta arriesgada, pero el General Bellamy estaba al tanto de ello y por esa razón envió a su mejor hombre para dirigir la operación, Ritchmond Kirchoff Astrea.

Mientras tanto, en el interior del lago, todas las torres en las islas frente al palacio ardían como resultado del fiero asalto de Roy Leonhardt Velz, que encontró la mínima resistencia a su paso. Si mucho había unos cuantos guardias en las torres y la entrada, el resto del edificio estaba completamente vacío.

No había una partícula de polvo que evidenciara la presencia de alguien en ese lugar. Ni muebles, ni papeles, nada. Sin embargo, la sensación de que algo tenebroso sucedió ahí no abandonaba a Roy. Recorría el tercer piso cuando empezaron a escucharse gritos desgarradores desde las torres de vigilancia, las cuales tenía a la vista desde las enormes ventanas del palacio.

La estructura del edificio consistía en una serie de habitaciones puestas en forma cuadrada alrededor de un salón central, el cual era visible desde los pisos superiores gracias a que sus pasillos internos funcionaban como balcones con vista hacia dicho salón e iluminados por un enorme tragaluz en lo más alto, que iluminaba las paredes de color crema y dorado con sus

reflejos claros.

Roy corrió hacia el pasillo interior, pues recordó que en el centro del salón había dejado a tres hombres inconscientes luego de entrar al palacio. Al tenerlos a la vista, notó que estaban retorciéndose de forma muy extraña, pero en silencio. Afuera se escuchó el estruendo propio del concreto quebrándose de golpe. Al darse la vuelta para ver lo que sucedía, monstruos muy similares a lo que se convirtió Nicole saltaron de lo alto hacia el agua.

El palacio retumbó con mucha fuerza y el sonido del concreto agrietándose se escuchó sobre su cabeza. Roy, que se encontraba a mitad de la habitación, se vio sorprendido por el colapso de la estructura al paso que emergía detrás de él una especie de pterosaurio de piel púrpura que destrozaba el lugar a medida que agitaba las alas.

No hubo tiempo de reaccionar, quizá por el letargo causado por sus ahora ausentes heridas. El edificio se partió en dos, arrastrando a Roy junto a la fachada en su derrumbe mientras el monstruo alzaba el vuelo en dirección a donde los árboles parecían derrumbarse, hacia Ritchmond.

## Capítulo 22

### **CONVERGENCIA**

#### PARTE 2

### **SESENTA Y TRES**

Faltaba un par de horas para el mediodía cuando Janeth se adentró en el bosque al norte de la Ciudad de Rin, una de las más antiguas de la Gran Nación de Ceres. La vegetación era tan espesa, que costaba ver dónde pisaba, así como el terreno montañoso representaba un constante peligro de resbalar y lastimarse gravemente.

Pero era aquel descuidado sendero el último paso para llegar a su destino, se trataba de la ruta más corta para llegar al Jardín de la Vida. Pero, ¿por qué razón deseaba Janeth ir hacia ese lugar? El viaje hasta Villa de las Rosas era bastante complicado, no se diga hasta Rin. El área norte de la Gran Nación de Ceres era de las más montañosas y peligrosas también.

Las complicaciones geográficas hacían que la ruta vehicular desde Rin tomara más de tres horas, pues debía rodear barrancos y montañas. Por otro lado, la ruta antigua significaba como máximo una hora para quienes la conocían bien, pero implicaba caminar entre dichos barrancos y montañas y cruzar algunos puentes.

Lo más recomendable era buscar un guía, más considerando que Janeth no había estado por los alrededores nunca, ni siquiera había visitado Rin antes. Pero esta vez no quería ver a nadie involucrado con ella. Decidió avanzar sola con no mucho más que las indicaciones del camino, un mapa y una brújula que apenas sabía interpretar. De hecho, lo poco que sabía sobre la exploración con mapa y brújula venía de mundanas explicaciones que el poeta le dio en el pasado.

Del pasado también venía la razón por la que Janeth decidió emprender su viaje. De hecho, desde su salida de casa en plena madrugada, no había dejado de pensar en esa misma razón, en ese recuerdo que repetía en su mente una y otra vez. Era como buscar consuelo, una forma de reducir un arrepentimiento que había contenido durante los últimos años.

El camino se hizo corto entre pensamientos, el terreno poco a poco empezaba a hacerse más plano y con los árboles más alejados unos de otros. Lo único que se notaba del sendero era el hilo de lana roja atado

entre tronco y tronco. Janeth siguió su camino, sola, imaginando un escenario donde su acompañante fuera su poeta, la persona que motivo su deseo de ir al Jardín de la Vida.

Levantó la mirada hacia su izquierda y levantó la mano, como invitando a un inexistente Roy a caminar juntos. Detuvo el paso, pero la razón estaba bastante lejos de relacionarse con lo que estaba dramatizando o lo que pasaba por su mente. A menos de tres metros de ella, viéndola fijamente, había una criatura de piel púrpura, con aspecto humanoide y un hocico alargado.

Era grande, de más del doble de su estatura, con brazos largos terminados en enormes garras que rozaban el suelo y piernas pequeñas arqueadas. Lo primero que pasó por la mente de Janeth fue que era una especie de gorila, quizá alguien disfrazado, pero sus conjeturas no parecían muy cercanas a la realidad. El aspecto de la criatura era más bien cercano al de un reptil y no había forma de que existiera un animal así.

Aun sin hacer algo, la criatura la observaba fijamente. Janeth tuvo miedo y dudó por unos segundos si retroceder o no. ¿A dónde podía ir? ¿Dónde podía esconderse? Era claro que si intentaba correr o escalar un árbol la alcanzaría fácilmente. Dio un paso atrás y al instante se escuchó el retumbar de una fuerte explosión.

—¡Ah! —gritó.

La criatura entró en alerta, encorvó la espalda y levantó las garras. Janeth tropezó con la raíz de uno de los árboles y cayó de espaldas. El grito aterrado de la chica antecedió el rugido del monstruo, que saltó hacia ella a gran velocidad. Los segundos se hicieron eternos para la chica, que pronto calló sus gritos tras cruzarse por su mente una leve pero contundente resolución.

—Quizá es justo morir ya.

Cerró los ojos, a la espera de ser atravesada por las enormes garras del monstruo. Lamentó no poder avanzar más allá de ese lugar y más aún el hecho de no poder regresar nunca a casa. Estar tan cerca de la muerte siempre trae consigo muchos sentimientos encontrados, más para ella que había vivido esta sensación antes.

Intentó recordar las últimas palabras que dio a sus padres, a su hermano, a su abuela. Los momentos más alegres, los más tristes, todo lo que valiera la pena recordar en los segundos que quedaban emergió de entre el huracán que era su mente en ese momento. La resignación era absoluta

y fue interrumpida por una sensación electrizante en el ambiente.

El retumbar de un relámpago se manifestó de golpe, haciéndola abrir los ojos para encontrarse burlando a la muerte nuevamente, esta vez gracias al potente puñetazo envuelto en destellos eléctricos de color celeste de un chico vestido con uniforme de camuflaje que voló justo sobre su cabeza para investir al enemigo.

Su sorpresa fue mayúscula, y su alivio más todavía, al verlo girar la mirada hacia ella con una sonrisa soberbia. Su salvador era un viejo conocido, Kurt Kirchoff Astrea. El monstruo retrocedió varios metros, arrastrado por el impulso del golpe, derribó un árbol y se retorció a causa del choque eléctrico.

Kurt aterrizó muy cerca de Janeth, se giró y la levantó en brazos. Muchos destellos escaparon de su cuerpo y, cuando dio el primer paso hacia adelante, se impulsó a gran velocidad entre los árboles. Cada salto retumbaba como relámpagos en una tormenta eléctrica, pero no era lo único que se escuchaba.

Rugidos, disparos, una que otra explosión, parecía estar cada vez más cerca de una extraña zona de guerra. Los saltos de Kurt se hicieron más suaves, por ende su velocidad disminuyó y fue posible para Janeth ver lo que estaba sucediendo. Muchos hombres del ejército se enfrentaban desesperadamente contra más criaturas similares a la que antes se había encontrado.

Tanques pequeños, cañones, pequeños batallones con metralletas, todos luchaban con valentía e ímpetu, en medio del bosque, contra el peculiar ejército de monstruos púrpuras sin retroceder un poco a pesar de la superioridad de estos. Kurt se detuvo a un lado de uno de los tanques. Sobre la cubierta de la oruga había un hombre que dirigía al cañonero desde fuera y le indicaba hacia dónde disparar.

Era bastante robusto y alto, de piel blanca y cara cuadrada. También vestía el uniforme de camuflaje del ejército y, al ver a Kurt, dio un salto hacia el suelo. Kurt se detuvo frente a él y bajó a Janeth, que se sostuvo sobre sus pies con leve dificultad, el viaje la había mareado un poco.

—Flynn —saludó Kurt—, por favor, mantengan a esta chica a salvo.

—Claro que sí —asintió, con una sonrisa amplia que desbordaba confianza.

Era la situación más confusa, en especial porque la cara de aquel chico blanco y robusto se le hacía conocida. Kurt se dio la vuelta y se dirigió hacia el frente a dar su apoyo a los escuadrones que, con no mucho más

que balas, resistían férreamente la ofensiva.

—Supongo que no me recuerdas, ¿verdad? —se dirigió Flynn a Janeth.

—Yo... creo que no...

—Está bien. Sube al tanque, adentro estarás segura.

Janeth asintió y giró la mirada hacia la máquina. Era enorme, tanto que intimidaba. No había forma en que Janeth, considerando su estatura, subiera sin ayuda. De improviso, Flynn se abalanzó sobre ella cuando esta se disponía a dar el primer paso hacia la máquina. Ambos cayeron al suelo.

Un fuerte estruendo hizo temblar la tierra violentamente. Le siguieron varios más que venían de los alrededores, sacudiéndolo todo. Janeth, que cayó bocarriba, abrió los ojos para horrorizarse al ver una enorme bola de piedra y fuego que se dirigía directamente hacia ella a pocos metros sobre su cabeza.

## **SESENTA Y CUATRO**

—Está bien, no te preocupes. Todo va a estar bien.

Roy volvió en sí para encontrarse con el agua hasta las rodillas, rodeado de escombros ardiendo pertenecientes a la parte que se derrumbó junto con él del palacio. Con la espalda levemente encorvada y la mirada baja, notó rápidamente los guantes de fuego sobre sus manos, así como una sensación cálida alrededor de sus ojos, producto de una especie de antifaz de fuego sobre ellos.

Sin embargo, aunque los estruendos, explosiones y disparos se escuchaban a lo lejos, la totalidad de su atención estaba puesta en el agua, donde debería estar su distorsionado reflejo. En su lugar, la imagen de la diosa Ereshkigal podía verse claramente, tal como si se tratara de un espejo.

—¿Sabes lo que está pasando? —Preguntó ella, con un semblante serio en su rostro.

—Sigo alucinando —respondió Roy, completamente incrédulo de lo que veía.

—Oh, vamos. ¿Es en serio?

—Esto... ¿es real?

—No tenemos tiempo para esto, Roy. Si fue difícil para ti matar a un solo monstruo de esos, ¿imaginas los resultados para las personas que están luchando desesperadamente en el bosque contra un grupo como ese?

—¿Hay personas ahí?

—Sí, gracias a nuestro pacto puedo usar mis sentidos a través de tu cuerpo. Si están sobre la tierra, puedo encontrarlos fácilmente.

—¿Qué debo hacer?

—Si repites lo que hiciste en Los Altos, puede que la mayoría quede incapacitado, pero, como dije antes, hay demasiadas personas alrededor.

—¿Lo de Los Altos? Esas cosas —refiriéndose a los monstruos— son demasiado resistentes. ¿Qué debería hacer? Si hay personas ahí...

—Si te sirve de ayuda, parece que hay algunos individuos de tu tipo también.

—¿De mi tipo?

—Así es, más Hijos de Dios.

—La última vez que me encontré con un Hijo de Dios, fue en Los Altos, con Kálika.

—Bueno, es cierto que sería muy complicado si resultan ser enemigos.

—No me estás ayudando. —Levantó la mirada hacia donde las explosiones, disparos y estruendos convergían con estelas de humo negro.

—Tranquilo, mientras no lo quieras así, no morirás. Aun no estoy segura, pero creo que puedo reaccionar a través de tu cuerpo en caso quedaras fuera de combate. También podrías aprovechar para escapar y volver con el Sir Anloucce.

—No recuerdo haberte dicho algo relacionado a eso.

—No recuerdo haber escuchado algo al respecto tampoco —habló sarcástica.

—¿Puedes decirme algo más útil? —Parecía impacientarse.

—Es posible que sean más o menos débiles que el último.

—Eso no me ayuda. ¿No puedes entrar a las memorias del médico para encontrar una forma de matarlos? Si intento calcinarlos puede que me tome mucho tiempo. No sé cuántos son y qué tan lejos han llegado.

—Buscar en los recuerdos del médico sería útil, pero para eso debo encontrar su alma primero y eso podría tardar. Ahora que estamos vinculados, nuestras percepciones del tiempo son iguales. Un día para ti es un día para mí. Además, puede que no pueda comunicarme contigo en cuanto dejes de reflejarte.

—¿Por qué lo sospechas?

—No entiendo bien el funcionamiento de este vínculo, es algo muy reciente. Pero, aunque me diste la capacidad de ver el mundo a través de tus ojos, en cuanto te reflejaste dejé de tener el control. Mis ojos pasaron a ver tu mundo desde la perspectiva de tu reflejo. Estaría mejor de haber tenido un poco más de tiempo para explorar las capacidades de esta ley.

—También me habría gustado.

—De cualquier manera, ¿quieres que empiece a buscar?

—Saldré primero del agua. Si mi reflejo es el portal para comunicarnos, no sería de mucha ayuda que busques si no puedo enterarme.

—Es una buena opción para comenzar.

Roy levantó la mirada. A su espalda había una roca cuya superficie estaba al ras de la del agua. Subió a ella y luego se impulsó unos cuantos metros hacia un escombros más grande y más alto, donde era imposible que pudiera reflejarse.

—Bien, ¿me escuchas?

No hubo respuesta. A lo lejos los disparos se redujeron y los gritos se incrementaron. La situación parecía tornarse crítica para quienes se encontraban peleando ahí, lo más probable era que se tratara de las personas que la Diosa mencionó antes.

—Oh, vamos. —Se detuvo unos segundos para pensar—. Si los calcino, se regenerarán. Tomará mucho tiempo hasta que mueran y debo ir uno por uno. Si tengo el apoyo de Ereshkigal, no creo que las heridas sean un problema. La única complicación sería el tiempo. La regeneración es algo muy proble...

La posibilidad interrumpió su última frase. De inmediato se dio la vuelta y salto hacia el lugar donde antes estaba hablando con la Diosa. Debido a la caída, el reflejo se notaba turbio y agitado, pero no podía esperar a verla con claridad, solo preguntó.

—¡Ereshkigal! ¿Cómo funciona el poder que me diste para no morir? —Se notó su emoción en la voz.

—¡Espera! ¡No veo nada!

—¡Respóndeme!

—Ah, esto me mareo.

—¡Ereshkigal!

—Está bien, está bien. Si no deseas morir, no mueres. Tu cuerpo reacciona al deseo y responde regenerándose tan rápido como puede.

—¿Una respuesta a mi deseo? ¿No puedes darme una explicación más técnica?

—¿A qué viene el repentino interés en el favor que te di? —rezongó, su reflejo aún no podía verse claramente—. ¿No se supone que los fieles solo aceptan los milagros de su Dios sin cuestionar? ¿Dónde está tu fe?

—¿De qué estás hablando?

—Oh, lo siento. Me parecía que eras alguien un poco más devoto y eso.

—¿Devoto? ¿En serio? ¡No hay tiempo para esto! ¡Dime cómo funciona!

—Ah, bien, bien. Piénsalo un poco, el principio detrás de los Dioses y sus Hijos es el de retorcer las leyes naturales a su gusto, ¿no? Si eres herido y piensas en cerrar esa herida, se cerrará. Es igual que caminar, hablar o cerrar el puño.

—¿Igual a caminar? Eso quiere decir...

—¿Se te ocurrió algo?

—Sí, creo que tenemos una oportunidad.

## Capítulo 23

### CONVERGENCIA

#### PARTE 3

### SESENTA Y CINCO

Al abrir los ojos, el fuerte brillo de color arcoíris que inundaba el ambiente la encandiló. Cayó bocarriba, con Flynn cubriéndola con su cuerpo, pero sin el mínimo contacto. Bastaron segundos para ajustar su visión y notar que, en ese momento, eran muchos listones planos entrelazados estrechamente entre sí los que brillaban formando un domo sobre ella, Flynn y el tanque.

—¿He visto esto antes? —se preguntó en voz baja.

Flynn comenzó a levantarse. Su mirada se encontró con la confusa expresión de Janeth y, al asegurarse que ella estaba bien, levantó la mirada hacia el frente. No hubo una palabra entre los dos. De inmediato, ella lo notó sorprendido, levemente alarmado. Flynn se puso de pie y corrió en dirección sobre la cabeza de Janeth.

—¡Nodoka! —Gritó.

La curiosidad hizo que Janeth se girara sobre la hierba y empezara a levantarse para ver mejor. A su alrededor había muchos más militares, mismos hombres y mujeres que antes vio luchando contra los monstruos, recostados sobre la tierra cansados y heridos. Dirigió la mirada hacia donde fue Flynn para encontrar a pocos pasos a una chica de cabello dorado, muy alborotado, y ropas militares destrozadas y manchadas.

Se sostenía con dificultad sobre el hombro de Flynn, pero lo más sorprendente de ella, era que de sus brazos y espalda era de donde nacían los listones que ahora formaban el domo que hacía de escudo contra las amenazas del exterior, que golpeaban frenéticamente la barrera haciéndola retumbar con sonidos metálicos.

—Creo... que son unos diez —advirtió Nodoka a Flynn, casi susurrando.

—Kurt no está, Nodoka. Nos hacen falta bastantes.

—Traje aquí a cuantos pude, lo siento.

—Puede que necesiten ayuda.

—Puede que sí, para mí esta operación acaba de irse a la mierda.

—Déjame salir, iré por él.

—Hay demasiados enemigos afuera, ¿crees que podrás con ello? ¿Qué pasa si uno se cuele aquí dentro? Kurt sigue siendo un Hijo de Dios, debería saber cómo arreglárselas. Por mi parte, no creo que pueda hacer mucho más que aguantar aquí. Si quieres ayudar, espera a que la gente se recupere. No puedo sostener este escudo por siempre, voy a necesitar que estés aquí cuando caiga.

—Eso es cierto —asintió, levemente sorprendido por las palabras de su compañera—. Primero debemos resistir los que estamos aquí.

—Sí, mientras sean estos tipos los que enfrentamos, podemos ganar. Así que hagámoslo rápido antes que aparezca el otro.

—¿El otro?

—Sí, uno que vuela.

## **SESENTA Y SEIS**

Saltando entre rama y rama, algunas veces impulsándose con el Talento del Fuego, avanzó Roy por el bosque en dirección a donde parecía haber más alboroto. Era preocupante, cada vez había más silencio y la única guía que prevalecía eran las columnas de fuego que quedaban al frente.

No era descabellado pensar en que la batalla esté terminada ya. Tampoco era difícil creer que, si se parecían a Nicole, el grupo de monstruos acabara fácilmente con las personas que se encontraban por ahí. El olor a hierba quemada se hacía más fuerte, así como el calor en el ambiente. Roy se detuvo de golpe, justo en una de las ramas más altas.

No frenó de forma voluntaria, lo hizo por la impresión que le dio el escenario frente a sus ojos. El bosque estaba incendiándose y entre las llamas, cinco metros abajo, ardían los restos destrozados de los militares que se encontraban por ahí junto a un par de tanques y cañones hechos añicos también.

Sin embargo, lo más perturbó la poca cordura de Roy, fue ver a uno de los monstruos de piel púrpura mordisqueando un brazo cercenado justo a

la par de una mujer sin brazos y piernas, que se retorció débilmente con lo poco que le quedaba tras la pérdida de sangre. Fue como si el estómago se le retorciera tras un fuerte escalofrío.

Roy dio un paso atrás, sin pensarlo siquiera. Cayó y tampoco reaccionó. Su mente no respondía. No reaccionó para evitar la caída. Durante esos lentos segundos pasaron mil cosas por su mente. Sobresalió el recuerdo de la gente de Los Altos, los hombres y mujeres que murieron despedazados por Kálíka frente a sus ojos.

—Otra vez, no hice...

El estruendo de un relámpago retumbó en el lugar y en cuanto Roy se dio cuenta, estaba en lo alto de un árbol cercano de donde cayó, en los brazos de un hombre alto y fornido de tez morena y cabello rizado. Seguramente era militar, pues sus ropas de camuflaje lo delataban y de su cuerpo emergían también ligeras chispas de color azul muy claro.

—Espera, tú...

La rama no era muy gruesa, pero bastaba para ambos. El hombre bajó a Roy y lo sentó, con los pies colgando, sobre la madera antes de saltar hacia abajo en dirección al monstruo que vio antes, el cual ya estaba en alerta por el retumbar de segundos antes.

“¿Qué demonios acaba de pasar?”, se preguntó Roy al darse cuenta que era imposible que un hombre pudiera salvarlo y llevarlo tan lejos tan rápido. Además, las chispas en su cuerpo y el retumbar eran algo muy peculiar y que había visto antes muchas veces.

—¿Era eso Talento del Rayo? —conjeturaba—. Oh, espera. No hay tiempo para esto.

Al voltear hacia abajo, a la búsqueda de su salvador, ya no había nadie. Ni él, ni el monstruo estaban ya. No hubo más estruendos ni retumbares, lo único que se escuchaba era el sonido de la hierba ardiendo a su espalda. Roy se puso de pie con cuidado de no caer nuevamente y buscó con la mirada en todas direcciones, a la espera de cualquier señal de vida.

Bajó de lo alto y, al llegar a tierra, se encontró con que la mujer que vio antes ya no estaba moviéndose. Parecía bastante lógico considerando la cantidad de sangre que había a su alrededor. Era imposible no mancharse si estaba justo a un lado del árbol donde lo dejó su salvador.

Roy la vio con una expresión difícil de describir. Había una mezcla de enojo y tristeza en él, pero no terminaba de entender las razones. No conocía a esa mujer ni a las personas que estuvieron ahí, pero se sentía indignado por lo que les sucedió y a la vez se obligaba a dejar de lado

esos sentimientos al recordar lo sucedido en el Bosque Sonoro.

—¿Cómo un asesino se indigna de la muerte? Ridículo —susurró.

El retumbar de un relámpago interrumpió sus pensamientos y antecedió también a muchos gritos característicos de los monstruos de piel púrpura. Roy se giró rápidamente y, aunque dudó un par de segundos, decidió ir hacia donde el escándalo se hacía más fuerte.

Saltó entre las ramas más cercanas al suelo con mucha desconfianza y muy alerta a los alrededores. El incendio se quedó atrás y los árboles eran cada vez más bajos, delgados y alejados entre sí. Más truenos se escucharon, así como el retumbar de lo que parecía ser una superficie metálica siendo golpeada muchas veces muy agresivamente.

Pronto apareció al frente lo que parecía ser un pequeño domo de muchos colores rodeado por al menos unos siete monstruos de piel púrpura. Roy detuvo el paso cuando estaba a más o menos diez metros de ahí. Está demás decir que era una locura seguir avanzando considerando la cantidad de enemigos al frente y su aterradora regeneración.

Pero el tiempo para pensar en qué podía hacer se le hizo agua en las manos. El suelo retumbó con mucha fuerza y el estruendo de muchas rocas quebrándose se aproximó al lugar. Los árboles y la tierra sobre la que se sostenían volaron por los cielos frente a los ojos de Roy, que no hizo más que impulsarse hacia arriba con una gran explosión liberada de sus pies.

Al elevarse entre la roca y madera, pudo ver al responsable. Se trataba del enorme monstruo con forma de pterosaurio, quien creó todo ese caos solo cortando la tierra con su ala izquierda, tal como una navaja, antes de elevarse nuevamente hacia lo alto del cielo.

Roy quedó sin habla, pues era tal la fuerza del pterosaurio que levantó escombros incluso a más de veinte metros del suelo, incluso más alto de lo que podía impulsarse él con todas sus fuerzas. Era aterrador, muy aterrador. Todo lo que le rodeaba eran los restos flotantes de un área que ahora difícilmente podría reconocer y entre ellos, se sorprendió enormemente al ver a una chica de cabellos dorados, inconsciente, y con muchos listones que brillaban de colores colgando de su espalda, brazos y piernas.

—¿Será que...?

A como le fue posible, se acomodó usando pequeñas explosiones para acercarse a un trozo de roca que estaba a su espalda. Apoyó los pies en él y se impulsó hacia la chica con una explosión que destrozó la roca. Al acercarse, la tomó con el vientre en su hombro y la cabeza sobre su

espalda. Se dio cuenta entonces de todas las otras personas que fueron lanzadas por los cielos con el ataque junto a los monstruos de piel púrpura, que aprovecharon sus rápidos reflejos para atacar y destrozar a los confundidos militares.

Los gritos de miedo y dolor llenaron el ambiente. Pero, aunque parecía una situación muy complicada, también era una oportunidad para probar la teoría que había gestado luego de escuchar las explicaciones de Ereshkigal sobre su inmortalidad voluntaria.

Apoyó la pierna zurda sobre una gran roca cercana, recostó a la chica en sus brazos en estilo nupcial con su rostro pegado a su hombro diestro, y levantó la mirada en busca del monstruo más cercano. Respiró profundamente, lleno de decisión y en ese momento emergieron muchas chispas de color celeste de su cuerpo.

La chica en sus brazos empezó a reaccionar, solo para notar de primera mano cómo los hermosos ojos dorados, tan característicos del Clan Leonhardt, se volvían de color gris eléctrico tan brillante que parecía emanar pequeñas chispas de sus pupilas antes de volver a desmayarse. Roy encogió las piernas y se lanzó con la velocidad de un relámpago hacia uno de los monstruos que tenía más cerca.

Acertó una patada con la suela desnuda del pie directamente en el vientre del enemigo, que se encontraba arrancándole el brazo a un hombre a mordidas. El cielo retumbó, tal como en una tormenta eléctrica, y muchos más destellos como rayos envolvieron al monstruo. La electricidad sobre Roy se desvaneció al paso que encogía la pierna, acercándose lo suficiente al monstruo como para tenerlo frente a frente, a los ojos.

En ese momento, durante unos pocos segundos, Roy sonrió. Los ojos del monstruo se veían desorientados y su cuerpo entumecido. Parecía que su idea era funcional, había una forma más sencilla de derrotar al poderoso enemigo, pero había que asegurarse.

De su pie liberó una poderosa explosión que lanzó por los aires al monstruo, calcinándolo y haciéndolo chocar contra varios escombros en su camino hacia lo alto del cielo. El hombre que acababa de salvar, aun en su agonía, lo vio sorprendido. ¿Quién no lo haría? Ellos, con su equipo y armamento, fueron doblegados. Roy, por su parte, acababa de lanzar por los cielos a uno de los enemigos con no mucho más que un sudadero y pantalón deportivo grises destrozados, descalzo además.

Pero no había tiempo para calmarse aún. El retumbar resultante de Roy usando el Talento del Rayo puso en alerta a los otros monstruos cercanos, que no dudaron en dejar lo que estaban haciendo para dirigir su atención hacia Roy. La situación se complicaba cada vez más. Pero había algo más extraño aún, no parecía que los escombros estuvieran cayendo y tampoco

lo hacían ni él ni las personas ahí.

Los monstruos se lanzaron hacia él usando de apoyo lo que tenían cerca, rocas, árboles, personas. Roy giró la mirada a su izquierda, a donde el hombre que recién salvó se encontraba a menos de un brazo de distancia. Lo pateó hacia una roca que flotaba abajo y con la otra pierna liberó una explosión que lo impulsó hacia arriba.

Centímetros faltaron para que las garras de los monstruos alcanzaran sus pies. Roy giró sobre sí mismo en el aire, quedó de cabeza durante unos segundos, pero así se aseguró que el hombre estuviera bien y alejado del peligro. Los monstruos seguían con su atención en Roy y, luego de chocar con los escombros que estaban cerca, empezaron a perseguirlo saltando entre uno y otro.

Era difícil hacerles frente en su situación. Primero debía poner a salvo a la chica en sus brazos para poder pelear a todo lo que daba. Aprovechando su posición, de cabeza, se preparó para impulsarse con una explosión hacia el hombre que salvó antes, que ya empezaba a hacerse un torniquete improvisado sobre el codo de su brazo herido. Pero en cuanto estaba por lanzarse, una voz conocida se hizo presente a su espalda.

—¡Rooooooy! ¡Aquí!

Era una voz de mujer, una que no podría confundir nunca, por más que pasaran los años. Giró la mirada y a unos cuantos metros, entre enormes rocas y árboles, estaba Janeth junto a algunos de los militares que antes fueron atacados. Roy devolvió la mirada hacia los alrededores, ya no había hombres y mujeres volando por ahí.

“¿En qué momento se juntaron todos? ¿No estaban heridos?”, se preguntó en pensamientos antes de recordar que no había tiempo para pensar o preguntarse qué carajos hacía Janeth ahí. Se impulsó hacia abajo justo cuando estaba al alcance del enemigo, quizá unos cinco metros, muy cerca del suelo, donde aterrizó sobre el tronco de un árbol que luego usó para impulsarse de nuevo hacia arriba.

En su trayectoria trataba de alejarse lo más posible de los monstruos, pero no lo suficiente como para perder su atención. Podría decirse que siempre estaban a unos tres o cuatro metros de él. Sabía que el tiempo era escaso, pero el contexto con la gravedad parecía muy aprovechable.

En cuanto se dio cuenta que se había alejado bastante de los militares y de Janeth, con los monstruos comiéndole los tobillos, se apoyó en una de las rocas cercanas y, nuevamente, se lanzó con el destello y la velocidad de un relámpago hacia donde se encontraban los heridos.

Frenó chocando los pies contra una roca que se encontraba unos metros antes y dejó caer a la chica en sus brazos cuando estaba a poco menos de un metro sobre la cabeza de aquella gente. Roy dirigió la mirada hacia Janeth, no dijo una palabra, pero era notorio el regaño por su presencia en ese lugar. Se impulsó de nuevo en dirección a donde vino, destrozando su apoyo con el Talento del Rayo para concentrarse en detener al enemigo.

## Capítulo 24

### CONVERGENCIA

#### PARTE 4

### SESENTA Y SIETE

Bajo el domo creado por la chica de cabello dorado, los militares empezaron a levantarse. Algunos estaban heridos, pero en general la mayoría podía ponerse de pie y caminar. Janeth hizo lo mismo. Las miradas curiosas de los presentes se acumularon en ella. Era una civil después de todo, alguien con la mala suerte suficiente como para terminar atravesándose con esta situación.

Y aun sin estar relacionada con el ejército, estaba ahí con no mucho más que un par de raspones que ni ella encontraría fácilmente. Las silenciosas acusaciones por parte de los militares, con sus ropas destrozadas, se hicieron evidentes en las miradas que lanzaban contra ella. Pero la atención contra Janeth no duraría mucho.

El suelo tembló con mucha fuerza, acentuándose hasta el punto en que mantenerse de pie era imposible. Los golpes en el exterior desaparecieron en el momento en que el estruendoso sonido de muchas rocas quebrándose se acentuó en las cercanías, tal como una avalancha que se acercaba a gran velocidad.

El suelo se rompió, se quebró. En un parpadeo, todo lo que rodeaba a Janeth eran pedazos de roca, tierra y árboles volando a su alrededor. No había forma de saber dónde era abajo y dónde arriba. Ya no había suelo y el cielo ahora estaba en todas direcciones. Era ella, elevándose junto a todos los militares entre escombros grandes y pequeños.

¿Qué acababa de pasar? ¿Qué podría causar un alboroto tal? Las preguntas se arremolinaron en su mente. Un desgarrador grito de mujer se impuso entre todo lo que chocaba en su caótica órbita. Siguió el sonido con la mirada. A su espalda, uno de los monstruos de piel púrpura se encontraba arrancando el brazo de una mujer, y detrás de él venían unos cuantos más que atraparon a las personas cercanas.

De repente, fue como si todo se desacelerara, como si flotara con una calma totalmente contrastante con el caos de segundos atrás. Janeth tuvo tiempo de ubicarse y saber que era quien más lejos estaba del enemigo y,

por debajo de ella, había si mucho unos tres o cuatro hombres, bastante más heridos que antes. Ni la chica del cabello dorado, ni el robusto chico del tanque se veían en los alrededores.

Era como estar en gravedad cero, a unos cuantos metros sobre los monstruos. Podía girar o impulsarse hacia cualquier lado sin mucho esfuerzo, pero hacerlo sin un apoyo apenas servía para avanzar unos centímetros. Los hombres que estaban cerca suyo se dieron cuenta de esto y empezaron a usar las rocas y pedazos de tierra que flotaban a su alrededor para impulsarse hacia ella, hacia arriba.

Janeth se sintió un poco intimidada por esta acción, pues la desesperación en sus ojos era notoria. Sin embargo, en cuanto los hombres la tuvieron a su alcance, siguieron de largo. Giró la mirada en dirección a donde se dirigían, se dio cuenta que a pocos metros había un buen pedazo de tierra con algunos arbustos y árboles que bien podrían servir de escondite.

Usando el camino de escombros flotantes que dejaron los hombres a su paso, se dispuso seguirlos. Al tener a la mano los apoyos, no fue difícil. En unos cuantos segundos estaba ya frente a la plataforma, la cual se mantenía unida por la acción de las raíces de tres árboles muy bajos y muchos arbustos muy grandes. Una sensación extraña se manifestó en su cuerpo ni bien puso un pie en tierra.

Era como si la gravedad se hiciera más fuerte en esa isla flotante, pero más que eso, era como si un leve escalofrío llenara toda su carne. No hubo tiempo para procesar las sensaciones, pues un poderoso destello se manifestó por debajo de la isla, seguido por el poderoso retumbar de un rayo. A diferencia de las otras personas ahí, Janeth no se encogió por el trueno, sino que volteó la mirada y dirigió sus pasos hacia la orilla.

Tras el retumbar de lo parecía ser una explosión, uno de los monstruos salió volando a gran velocidad, justo en la dirección más lejana a donde estaba ella. Los rugidos de más monstruos se escucharon desde abajo y Janeth no pudo evitar bajar la mirada con curiosidad, no sin antes hincarse para evitar caer al vacío a causa del vértigo.

Incrédula, vio cómo los militares flotaban atraídos hacia donde se encontraba ella a una velocidad considerable. Las personas en la isla se levantaron para ayudarles a esconderse, mientras Janeth observaba incrédula cómo un chico de ropas destrozadas y largo cabello rojizo se impulsaba por encima suyo usando explosiones nacientes de sus pies.

Primero pensó que se trataba de Kurt, pero él no era tan delgado, además de su cabello era rizado y negro. Era alguien más ligero, alguien capaz de usar el Talento del Fuego. Un fuerte peso se manifestó en su corazón. Janeth vio el cadáver en su ataúd. Estuvo ahí cuando fue sepultado. Pero

al tenerlo tan cerca, era imposible no reconocerlo.

—¡Rooooooy! ¡Aquí! —gritó.

El chico dirigió la mirada hacia ella e hizo una expresión de confusión bastante chistosa, para luego regresar a su porte serio al devolver su atención al enemigo. Saltó de un lado a otro, alejándose del refugio de los militares y de Janeth. Cuando estuvo lo suficiente lejos y se aseguró que no quedaran monstruos en las cercanías de los refugiados, se lanzó con la velocidad —y retumbar— del rayo.

Chocó con los pies en una roca que flotaba a menos de dos metros sobre Janeth, dejó caer a la chica que llevaba en sus brazos y, luego de lanzar una mirada complicada de interpretar a quien una vez fue su inspiración poética, se lanzó de frente, nuevamente contra el enemigo.

## **SESENTA Y OCHO**

Con la ayuda de una potente explosión, Roy regresó al lado enemigo. Estando a la mitad del camino, se giró sobre sí mismo, tomó una roca del tamaño de su cabeza con la planta del pie zurdo y, ayudado por el Talento del Fuego, la pateó a gran velocidad. El flameante proyectil impactó contra el vientre de uno de los monstruos que se dirigía a su encuentro, el que más adelantado iba, con la suficiente fuerza como para atravesar su carne y seguir de largo hasta perderse de vista.

Con otra explosión, se impulsó Roy hacia él, sosteniendo su hombro derecho con la mano zurda mientras extendía el otro brazo hacia atrás. Su palma diestra se iluminó con un intenso color naranja. Encorvó los dedos y estos parecieron convertirse en largas garras de fuego. Arrastró el brazo desde atrás hacia adelante, en diagonal.

No fue un movimiento rápido, pero la potencia y el calor sí que fueron suficiente para partir en tres el cuerpo del monstruo. El primer corte separó el humero del hombro diestro. El segundo atravesó desde hombro zurdo hacia la última costilla inferior de su costado derecho. Y el tercero terminó por cercenar la pierna zurda a altura de la rodilla.

Roy impactó con el pie zurdo sobre el pectoral derecho enemigo. Sus ojos se tornaron grises nuevamente, realzando la expresión asesina en su rostro. Extendió ambos brazos y estos destellaron en cientos de chispas muy brillantes. Con las palmas abiertas tomó la cabeza del monstruo, a la altura de los oídos, y liberó una descarga eléctrica tan poderosa como para opacar la luz del sol.

Fue tanta la energía que invirtió en este golpe, que se sintió bastante aturdido, casi al punto de desmayarse. El resto de monstruos aprovechó su letargo para acercarse. Uno mordió su antebrazo zurdo hasta quebrarle los huesos y otro usó sus garras para rebanar su fémur derecho a la mitad. El dolor le hizo despertar con otra furiosa descarga eléctrica que rápidamente entumeció a los enemigos, principalmente al que lo mordía aun.

—¡No me voy a morir tan fácil! —gritó, notándose una ardiente pasión y furia en sus palabras.

La sangre estalló en su pierna, formando hilos delgados y gruesos que regresaron la parte amputada a su lugar. Con su mano derecha, Roy tomó la cabeza del monstruo que lo mordía y apretó hasta el punto de estallar el cráneo y liberar su brazo. En cuanto su zurda estuvo libre, la extendió hacia atrás y los hilos de sangre hicieron lo propio uniendo los pedazos separados. Ambas heridas ardieron en llamas púrpuras que desaparecieron las cicatrices hasta un punto en que era difícil distinguirlas.

—Oh, vamos, esto de regenerarse duele mucho —reprochó.

De inmediato cayó en la cuenta de que no tenía tiempo para tomar esta clase de detalles. Había tres monstruos y solo logró inmovilizar a dos. Aun restaba el que intentó rebanarle la pierna. Al cuestionarse dónde podía estar, un detalle interesante vino a su mente, algo que leyó hace muchos años en un libro de ciencias naturales.

Apostando a sus conocimientos, dio un salto hacia arriba con no mucho más que la fuerza de sus piernas. Era solo una corazonada, pero acababa de notar que, luego de electrocutar al primer monstruo, los otros dos vinieron por sus costados, sin estorbarse. De su pelea con Nicole pensó que los monstruos eran erráticos, directos. Pero esta leve evidencia de coordinación hizo que Roy tomara precauciones.

Al girar sobre sí mismo y buscarlo con la mirada en todas direcciones, su teoría se reforzó. Si tenía un poco de intelecto, era muy probable que pudiera emboscarlo. No podía darle la oportunidad, tenía que acabar con ellos lo antes posible. Entonces notó otro detalle, que antes había visto al menos unos siete monstruos atacando a las personas y recién había enfrentado solo a tres.

—Ah, mierda. No tengo tiempo para escondites.

Sus manos se encendieron nuevamente, formando las potentes garras de fuego de antes. Sin embargo, esta vez no iba a esperar a tener de frente al enemigo. Tomó aceleración usando las explosiones en sus pies y empezó a girar sobre su propio eje a buena velocidad. Las garras de fuego

se alargaron en látigos incandescentes de al menos cinco o seis metros, que ondearon de un lado a otro partiendo todo lo que estaba a su alcance.

De entre el abundante polvo, emergieron los monstruos que, al ver destrozados sus escondites, entraron en pánico ni bien el caos se acentuó. Eran alrededor de diez más y esto pudo saberlo Roy en cuanto se detuvo a contarlos. Fue abrumador, pues luchar solo contra diez enemigos de alto calibre seguro sería agotador. Si bien no moriría mientras no lo deseara, su resistencia física no era precisamente la mejor.

En este punto, estaba completamente rodeado. Pero en cuanto los monstruos empezaron a lanzarse contra él, un fuerte resplandor de color blanco se manifestó bajo sus pies. Su brillo era leve al principio, pero se acentuó rápidamente hasta tornarse enceguedor. Fue tan veloz, que en segundos desapareció. Los monstruos chocaron entre sí, Roy ya no estaba ahí.

## **SESENTA Y NUEVE**

El destello fue tan fuerte, que enceguedó a todos los presentes. Al segundo siguiente, la gravedad se manifestó, obligando a Janeth a abrir los ojos para encontrarse a sí misma varios metros por encima de un espeso bosque. Cayó, chocando contra las espesas ramas de los árboles, hasta llegar al suelo.

Fue un fuerte golpe, Janeth cayó de espaldas después de todo. Estando entre la maleza, se retorció con dificultad. No sentía que pudiera levantarse fácilmente y tampoco quería hacerlo. Cerró los ojos y se quedó ahí unos cuantos minutos hasta que el dolor se redujo a un punto en que podía escuchar las quejas de las personas a su alrededor, los militares que cayeron entre el bosque junto con ella.

En su mente solo cabía la conclusión de que las rocas flotantes finalmente cedieron ante el poder la gravedad. Era lo más lógico. Respiró profundamente e intentó relajar el cuerpo. Abrió los ojos y se sorprendió al encontrarse una silueta delgada tapando el sol. No pudo verlo claramente al a primera, luego de parpadear un par de veces, se dio cuenta.

Flotando a un par de metros sobre ella, casi dándole la espalda, estaba Roy, que sostenía en brazos a la chica de cabello dorado, la del domo brillante. El chico se sostenía en el aire gracias a dos potentes llamaradas que emergían de sus pies descalzos. Al estar tan hundida entre los matorrales, era difícil que Roy notara a Janeth, pero ella no podría

confundir nunca su perfil y tampoco la esbeltez de su cuerpo.

Janeth sacó fuerza de la impresión del momento e intentó levantarse con gran dificultad. Los arbustos no eran de mucha ayuda. Roy aterrizó un poco más adelante y, en el momento en que Janeth al fin pudo sacar su raspado rostro de entre la maleza, se encontró con una escena tensa.

Roy estaba a poco más de un par de metros y era observado fijamente, notándose la sorpresa y la rabia en su rostro, por el Teniente Ritchmond Kirchoff Astrea, quien se encontraba apenas sosteniéndose con la ayuda de una chica pequeña de cabello corto y negro. El militar y su ayudante llevaban vestimenta militar destrozada y estaban muy heridos, pero no parecía que eso afectara al teniente en ese momento.

Roy, por su parte, ladeaba la cabeza para ver a los ojos al teniente. No parecía que le generara mayor emoción, pero tampoco era como si lo pasara por alto.

—Oye, chico. ¿Quién eres? —preguntó el teniente.

—¿Quién soy, eh? —bajó la mirada, apuntándola hacia el rostro durmiente de la chica en sus brazos—. ¿Te afecta en algo si no respondo a esa pregunta?

—Sí, así es.

—¿Te importaría explicarme en qué?

—En si decido matarte o no ahora mismo.

—¿Matarme? —levantó la mirada, no parecía muy alarmado—. ¿Cómo?

—¿Estás burlándote de mí? ¿Sabes con quién estás hablando?

—No puedo negar que empieza darme curiosidad.

—¡Ja! Tienes agallas.

En el momento, muchos puntos brillantes aparecieron alrededor de Roy. Eran de color blanco y bailaban girando en espiral de un lado a otro sin un patrón definido. Roy pareció impresionarse un poco, pero rápidamente devolvió una mirada afilada contra Ritchmond.

—Así que tú nos trajiste aquí, con tu Talento —resolvió Roy, con un tono que hasta sonaba despreocupado.

—Así como tú anduviste por ahí saltando de un lado a otro como un

relámpago, literalmente.

—¿Te parece el mejor momento para empezar con hostilidades?  
Acabamos de dejar atrás a esos monstruos.

—No puedo confiarme de nadie, más con mi gente herida.

—Oh, ¿eso te preocupa? Si es mucha molestia, me iré. —Sus palabras sonaban auténticas—. Pero te advierto, si intentas matarme, lo más probable es que mueran todos los presentes, así como tú, antes que yo lo haga.

—¿Estás tan confiado de tus habilidades?

—No, seguro me aplastarías. Pero, mientras yo no lo desee, no moriré.

—Eso es bastante pretencioso.

—No, es una realidad —bajó la mirada, como lamentándose—. No hice el desastre que hice para terminar en este lugar, de esta forma. Aún tengo una deuda que pagar.

—Oh, seguro que sí —engrosó la voz—. Aún tienes que pagar por lo del Bosque Sonoro.

Roy reaccionó, fue como si una flecha se le clavara en el pecho en el momento en que escuchó esas palabras. Clavó sus ojos en los del teniente, su mirada era complicada de interpretar, pero el aire se llenó de una impresionante intensión asesina que sintió cada persona presente.

—Oye —irrumpió alguien, con la voz temblorosa—, ¿de qué estás hablando?

Janeth lo reconoció inmediatamente, era Kurt, que se acercaba abriéndose paso entre los matorrales cercanos acompañado de Flynn, que bien parecía estar viendo a un fantasma en cuanto vio a Roy. Por su parte, Kurt lo veía con sorpresa y odio.

—Dime, hermano —siguió Kurt— ¿qué acabas de decirle a este tipo? ¿qué tiene que ver él con el Bosque Sonoro?

## Capítulo 25

### CONVERGENCIA

#### PARTE 5

#### SETENTA

Luego de la aparatosa caída, Ritchmond fue auxiliado por una de sus subordinadas. En cuanto ambos avanzaron entre la hierba y se encontraron cara a cara con aquel chico delgado de ropas quemadas, que llevaba en brazos a Nodoka, el teniente se quedó helado. ¿Por qué? Bueno, la verdad detrás de su reacción lo hizo regresar unos meses atrás.

Para hablar con más precisión, al día siguiente de suceder el incendio en el Bosque Sonoro. Como era costumbre, Ritchmond amaneció en la sede del ejército, junto al General Paul Bellamy y su asistente, Dina. La razón de tal desvelo fue que planificaban el siguiente movimiento de inteligencia del Ejército Real, todo en busca de respuestas respecto a lo sucedido en Riazor.

En cuanto dieron las seis de mañana, sonó el teléfono. El General contestó a la brevedad y en su rostro se notó la sorpresa resultante de la noticia que recibió al otro lado del auricular. Colgó y ordenó a Ritchmond y a Dina, los únicos dos presentes, prepararse para asistir al funeral del primogénito de uno de los hombres más importantes de la Gran Nación de Ceres.

Se trataba del Segundo Alto General del Ejército Real, uno de los cinco hombres que comandaban todas las operaciones militares del Gran Nación. La importancia de ese hombre era suficiente como para declarar ese día como un día de luto nacional por los siguientes cinco años. Pero la humildad del Alto General era inmensa hasta el punto de rechazar aquel tortuoso honor.

Lo peculiar de aquel recuerdo era que, cuando Ritchmond arribó al lugar donde se realizó el servicio funerario, pasó a contemplar el rostro de aquel chico dentro del ataúd. Ya se le había notificado la condición de su hermana, Christa, pero los compromisos con la institución a la que había entregado su vida y su corazón eran primero.

El chico que vio dentro de esa caja era el mismo que acompañaba a su hermana hace unas semanas, cuando ambos fueron en busca del

teniente, en medio de la noche, para conseguir transporte luego de que se les pasara el tiempo divirtiéndose mientras paseaban por el centro de la ciudad. Christa incluso lo había mencionado un par de veces antes, Ritchmond lo recordaba con buenas expectativas.

Su cadáver fue encontrado a pocos metros del cuerpo inconsciente de Christa. Incluso parecía que hizo lo posible por protegerla del fuego. Pero sus buenas ideas acerca de él empezaron a cambiar en el momento en que supo su nombre. Ritchmond llevaba consigo un pecado, una falta grave a la ética de los militares. Usó su influencia para tener acceso a información confidencial fuera del ejército.

Fue así como supo que Roy Leonhardt Velz no solo era el mejor amigo de su hermana Christa, sino también uno de los hombres que participó en las investigaciones de su padre, antes de que todos sus proyectos fueran cancelados y este decidiera suicidarse. Fue así como supo que Roy Leonhardt Velz era un descendiente de los Hijos de Dios de la antigüedad.

Las piezas eran suficientes como para sospechar que el incendio del Bosque Sonoro fue más que un par de conexiones eléctricas obsoletas. No pudo averiguar nada de las condiciones del cuerpo de Roy cuando fue encontrado, pero las cicatrices de su hermana eran suficientes como para saber que hubo algo más esa noche.

Y, ahora mismo, en medio del bosque entre la Ciudad de Rin y el Jardín de la Vida, se le presentaba la oportunidad de saber la verdad. No es de todos los días que los muertos regresen a la vida, pero ahí estaba el mismísimo Roy Leonhardt Velz, a poco menos de ocho meses de su supuesta muerte, para aclarar las dudas que lo dejaron sin sueño todo ese tiempo.

## **SETENTA Y UNO**

—Kurt —habló Ritchmond—, este chico fue declarado muerto luego del incendio en el Bosque Sonoro. Incluso estuve en su funeral. Di el pésame a su padre y pasé a darle mis honores frente a su ataúd. Pero él está aquí. Está vivo, incluso luego de que tantos lloraran su muerte. Incluso luego de ser encontrado sin un solo signo vital, a pocos metros de Aya. Y, además, es un descendiente de los Hijos de Dios de la antigüedad, tal como tú y yo. ¿Qué te hace pensar?

Kurt guardó silencio unos segundos, pero en su rostro se notaba que sus pensamientos se desbordaban al punto de no poder expresar uno solo. Estaba al borde del quiebre. Al borde de un colapso mental que iba en contra de toda razón o lógica. Roy dio un largo suspiro y bajó a la chica en sus brazos, la acostó suavemente en el suelo y giró la mirada, con aire de

molestia, hacia Ritchmond.

—¿Christa? ¿El Bosque Sonoro? ¿De qué estás hablando? —respondió, calmando el tono hasta un punto que lo hacía ver completamente lejano a las acusaciones del teniente—. Ya te lo dije, si es molesto para ti, me iré. Pero estas personas necesitan salir de aquí de inmediato.

—¡No me jodas! —Gritó Kurt.

Usando el Talento del Rayo, era lógico que todo sucediera en un segundo. Kurt arremetió contra Roy, que apenas pudo bloquear el potente puñetazo dirigido a su estómago con ambas manos. Sus ojos brillaron en el mismo tono gris brillante de los que Kurt, al paso que los relámpagos emergían de su cuerpo y golpeaban los árboles que tenía a su espalda, derribándolos.

La velocidad del Talento del Rayo era demasiado para el procesamiento de una persona común y corriente, incluso superaba la percepción de los Hijos de Dios más hábiles. Pero Roy conocía su funcionamiento y sabía cómo reaccionar a velocidad relámpago. Enterró el pie zurdo en cuanto tuvo la tierra a su alcance, se giró tomando la muñeca diestra de Kurt con su mano zurda y, con la palma derecha abierta frente en el vientre de su rival, disparó una gran llamarada que lo lanzó varios metros adelante.

Kurt se vio superado por la potencia y el calor de dicho movimiento. Chocó con la espalda contra el tronco de un árbol, partiéndolo en dos y derribándolo. Para cuando supo nuevamente de sí mismo, lo primero que vio fue a Roy viniendo desde el cielo hacia él, con la planta del pie zurdo de frente, de la cual emergió una potente luz naranja que antecedió un segundo estallido que hizo temblar el suelo.

Algo había cambiado y, aunque el propio Roy no se había percatado, era más rápido en sus reacciones. Era diferente a como fue en Los Altos, a como fue cuando Nicole se convirtió en un monstruo. Ya no estaba dispuesto a verse superado. Ya no quería quedarse observando. Y, en ese momento, cuando notó que Kurt se había escapado por poco de este último ataque y ahora estaba saltando entre árbol y árbol a velocidad relámpago, decidió que no iba a perder más tiempo.

Los militares que rescató antes estaban a la espera. Era urgente evacuarlos, alejarse lo más rápido posible de ese lugar. Pero, aunque no entendía del todo las intenciones de Kurt y Ritchmond, ya los había reconocido. Aun así, su prioridad era clara. No dejaría que los hermanos de Aya condenaran a más personas por sus arranques. No dejaría que más personas murieran.

—Ayúdame, Diosa —susurró.

Los pequeños puntos blancos de antes se manifestaron y agitaron violentamente por los alrededores a Roy. Pasaron un par de segundos antes de lanzarse como balas contra él, pero el impacto fue detenido por cuatro macizos muros de piedra con forma triangular que emergieron del suelo, dejando una pequeña apertura hacia el cielo, de la que salió Roy.

Se elevó un par de metros y, apoyado en el Talento del Fuego, giró a gran velocidad. El calor que emanó de sus pies se expandió en una onda circular, tan fuerte, que calentó el aire e hizo caer todos los árboles a su alrededor con mucha violencia. Kurt se vio aturdido por este movimiento, pero, cuando pensaba que estaba de nuevo en desventaja, aparecieron en el cielo muchos puntos brillantes de color blanco.

Se arremolinaron formando diseños similares a mandalas que giraban en sentido horario, tan grandes como para envolver a una persona, y con sus caras apuntando hacia Roy, que aún se mantenía en el aire. De sus centros emergió un brillo rojo que estalló en una gran explosión.

## **SETENTA Y DOS**

—¿Qué demonios estás haciendo?! —Reclamó Flynn al teniente, tomándolo del cuello de su camisa, a solo segundos luego de que Kurt y Roy desaparecieran de su vista—. ¡Tenemos gente herida! ¡Tenemos que evacuar!

Ritchmond no respondía. Tenía la mirada perdida, como si estuviese ausente de sí mismo desde ese instante. Flynn se preocupó por él por unos segundos, pero no retrocedió. No había forma en que dejara pasar tal irresponsabilidad al jefe de esa operación.

Al no obtener respuesta de él, su arrebato se limitó a empujarlo con fuerza contra el suelo. Cayó con el hombro derecho golpeando contra la maleza y la chica que lo ayudaba antes a sostenerse corrió a ayudarlo. Los presentes, que empezaban a levantarse a pesar de las heridas de algunos de ellos, se alarmaron.

Janeth ya se había liberado del arbusto en que cayó. Nodoka también empezaba a levantarse. Se escuchó un estallido, tal como el de los cañones al disparar sus balas. Flynn levantó la mirada en dirección a su origen. El resto guardó silencio durante unos segundos, hasta que un viento cálido se manifestó con fuerza, quemando levemente las mejillas de quienes lo recibieron de frente. Le siguió una gran explosión y lo que

parecía el retumbar de un relámpago.

—Flynn —llamó Nodoka, que recién era ayudada por Janeth para sentarse—. ¿Qué está pasando?

—Parece que...

El estruendo de la madera quebrándose incrementó la tensión. No se trataba de simples ramas o tablas, la violenta caída de uno de los árboles detrás de Ritchmond a su derecha delató la situación. La causa estaba a los pies de Flynn, el cuerpo de Kurt fue el proyectil que derribó el árbol.

De entre la espesa hierba que se encontraba en dirección a donde vino Kurt, apareció Roy. Los militares entraron en alerta, pero más allá de encontrar intenciones asesinas en él, se vieron frente a frente con la expresión cansada y al borde del llanto de un chico común y corriente con el que cualquiera podría empatizar solo viéndole las ropas destrozadas que llevaba.

Ritchmond volvió en sí en cuanto tuvo a su hermano a la vista. Apenas podía articular palabra luego de verlo lleno de heridas y quemaduras. Roy avanzó hasta estar a un metro a su izquierda e incluso pareció que Ritchmond no se atrevió ni a voltear a ver.

—Flynn, Nodoka —habló Roy—. Vámonos de aquí.

## **SETENTA Y TRES**

Tanto Flynn como Nodoka parecían bastante aliviados al ver a Roy. Incluso caminaron hacia él, con ligera incredulidad, para asegurarse de que realmente era él, que estaba bien. La escena se desarrolló tal como lo haría cualquier reencuentro y, aunque no fue muy emotiva, sí fue suficiente para detener las ansias de Janeth por acercarse.

Habría querido abrazarlo con todas sus fuerzas. Quizá incluso habría llorado. Pero, a sus ojos, la leve familiaridad entre los tres y la indiferencia de Roy hacia todo lo que era externo a ellos no dejaba espacio para ella. No había forma en que irrumpiera ahí sin sentirse incómoda. Por el momento, le bastó ver que estaba bien y que, a pesar de llevar su vestimenta hecha harapos, no tenía una sola herida.

La conversación entre el trío fue corta y se redujo a comprobar el bienestar de Roy. En cuanto estuvo seguro, se giró Flynn hacia los militares y tomó el control de la operación ordenando la retirada

inmediata de ese lugar, ante la silenciosa mirada de Ritchmond.

Las capacidades de los monstruos de piel púrpura eran terroríficas, tanto que la consideración de medidas de emergencia de alto nivel no era discutible. Por ello, en cuanto las debilitadas tropas llegaron a la Ciudad de Rin, ordenaron la evacuación inmediata de todos los habitantes. Tomar el riesgo de dejarlos ahí era algo que Flynn no iba a aceptar.

Para Ritchmond no hubo más opción que reportar lo sucedido al General Bellamy desde un teléfono público. Fue fuerte la insistencia de Flynn en asegurar un lugar donde las personas evacuadas fueran recibidas y protegidas. No parecía que el teniente estuviese contento de tener que aceptar tal situación, pero tampoco era un hombre que priorizara su orgullo contra el bienestar de la gente.

Cinco trenes había en la estación esa tarde. La infraestructura en un lugar tan alejado no era suficiente para permitir abordar todos al mismo tiempo, así como tampoco era suficiente para permitirles a todos salir al mismo tiempo. Janeth se quedó cerca del inconsciente Kurt y, junto a la mayoría de los militares con heridas graves, partió hacia Villa de las Rosas en el primer tren.

Luego del tercer tren, ya no había un solo militar apoyando en la evacuación. Es una suerte que la gente de la Ciudad de Rin fuera tan unida como para organizarse ellos mismos. Roy, Nodoka y Flynn también ayudaron, y fue hasta que partió el último tren, a cerca de las diez de la noche, que el trío salió de la Ciudad de Rin.

Por su apoyo, los habitantes insistieron en dejarles una de las suites privadas de uno de los vagones más lujosos. Flynn no dudó en aceptar. Fue en esa cabina pequeña de acabados en madera fina y grandes ventanas hacia el exterior, que Flynn, Nodoka y Roy, tuvieron por fin el tiempo y la privacidad para hablar por primera vez desde su reencuentro.

Algunos de los ciudadanos de Rin terminaron regalando a Roy unos jeans, un sudadero blanco cerrado y unos tenis. Al verlo ayudando en las condiciones en que estaba su ropa, no pudieron evitarlo. Tanto Nodoka, como Flynn, agradecieron tal gesto. Después de todo, tenían que velar porque Roy regresara con ellos.

Y es que fue a Nodoka y a Flynn a quienes se encargó la preparación de Roy para su viaje a la Ciudad de Los Altos bajo órdenes directas del Sir Serge Anloucce. Desde que las noticias de la destrucción de Los Altos empezaron a llegar, ninguno había dormido tranquilo pensando en su responsabilidad detrás de la llegada de Roy a ese lugar.

Pero, cuando llegó el momento de escuchar la historia detrás de esos tres meses desaparecido, Roy guardó silencio. Solo pidió disculpas antes de declarar que no diría una sola palabra hasta encontrarse con el Sir Anloucce. Sus palabras no fueron prepotentes, ni llevaban resentimiento. Más bien parecía que estaban llenas de vergüenza.

Sonrió, pero más parecía que intentaba contener sus ganas de llorar. La historia detrás de esa confusa expresión solo podía ser escuchada por el hombre que salvó su vida del tormento al que fue condenado tras cometer el pecado que llevó al Bosque Sonoro a convertirse en cenizas.

## Capítulo 26

### EPÍLOGO

#### SETENTA Y CUATRO

Tres de la mañana, hora en que Roy y Nodoka llegaron al fin a la Ciudad Real de Ardeneen, la Capital del Estado del Este. Ubicada justo en los escasos kilómetros de playa entre los infinitos acantilados de la costa este, era la segunda ciudad portuaria más importante de la Gran Nación de Ceres y la más antigua, así como la sede oficial del Clan Anloucce.

Y es que, por su geografía, la mayor parte de la enorme ciudad se encontraba entre las tierras bajas que antecedió al mar y las inclinadas laderas de la cordillera tierra adentro. Era además una de las pocas ciudades que contaban con monumentos construidos de materiales similares a los de los edificios de cristal de Los Altos, por lo que era conocida como un destino turístico muy popular.

Roy ya había visitado Ardeneen antes, mas nunca pudo ver todo lo que quería ver de la ciudad debido a que eran viajes familiares donde nunca se tomaron en cuenta sus sugerencias turísticas. Está demás decir que aun guardaba algo de rencor tras esos viajes. Sin embargo, esta vez era diferente.

En cuanto bajaron del tren, caminaron apresuradamente por la estación hacia el auto que los llevó a la Finca Paraíso, la sede central de la institución conocida como el Clan Anloucce. Los detalles del camino fueron borrosos, pues Roy aún se encontraba bastante adormecido luego del largo viaje.

Quizá lo más claro entre sus recuerdos, esa madrugada, fue entrar al imponente palacio dentro de la finca, cruzar sus pasillos, admirar el jardín en el centro del edificio, así como entrar en aquella pequeña habitación de paredes color salmón. Todo fue muy apresurado y, aunque intentaba convencerse de que habría tiempo después para explorar todo lo que quisiese, temía por las represalias que vendrían luego de hablar sobre lo que sucedió desde su partida a Los Altos.

Dentro de aquella estrecha habitación no había más que una mesa de madera, cuadrada y pequeña. Al fondo, la pequeña ventana apoyaba con la luz de luna al débil foco en el techo. Alguien esperaba ahí mismo, sentado con los codos sobre la mesa y los dedos de ambas manos

entrelazados, de espaldas a la ventana.

Parecía cansado, pues posaba la frente sobre sus manos en silencio. Sus anteojos yacían recogidos a la par de su codo izquierdo. Roy bajó la mirada y cerró la puerta con cuidado. Se dio la vuelta y se acercó al hombre.

—Buena noche, Sir.

—Te estaba esperando —contestó adormecido—. Dame un momento, estaba a punto de quedarme dormido.

—¿Puedo sentarme?

—Adelante.

El Sir empezó a mover el cuello de un lado a otro, al paso que enderezaba la espalda con los ojos cerrados y llevaba ambos brazos hacia atrás para ajustar. Se frotó los ojos con ambas manos y levantó la mirada hacia Roy con una sonrisa de alivio.

—Hola, hijo —habló con calidez.

—Buena noche, Sir —se vio avergonzado.

—Me alegra mucho verte.

—Sí, también lo estoy —bajó la mirada—. Sir Serge... yo...

—Tienes mucho qué contarme, ¿verdad?

—Verá, Sir Serge. Lo que pasó fue... La Ciudad de Los Altos... lo que pasó ahí... fui yo.

—¿Qué? —Abrió mucho los ojos, la sorpresa se notó fuertemente en su rostro—. ¿De qué estás hablando?

—La noche en que pasó... no sé siquiera por dónde empezar. La noche en que pasó... salí con un amigo. Él murió luego de que una mina explotara en sus pies, vinieron otras más y la ciudad se volvió un caos. Me desmayé luego del primer bombardeo y desperté entre un montón de escombros, era irreconocible esa área de la ciudad. Ahí conocí a una chica, era también una Hija de Dios y la estaba persiguiendo otro Hijo de Dios, aunque no pude reconocer qué tipo de talento era el que usaba.

—¿A qué te refieres con "tipo de talento"? ¿Cómo era?

—Sus brazos se deformaban en tentáculos, creo...

—¿Tentáculos? —Separó las manos, pues acababa de encontrar una ligera relación entre lo ocurrido en Los Altos y el Hospital Central, pero no era momento para conjeturar—. Continúa, Roy. ¿Te enfrentaste a él?

—No directamente. Solo usé el Talento del Fuego para escapar. La chica que le digo estaba herida, así que era prioridad salir de ahí. Hablamos cuando estuvimos fuera del ojo público y al final decidimos ir juntos en busca de las personas con las que había llegado a Los Altos. Decidí acompañarla porque parecía que tenía información sobre los Libertarios y la relación que tenían estos sobre lo que sucedía en Los Altos en ese momento. Pero...

—¿Pero?

—Apareció otra mujer y ella barrió el suelo con nosotros. Era pequeña, delgada, pero su fuerza era demasiado para mí. Esa mujer es capaz de destrozarse un edificio sin mayor esfuerzo y mató a muchas de las personas que conocí en el Orfanato donde estuve hospedándome. Eso fue... eso fue... —Se le cortó la voz, pues el recuerdo de la sangre y la destrucción en el Orfanato le revolvió el estómago. Roy se llevó ambas manos a la boca en cuanto el trauma le hizo bajar la cabeza—. Pe-perdóneme. Deme un segundo.

El Sir se puso de pie y se acercó a Roy por su derecha. Envolvió la cabeza del chico con su brazo diestro y le dio un cálido abrazo que tomó por sorpresa a su destinatario.

—Tranquilo, hijo. Ya está bien. No necesitas decir más.

—Pero yo... tengo que...

—Está bien. Ya lo sé todo. Lo que sucedió no cambiará nada en nuestro pacto, Roy. Hiciste un buen trabajo.

—Sir, pero yo...

—Está bien, gracias a Dios estás bien.